Paula Perez Alonso

EL GRAN PLAN

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

El gran plan

El gran plan

Paula Perez Alonso

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Uno
Dos
Tres

Pérez Alonso, Paula
El gran plan / Paula Pérez Alonso. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2016.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-358-1
1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

© Paula Perez Alonso, 2016
Con autorización de Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K.,
Frankfurt am Main, Alemania

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Ilustración de cubierta: Red Dot, fotografía de Jared Lim
Fotografía de la autora: Alejandra López

Todos los derechos reservados

© 2016, Tusquets Editores S.A.
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2016
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-358-1

A Ramón

The beginning is also the end.
WILLIAM BURROUGHS

Uno

Nada es verdad pero todo es cierto.

He clausurado los puntos de fuga. Y el aire sigue entrando. Estoy acá para vos sin distracciones. Cómo me gusta que te bañes para mí, que vengas con la boca siempre fresca. Somos nuevos. Si pudiera borrar la vida anterior y ser para vos virgen en todo. Un pimpollo.

Y la vida era real solo si bella.

Mirate al espejo. Sos esta y sos aquella. El despertar de los sonidos melifluos te deslizan te confunden te horrorizan, nadie.

Podía despertarse a la madrugada para escribir en su cuaderno agujereado por las notas degradadas por la angustia, la febrilidad cierta que la agarra de la muñeca como un ahogado la arrastra hasta el fondo de la nada y tira hacia el centro de la Tierra pero no termina de hundirse, ya no hay más oxígeno y no hace pie y no ve adónde va pero ya no importa, cede y cede. En los estertores epilépticos de la conciencia el trance, oscilante, la convulsiona hacia adentro; ya está afuera de sí misma, apenas vislumbra una línea en el horizonte movedizo, oye repiqueteos de palabras vanas desvaídas que traga una y otra vez, se ahoga en la propia sangre. Ya no puede agarrar un tendón y apretarlo hasta reconocerlo. No quiere corear un llanto, el quejido, el lamento; evita el eco del reclamo, el sarcasmo.

No hay un centro de la Tierra. Sigue cayendo. No hay fondo. Solo reconoce sístole y diástole solsticio equinoccio.

Estábamos en un sueño y no podíamos despertarnos, no podíamos dejarnos, separarnos, desprendernos, una malla invisible, incolora, infinita, nos envolvía. Nadie la notaba. Y sin embargo podíamos alejarnos millones de kilómetros y estirar un brazo y sentir la temperatura de tu piel, o de la mía.

Éramos los dos.

La soledad de la música que escuchaban enloquecidos y extáticos en la oscuridad. Marcha fúnebre y triunfal, sin timbales, corno ni violines. Lux aeterna. Dimensiones del tiempo y del silencio.

Bailábamos con lo inesperado.

Si él no llegaba ella salía a buscarlo y si no lo encontraba se levantaba a otro en la calle y se iba por ahí para dejar atrás su ansia desbocada, el miedo, olvidarse de sí misma y desquiciarse con los que reclamaban un hablar enardecido, necesitaban escuchar cosas muy fuertes, motivadoras, calientes, una arenga, para acabar ¡finalmente! en un orgasmo como un vómito. El roce para constatar el nervio, la fibra, la tensión del cuerpo propio, que negaba lo entumecido o rehuía la comodidad, el adocenamiento.

En el bar alguna vez se formaba un trío, de baile, de música, de cama. Tres es un buen número. A veces se iba con dos pero a seguir chupando a otro bar y acariciando la incertidumbre de desembocar en una cama si lograban elevarse apenas del ras de la tierra, porque no era cuestión de tumbarse, de echarse como un perro cansado o erecto, había que lograr ciertas alturas.

Aunque él no llegara ella no volvía a la casa con ningún otro. Andaba con alguno y, si no, con otro más, unos otros que tuvieran ojos en las órbitas y pudieran arquear las cejas y, a pesar del estrago ardoroso del alcohol, no se desplomaran como un bulto en la cama a la que se llegaba con esfuerzo; ella prefería las camas ajenas aunque persistiera en las sábanas una silueta leve, que no era la de un cadáver. En la suya solo él, un solo olor, un solo peso —una sola gravedad—, en sus sábanas una sola grasitud, un solo semen. Inscripciones, investiduras, rellenos. Marcas.

Sabía dónde encontrarlo pero a veces él se empeñaba en dar con un escondite nuevo y desbarataba el don vidente, la simple percepción tono gesto. Esconderse sin trucos (determinación de no ser hallado) era su gran habilidad, desaparecía como un topo debajo de la tierra. Cansado de sí mismo se escondía, en un idéntico juego una y otra vez, entonces descansaba, respiraba de nuevo con una voluntad.

¿Quién hubiera podido descifrar la naturaleza de esa relación? Él no dependía de ella solamente ni ella de él. Reptaban al sol y el sol los quemaba y ya no se enteraban de si las caras expresaban algo, ovillos humanos.

En la inocencia apacible del sueño ella lo miraba dormir: el perfil, la cabeza apoyada en la almohada, la respiración suave a veces interrumpida por un respingo mínimo; le gustaba seguir cada una de las líneas de su cara, los pelos de las cejas desordenadas, la mandíbula fuerte, las irregularidades de la piel tensa o seca en los pómulos, más abultada y húmeda en la frente y en la nariz, de la que asomaban pelitos… Imaginaba que algún día lo vería muerto y esa visión le resultaba insoportable, tenía que morderse la mano, hundir los dientes en la carne, en la v que forman el pulgar y el índice, pero enseguida se daba cuenta de que lo que encubría esa fantasía mórbida era la posibilidad de anticipar el sufrimiento máximo para experimentar lo más revulsivo y repugnante y así amortiguarlo, mantenerlo a raya.

Pero no se podía sujetar el movimiento.

La única manera de verlo era no verlo a pleno. Ella llegaba a la casa y lo esperaba, pero cuando él aparecía ella lo veía pasar, de refilón, y se iba al baño y se quedaba ahí limándose las uñas, esmaltándolas, poniéndose cremas, frotándose, lavándose el pelo, dándole otra forma con productos humectantes de diferentes consistencias; se ocupaba de manera tal que le hablaba a través de la puerta entornada; en realidad él hablaba, él no paraba de hablar, por encima de la música que atronaba en ese departamento.

La única manera que podía estar con él era con la puerta entornada, para no violentarse, para no irse a las manos, al cuello, para sostener un tono. Porque tampoco podía dejar de verlo, no

resistía la idea de dejar de verlo porque él era un cielo y también una parte de su cielo, era un cuerpo y una parte de su cuerpo, de su diálogo, de su conversación, de su mirada, de su comprensión, de su abismo, de su tajo.

Sostenían ese diálogo hasta que él se quedaba dormido después de unos cuantos vodkas, la voz propia lo calmaba, entonces cuando lo oía roncar en el sofá del living salía, se metía en la cama y dormía. A la mañana siguiente él se había ido sin despertarla.

¿Y cómo podía ser que todavía lo amara? Los pequeños gestos silenciosos, imprevistos, modos suaves sin medida, entendimientos tan naturales habían enredado una trama imposible de deshacer sin desgarramiento; ella no tenía la menor idea de qué pasaba por la cabeza de él cuando se iba desvaneciendo con el alcohol, él se aferraba a la botella que sacaba y volvía a guardar una y otra vez en el freezer para demorar uno y otro trago y ella no iba a impedirlo, nada de lo que ella pudiera hacer iba a lograr impedir eso… porque estaba más allá de todo y cuando ella se dio cuenta pensó en algo para hacer mientras tanto, usar ese tiempo en algo productivo, tal vez innecesario, pero no pensaba cuidarlo. A veces cuando él se deslizaba al piso desde el sofá sin hacer nada de ruido, ella se sentaba a su lado y rodeaba su hombro con un brazo y le tomaba la cabeza para que la apoyara en la de ella y se quedaban un rato en un limbo sopor de la inconsciencia. Pero soñaba. Su mente armaba figuras.

El amor a través de la puerta una rendija un celo y cuidado no menesteroso, la voz en su oído en su cuenca, refugio de las fuerzas de la naturaleza; mantenerse a raya, temperado, sin olvidarse de la distancia que se zanja de una zancada y un zarpazo.

En el sueño ella tal vez olvidaba pero se agazapaba una sombra movediza, leve y risueña imposible de escudriñar, y se revolcaba en los pedregales desesperada, soñaba con él en otro tiempo. Ella no soportaba ver las cosas languidecer, decaer, morir. Se iba antes de vislumbrar cómo el silencio gozoso de dos soledades se transformaba en mutismo, sabía que todo todo llevaba en sí la destrucción inevitable, pero no soportaba verlo y abandonaba antes —quit, exit, exeunt—, aunque tuviera que arrancarse del lugar. Empezaba haciendo viajes más frecuentes, ausentándose algunas noches de la cama, retirándose del espacio común; los huecos se deformaban, ahondaban en vacíos ineluctables. No traicionaba. La destrucción acaba al final pero uno ya es otro.

Se podía armar un diálogo o un relato que encubriera el vacío, pero ya lo hacían. Ella no se despegaba de sus auriculares, y cada tanto, para no olvidar y espantar los ilusionismos, escuchaba a Eliot recitar con su voz clara:

In my beginning is my end
What we call the beginning is often the end
And to make an end is to make a beginning
And the fire and the rose are one

All time is unredeemable…
Only through time time is conquered
Desire in itself is movement
Not in itself desirable

En nuestra historia de amor no hay un fin. Me dijiste que no reconocías una despedida. Yo no insisto porque no es mi naturaleza la imposición, o la doble imposición —tuya, mía—. Vamos hacia el fin de la noche, hemos reservado nuestras miserias, ya no nos dominan, desprendidos de los sarcasmos y las defensas que agujerean cualquier posibilidad. El angst que encubre la soledad áspera. Negarse rehuir resistir denegar.

Rezamos plegarias, recitamos versos, pasamos las cuentas del rosario, el malah, nos apretamos los dedos en la bisagra de la puerta hasta rompernos los nudillos para soportar el dolor. Sin embargo el dolor es dulce.

No esforzarnos en los gestos confiar. Curarse calmarse.

Hablar.

¡Hablar!

¿Hablar?

Si se hubiera tratado de pronunciar una palabra detrás de otra estableciendo una comunicación un lenguaje o un idioma ¿dónde quedarían los huecos, nuestros salvoconductos, que no se igualan ni se comparan a nada? Los silencios no se parecen.

¡Decir! No decir no es lo mismo que callar.

Cuando lo conoció, él practicaba una especialidad con una sutileza única en el mundo: el rapto de la amada. Para su consideración, era el gesto romántico más elocuente. Casi podía escribir un libro de instrucciones para no fracasar: nunca había usado la violencia, o el acoso o el acecho, más bien había acertado con la intuición y algo del consentimiento había alentado una posibilidad de éxito.

El consentimiento nunca estaba garantizado porque la cautiva en algún momento se tenía que escapar, al menos cabía la posibilidad de que lo intentara o la certeza de que ese fuera el final de la aventura de a dos: si ella no se escapaba el rapto había sido infructuoso, había fracasado, porque había cedido. Y él naturalmente existía en la creencia de la tensión vital entre dos personas, no creía en lo complementario ni en la comodidad. Si nada se le oponía perdía el

motivo esencial, su razón de ser con ella. El amancebamiento de la convivencia no era el objetivo del raptor. Doblegar una voluntad, vencerla de a poco pero nunca del todo.

Nadie imaginaría que después del rapto irían a vivir cerca de la mirada de todos en el centro del barrio, o que contestarían el teléfono o aceptarían invitaciones, y menos que fuera fácil ubicarlos en alguna red común. La sustraía de la sociedad, de lo establecido —y del rango de mira o de la línea de fuego de la gente— y de su medio natural, el espacio familiar; y el aislamiento asilamiento —porque se le daba asilo a la exiliada—, no era encierro sino liberación. La reclusión era una parte de las condiciones no explicitadas pero convenidas y en eso los dos encontraban un gozo: un encierro deseado.

El encierro involuntario, determinado o impuesto por otros, era una restricción que siempre me había perturbado.

En ese encierro él sí acechaba el peligro, daba vueltas a la casa como un lobo simulando buscar leña o se imponía una salida al mercado a comprar lo necesario para cocinar algo delicioso o elegir unas flores naturales y frescas o un vino especial que renovaran la seducción, pero nunca perdía de vista la entrada, las ventanas, la terraza. Tenía ojos en la nuca: cualquier cambio de planes era posible —nada la forzaba a ella a estar ahí— pero no quería que lo tomara desprevenido, él era un hombre elegante ante todo. No como una expresión de la frivolidad sino como una estética. Si durante el sexo él la tomaba con suavidad del cuello y presionaba la glotis hasta el punto anterior a la asfixia era porque ella accedía, gozaba con los ojos cerrados y una media sonrisa; jamás la habría forzado a nada y tampoco le gustaba gozar solo, era el rey de la inducción.

Desde una atalaya, un mirador, le gustaba apartarse a escuchar música; tenía allí un equipo Pioneer y una batea diseñada especialmente para los doscientos discos de pasta, un kit imbatible sin disimulo porque ahuyentaba el aburrimiento, la rutina, la repetición: la música nunca era la misma, nada conseguiría remplazar el placer de escuchar la versión desde el bajo o desde la guitarra o el piano o la batería, la trompeta o el saxo, las combinaciones eran variadas múltiples y siempre se podía improvisar algo más dando más espacio más aire. Desde allí, tan solo con su sagacidad de gavilán y sin delatarse, él podía anticipar los peligros y los avances, los movimientos de toda la manzana por tierra o por aire y fibra óptica, y también lograba avistar el río que bajaba a unas diez cuadras hacia el este. Ella, mientras tanto, disfrutaba de la soledad sabiendo que a cierta hora él se acercaría, ella lo sabía porque su olfato se había sutilizado tanto que lo olía, podía oler su cercanía, y esperarlo. Él siempre estaba por llegar.

La clausura desfogaba una gula desconocida, era un espacio

infinito, sin testigos. Ella lo esperaba sin necesidad de restar la ansiedad. ¿Y si él no llegaba? Ella era todo para él y él era todo para ella. Se consumían en la fantasía de mundo cerrado que se aísla y protege de todos los agentes externos que siempre deslizan una amenaza por debajo de la puerta. Él se relamía en la anticipación, se afirmaba rondando la propiedad de este a oeste y de oeste a este cada vez, husmeando y eliminando lo extraño, confirmaba que nadie los espiaba ni vigilaba o intentaba acercarse. Llegaba en silencio, su bienvenida asegurada. Llegaba sin brusquedad ni apasionamiento, conteniendo la sorpresa de encontrarla allí. Él no se parecía a nada.

Si alguien hubiera querido describirlo tal vez habría bordeado varias clasificaciones sin dar en el blanco, no se lo podía encuadrar en ninguna serie.

Yo cavilaba que la diferencia entre los hombres verdaderamente misteriosos y los histéricos es que detrás de los histéricos no hay nada, ese efecto brumoso de lo retaceado mezquinado o vedado es solo un artificio de suavidad o exceso o efecto de espuma, de un trasluz, o una promesa malquerida, con medias muecas seductoras y ojos rasgados enigmáticos; los misteriosos no proyectan un artificio, no son planos, y pueden ser sorprendidos en su inasible ambigüedad. Algunos podían pensar que era una forma de timidez; la mayoría se revestía o se distanciaba con varias capas y lo que esas capas transmitían era que nunca llegarían a conocerse los supuestos secretos que ese velo ocultaba, había que vivir con el misterio, aceptarlo. El que no lo aceptaba caía en la trampa de la porfía. Del que se queda sin nada porque quiere más. Cuánto hubiera agradecido que lo advirtieran a tiempo antes de pegarse el resbalón que lo llevaría al fondo del fondo, donde ninguna refutación cabía a la luz de la torpeza, del empecinamiento ciego. Y vine a saber que a veces los histéricos terminan siendo más curiosos o más divertidos que los hundidos en los enigmas.

El gavilán sabía parar a tiempo; al borde del desborde y del exceso, reconocía la medida y la tasa, eso lo preservaba de la aniquilación o del disparo o del voraz que, creyendo compartir un botín no mide las consecuencias. Lo que no hacía era calcular, no ignoraba que el plan podía salir mal pero lo hacía igual.

Esa alianza nunca resultaba espantosa porque era provisoria, también imponía la fuga. Sin embargo sabía que cada día su laboriosa trama debía ser reconstituida y reafirmada. Se deslizaba por la trama de su telaraña induciendo la sugestión como quien alienta el gusto por un perfume o un sabor particular con la intención de adoptarlo.

Una vez, cuando eran tan chicos, él le había dicho: dentro de unos años voy a venir por vos, vas a estar casada con un tipo bien,

convencional, un imbécil, y un domingo voy a tocar el portero eléctrico de tu edificio previsible y te voy a decir soy yo. Y te vas a venir conmigo.

Roza el triunfo con su imaginación, sonríe, se anticipa con deleite. Pero ahora no puede mirarla a la cara, está herido, se resiste a sentir y tocar su labilidad.

Ella podía secar raspar su corazón aniquilarlo con el aliento. La elocuencia no es un rasgo que conozca, no cuenta tampoco con una oratoria fecunda.

No puedo verte, solo en la penumbra puedo soportar tu visión.

El portero eléctrico sonó un domingo al mediodía, ella preparaba el almuerzo. El marido abstraído leía los diarios. Ella dijo hola convencida de que alguien se había equivocado y escuchó «Soy yo». Un silencio desafiante y «Vengo a buscarte, te espero abajo».

No dijo nada. Fue al dormitorio, agarró la cartera y buscó el pasaporte en un cajón del escritorio. Se miró en el espejo del baño y se sacó la hebilla que sujetaba el pelo en una cola, arrancó una hoja en blanco de una libreta, garabateó unas palabras, dejó la nota en la mesa de la cocina, la chaqueta ocre que más le gustaba colgaba del perchero en la entrada, no lo miró para que él no la viera irse, cerró la puerta despacio. Antes de salir apagó el fuego de la hornalla. Cuando apareció en el hall de entrada él sonreía triunfal, confiado en el mundo que se extendía y elegían para darse.

El marido la rastreó pero ella no dejó señales; nunca había hablado de él porque no cabía tanta fantasía en el presente ni en el futuro, y no hubo manera de seguirla. Sabía que no la habían secuestrado. Cuando al no oír de ella una amiga le preguntó qué iba a hacer, él le dijo que nada, no iba a forzar nada, podía esperar; si volvía ya verían, si no volvía verían también. El matrimonio está lleno de pretensiones, dijo como si cargara una larga experiencia. Uno quiere y no quiere, ansía y no ansía, en nuestro caso no recuerdo a quién se le ocurrió vivir bajo el mismo techo. Las casas se transforman en cajas o en jaulas sin que nadie pueda evitarlo. El único movimiento que se conoce es hacia otra parte, hacia fuera, como si algo de lo que se ofrece por ahí habilitara la vida nueva, la ligereza. Porque la única otra posibilidad es la implosión.

El marido estaba empecinado en que ella tuviera su paseo, una vuelta a la calesita, al que siempre la había convocado una canción, pero él nunca había entendido la letra —«take a walk on the wild side…»—. Nadie quería habitar un panteón y él decidió no resbalar en el tormento vicioso, se convenció de que él era alguien con un sentido práctico resolutivo, no haría nada para encontrarla porque imaginaba que ella percibiría esa intención y se alejaría aun más pero, también,

si no hacía nada ella creería que él podía vivir sin ella y se convencería de que finalmente él no la amaba tanto. Y eso era lo menos atractivo para alguien como ella, que respondía siempre a los estímulos externos menos sospechados, y sin ninguna deliberación, ni siquiera para sí misma, se agazapaba para registrar indicios que otros no veían y captaba en el aire sonidos y pequeñas muecas cómplices sembradas en los libros y en los mensajes. Y los que le clavaban el aguijón… la impulsaban a dar un salto.

¿Qué habría pasado si ella no se hubiera ido con él? Él habría quedado en ridículo, se habría sentido humillado. El rapto era un acto de amor, de valentía, de exposición, de riesgo, de convicción. Y no temía al ridículo, se sentía un libertario sin programa. Ella hoy eludía pensar qué habría hecho el gavilán si ella no se hubiera escapado con él, prefería no saberlo. ¿Habría ido a raptar a alguna otra? Era la duda que asomaba por debajo de la cama.

Porque él venía de otros raptos, y ella no veía un motivo tan evidente como para descartar que tal vez se hubiera convertido en un raptor serial y ella en parte de una serie. No había sabido nada de él durante años porque cuando todavía eran tan chicos ella se había alejado lo más posible y cuando volvió no preguntó por nadie. Tenía la sensación de estar ante un desfiladero, se apartaba los abejorros y se ahogaba con facilidad: se fue a vivir con quien prometía no ser un marido.

A una la había secuestrado en el Registro Civil, diez minutos antes de que diera el sí. Sencillamente había llegado en su moto en el mismo momento en que la pareja de novios junto con la familia y amigos se preparaban para entrar a la institución más tradicional de la ciudad, a punto de subir a la sala prescripta indicada donde se sellaría la unión ante la ley. Él paró en doble fila y aceleró en seco y ella se dio vuelta; a él le pareció ver bienvenida en la sorpresa, le sonrió y al mismo tiempo la llamó por su nombre amoroso con su mejor voz, su clave de amor. Todos se dieron vuelta y quedaron suspendidos mientras él se acercó a ella sin sacarle de encima la mirada confiada y sonriente. Lo escuchó decir unas pocas palabras persuasivas y temblorosas; con la leve sospecha de que tenía que seguirlo, y porque era cierto que en ese momento ella quería huir, siguió su impulso y se dejó arrebatar de la mano del novio.

A otra la había sacado de la sumisión a un maltratador del Bajo San Isidro que se había puesto gordo en el tiempo que lograba imponer su reinado; como muchos otros hombres que echan panza cuando se casan, se asientan sobre un volcán dormido y se regodean en su invención impostada, se dan el lujo de ser magnánimos dentro de su área de influencia. Controlaba todo con su ojo satisfecho de amo; había multiplicado sus cabezas primero a tres y después a cincuenta

para controlar mejor la entrada a su guarida cueva, a su pozo subterráneo. El libertario no soportó imaginarla desgraciada y presa y se pasó días y semanas dando vueltas alrededor del barrio y de la manzana para planear una acción rápida y eficaz que la librara de su cancerbero y de su debilidad. El rapto fue más difícil de lo que imaginaba y lo obligó a ser más paciente. No estaba acostumbrado a esperar porque la espera le daba espacio al pensamiento y a la especulación y a él le gustaba actuar sin dejar rastros, en un gesto clínico, limpio y contundente. Sin mirar atrás. Liberar a su querida de su prisión, sin recurrir al asolamiento.

Y a otra la arrebató de una agobiante convivencia en pleno corazón de la alta burguesía porteña. En todos los casos él seguía un impulso incontenible y al mismo tiempo lo sostenía la convicción de rescatarlas de una vida no deseada… Hacía rato que ellas no podían mantener los pies en la tierra y la cabeza en el aire simultáneamente. Eso era señal suficiente para ir a su rescate. Él escuchaba ¡Socorro! como un vidente y acudía con violencia. No consideraba la posibilidad de fracasar porque despreciaba el resultado —aquello que requiere un sentido común o el consenso general o una mayoría— y nunca se arrepentía.

Inauguró un linaje, el de raptor serial. Sí, podía decirse que se trataba de un raptor serial, pero que no se parecía a ningún otro porque nadie había conocido a uno antes que él. No era un desesperado ni un compulsivo ni un loco, cada rapto era una gesta en su concepción y realización generosa. Jamás se hubiera reconocido en la figura de un raptor perverso que con la excusa de la liberación terminaba siendo un carcelero: la puerta no se cerraba con llave desde afuera; él se daba maña para consignar que ella quería estar ahí, solamente se trataba de captar su ánimo y tentar la posibilidad de un reino inconmensurable, sin paredes ni puertas ni fronteras donde ella sería reina; él habilitaba un espacio infinito.

Y desde el encierro y la atalaya le gustaba tomar el pulso de los días. Se establecía una rutina que lo serenaba, un juego. Cuando se instalaba en su atalaya para avistar el avance de algún desconocido o percibir el cambio de aire, la sensibilidad era tan aguda fina extrema que ningún cambio pasaba inadvertido. Él era un guardián de lo furtivo, sostenía los dos cuerpos dando a ese lugar en que se instalaban un espesor y un vuelo que nadie se hubiera animado a contradecir o a poner en duda. Todo se jugaba ahí, como si no tuviera otra cosa en el mundo que hacer más que estar con ella, ser para ella. Cuando aparecía por la puerta y entraba en silencio pisaba fuerte sin hacer ruido, en un gesto era el más próximo y el más extraño, pero cuando la abrazaba y sentía el olor de su cuello y su pelo, temblaba como si fuera la primera y la última vez, todo al mismo tiempo. *In my*

beginning is my end.

Los dos reinaron en ese espacio infinito. Reinaron en la ausencia de ataduras.

Ella adoptó la amenaza como incentivo.

En la cama podían ser animales jugando o esperpentos desatinados; se contorsionaban, se reían, perdían la forma, inauditos, las carcajadas bordeaban la histeria, el fin o el sinfondo de algo, o el cenit. Y el primer plano constante, el triángulo de piel de la mejilla, la línea que va de la oreja al nacimiento del pelo en la nuca, del cuello terso a la clavícula; el muslo de él expandido al rodear con la pierna las caderas de ella atrapándola en una inmovilidad victoriosa, y así podían estar en un parpadeo del sueño casi imperceptible; el tacto y la vista magníficos y subrayados, los grandes ojos marrones.

Él era un tragafuegos que no tenía miedo a darse cuenta de que más valía temperarse un poco porque no había ninguna razón para negar que se iba en tinieblas en el vórtice. Los amantes éramos un solo cuerpo. ¿Cómo es que uno termina siendo un solo cuerpo con un amor? Y el otro tira y ella siente sus costillas su brazo su mano su costado los tendones y músculos estirarse tanto que no podrá volver a emparejarse con el otro lado, ya su hombro quedó más arriba y las costales casi se han despegado, siguen unidas por el tejido conjuntivo y por la piel tensada al máximo, ya transparente. Las capas de tendones, los músculos cubren las arterias pero dependen de la sustancia fundamental, fibras y células del tejido conjuntivo. Y otro día le tira de los pelos y se queda con un mechón en la mano y lo guarda en un sobre de papel de seda. Y ella anda con un agujero en el cuero cabelludo que solo ella ve, se acomoda el pelo de otro modo y nadie se da cuenta. Y es su secreto.

Y ella le muerde el cuello, y la parte de atrás del brazo debajo de los bíceps, la más blanda y sensible, le marca los dientes, escupe la sangre que le quedó en el borde de los labios y lo mira con los dientes ensangrentados y él no se apiada, la mira con indiferencia porque sabe que eso la desesperará más. El paroxismo. La incitación. Él no pierde el control, necesita que ella tienda hacia él, que todo su movimiento tienda hacia él. Y que lo alcance y que lo toque y que para eso su cuerpo tenga que ir largo más allá, forzarse a un extremo dilatado, a dar aquello inimaginable para lo que no se disponía naturalmente. Las torsiones de lo posible son incalculables. Hay un instinto del cuerpo que la mente desconoce y no ubica, no puede someter ni refrenar.

Cuando ella cerraba los ojos no soñaba con ningún otro lugar, y al abrirlos, si él ya se había ido, encontraba en el centro de la mesa un poema impreso en papel finísimo, que se quebraba al sostenerlo entre los dedos. Él insistía cada día o día por medio con un poema, tenía los

bolsillos llenos de estrofas nuevas. Sabía que en un momento dado el velo caería y ella tendría oídos y ojos frescos y profundos para él, para escucharlo y alojarlo en el tránsito de su pasaje; ella es la extranjera, la que está de paso, pero también puede bajar el cartel y decir, qué aclaración innecesaria. Los poemas verificaban la insensatez descomedida y un olor restallante que explotaba en la hoja, algo más de él que no participaba en las conversaciones escuetas (porque arrullaban los silencios), las declaraciones sobre un posible estado de situación propio o ajeno. Los poemas eran cada vez más cortos y le llegaban portando una lengua fundamental, en oleadas.

Inflamado por los nocturnos a la Maiakovski, tembloroso y desvelado:

A vuestros pensamientos
que sueñan sobre sus sesos reblandecidos
como un gordo lacayo sobre un sofá grasiento…

…Si lo desean
comeré carne hasta ponerme rabioso
—y, como el cielo, mudaré de tonos—;
si lo desean
seré impecablemente tierno.
No es un hombre.
¡sino una nube en pantalones!

Él instaba a construir con imaginación: dinamitemos lo viejo. Matemos cuanto es viejo. De los cráneos hagamos ceniceros. Romperemos con el pie la barrera del tiempo. Inventemos rosas nuevas. Quemaba las naves y levantaba los puentes, no miraba atrás, ya se lanzaba hacia adelante atraído con impulso irresistible, se arrojaba hacia lo virgen inexplorado intocado sin concebir ningún martirologio, penurias o enfermedades. Y volvía a *Trilce*, en distintas entonaciones, ecos.

Quién hace tanta bulla y ni deja
testar las islas que van quedando.
Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, a cada hialóidea
grupada.

Un poco más de consideración,
y el mantillo líquido, seis de la tarde
de los más soberbios bemoles.
Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal del equilibrio.

A medida que pasaban las semanas, dejó de consentirse en las declaraciones. Los poemas eran amor a la expresión por la palabra, un ansia una inscripción rebelde insistente tallando un vacío. Lograban modulaciones con la promesa de nunca esclerosarse, se reanudaban solos. Y ella ahuecaba la curiosidad por lo sentimental tan elocuente —pero no disimulaba el impacto—, la quebradura expuesta de un hueso. Ella había aprendido a leer a los poetas siguiendo el mapa o las huellas que su padre les dejaba en las cartas que recibían desde sus viajes no anunciados. Las cartas sin remitente terminaban siempre con un poema, de aquellos que habían cambiado su percepción del mundo. Siguiendo ese hilo ella había podido imaginar la cabeza y la emoción de su padre ausente.

Ya muy lejos del raptor, me seguía o yo lo seguía sin una seña o indicación de dirección. Subíamos y bajábamos, subíamos y bajábamos, trepidantes, sin ninguna reflexión, mientras insistíamos perseverábamos en el montaje y el ensueño de atravesar unos quinientos escalones hacia el centro de la Tierra sin esperar que allí algo nos alojara.

Pero el trueno nos atravesó o fueron atravesados por el trueno.

«What the Thunder Said,»
Who is the third who walks always beside you?
When I count, there are only you and I together
But when I look ahead up the white road
There is always another one walking beside you
Gliding wrapt in a brown mantle, hooded
I do not know whether a man or a woman
But who is that on the other side of you?

Who is the third who walks always beside you?

Y un rato después:

—Yo ya no sufro más por amor.

—El amor y la necesidad no van juntos, no tienen nada que ver, son aleatorios.

Un paso en falso tras otro, uno tras otro. ¿Delete? No hay delete.

Cada día el efecto se gastaba luctuoso y él sabía que no pretendía impedirlo ni resguardarlo. En un movimiento limpio, se alejaba para tomar distancia, enarcaba las cejas gruesas y se reía hacia adentro, la mueca enigmática que anula toda ansiedad de expresión.

No hay ningún pensamiento que agotar, flotamos flotamos, perdemos visibilidad altura freno y caemos pero no nos importa porque no lo sabemos. Nadie lo sabe y revivimos persistimos sin habernos enterado, aferrados a nuestro trato.

Solo pueden hablarse a través de la puerta entreabierta del baño. Ella llega como un viento y él no atina a verla. Y ahí se quedan embelleciendo el momento con voces entrecortadas. Y él dice y ella dice. Y él se va y ella se va.

Llegamos a conocer toda forma de evitación.

Ni desmoronamiento ni derrumbe. Repetición y ritornello disimulaban la distancia severa del tiempo y sus demasiadas inscripciones. Como en el monólogo del borracho, ni siquiera nos escuchábamos a nosotros mismos. El otro era tan solo una pausa, un simulacro de ida y vuelta en la puesta en escena del diálogo, de dos que conversan e intercambian y se influyen y los flujos se confunden y se contaminan: dábamos lugar al otro, porque persistía alguna convención, para volver a escuchar la propia voz, y nos encontramos replicándonos a nosotros mismos, en una secuencia de imágenes que se repetían enloquecidas y ya nadie sabía cuál era la copia de la copia. El otro empezó a ser incómodo y lo anulábamos para que no nos hiciera zozobrar ni nos moviera de alguna certeza que creíamos haber alcanzado. Y la conversación terminaba y nada nos había modificado. Hablábamos en monólogos. Rumiábamos nuestros pesares o nuestras iluminaciones y cuando nos oíamos hablar dábamos con alguna inflexión para evitar el tono monocorde cansino, pero solo estábamos atentos a eso, a salir del paso. Y nos asegurábamos de que hubiera llegado al otro, hacer algún impacto, para seguir la rumia.

Del autismo y del ensimismamiento arrastrábamos nuestra voz en alguna alocución que casi estaba ensayada.

Ya tomados por la catástrofe, el temor me agarrotaba las manos y los brazos y me secaba la boca; el pecho rígido contenía toda la tensión de un llanto o un grito. Mi pelo se afinó; el pelo negro de su pecho se volvió blanco de la noche a la mañana. Enmudecidos, nos esforzamos en naufragar con elegancia.

Ella no planeaba los abandonos. Como Orfeo, sabía que no se puede salvar lo que se ama más que renunciando a ello.

Antes nos habíamos refugiado en el amor. Ahora reinventábamos el silencio.

En la mesa de luz de él, *C'est tout* y *Diario de un loco*.

Recordaba las escapadas a El Metropole, un hotel en las dunas con la constante vista del mar que alojaba pasajeros anónimos casi autómatas, habitantes de algún mundo desquiciado y estéril al que le robaban recreos, respiros. Al borde del sofocamiento, podían tomar una bocanada de aire para seguir una instancia más; pasaban los días sin hablar. Se especializaron en dar por sentada la adoración del éxtasis que los unía, estallidos silenciosos. Sin embargo, todo sucedía alrededor del hotel, todos confluían allí, sin mirarse, en un movimiento de alta entropía, irreversible, y sabían que del otro lado de esas paredes delgadas como láminas de cartulina que separaban un cuarto de otro dormía o se desvelaba alguien tan atribulado como ellos. Convencidos de que podían perder energía por rozamiento, ansiaban la asepsia como quien cree que el éxtasis le devolverá un élan vital.

Perdemos, vamos a pérdida. El tiempo que resta: la pasión está en el pasado.

¿Toda pasión está en el pasado? ¿En lo imposible? También estas son hierofanías, manifestaciones de lo sagrado.

Había otro lugar, tal vez podía recomenzar mi vida en otro lado, allá allá. Consentirse con la perspectiva del nomadismo, concebir la vida, la razón, el misterio, el presente y el futuro sin condiciones y sin lamentos.

Al irse, le dejó una nota en la mesa de la cocina, tal como lo había hecho con el que nunca pudo ser otra cosa que un marido. Pero esta vez fue menos escueta:

Tus bolsillos están llenos de poemas que nunca recibiré.

Dos

Llegaba a la Puna, a Atacama, para arrellanarse en un extremo geográfico, una capa o un llano desértico infinito, pura superficie, una orografía despellejada, ni raíces ni rizomas ni pétalos; iba llegando, dejaba atrás los remilgos, se desvestía. Avanzaba sin dilación sin tiempo ni horizonte, daba otro paso hacia una esfera esmerilada dispuesta al silencio. Que no era eterno porque no era definitivo, la máxima apertura, el cielo y la Tierra sin mérito, el aire excesivo, sin medida.

Ella caminaba por los ripios y el abismo allí donde la Tierra y el cielo eran una continuidad y no se avistaban bordes ni telones ni un principio o un fin. Se llegaba de algún lado sin importancia, siempre ajeno, las referencias no se reconocían porque las claves iban cambiando a cada rato, se afirmaban pero se frustraban, como si el lenguaje fuera otro. Vivían sin compartir nada. El universo se abría en todas direcciones, las salinas rifaban luz, un espesor incalculable regalaba kilómetros sin ninguna promesa. El éxtasis como una droga que no hace falta tomar —uno es parte del éxtasis o el éxtasis nos caló —; en el aire el vacío constante ahueca la cabeza, la palabra, la expresión, dilata el verso la sangre el gesto el ceño. Un lugar sin animales de ningún tipo. ¿Cuál es la vida?

El astrónomo,
el geólogo,
el arqueólogo,
la antropóloga,
el director de cine,
los fotógrafos de la noche
han encontrado una vida ahí, llena de sorpresas.
Ella no venía a ejercer ninguna profesión.

Se ahogaba y ese espacio que se extendía en su imagen era como un bálsamo en la cerrazón de la glotis y calmaba el ardor. El ardor en las orejas, en los labios, en las encías, en las uñas, en los ojos, en las axilas, en las ingles, en la nariz, y en todas las zonas de secreciones y flujos, húmedas. Pensaba Atacama y pronunciaba ese nombre mágico en voz baja, solo audible para ella, y se abría a la posibilidad, se daba coraje se animaba le daba valor. «*The words made solely of air.*» Como decía Williams. Un vocablo, unas letras en una posición equis, podía desplegar tantos sentidos. Una levísima posibilidad de soplo suave (aliento) entre las piernas; entre las rodillas, ilusión. Aquietar el corazón salvaje, someterlo al silencio repiqueteando la magia del nombre para atenuar su sinrazón. Lo imaginaba como un infinito sin pasado ni futuro, sin historia ni marca de civilización, una sabia ignorancia. Un extremo, el de la eternidad que nunca era un cementerio. No quería ir a morir al desierto, todo lo contrario, quería vivir pero no quería testigos para su vida. Ni a ella misma como testigo.

Soñaba con ese lugar sin fauna ni flora, descamado, aunque no era cierto porque existían diversas formas de plantas y animales que descubrió el día que pisó el salitre, la dilatada voracidad del sol, del cielo y la arena impasible. Le indicaban que ya estaba en el lugar el latido sordo de sus sienes y la reverberación descontrolada de todo el espacio que abarcaban sus ojos. Allí había otra forma de descontrol de salvaje de selva. Por más antiparras de viejo esquiador, la reverberación era vencida solo por la noche.

Una tierra sin cuerpos en descomposición, sin cadáveres porque el sol los momifica. No había oportunidad de hedores de podredumbre ni de pasajes estados intermedios o graduales. Ansiaba la ceguera de ese sol poderoso y el frío de la madrugada. Reaccionar a la naturaleza, cuidarse de los excesos del clima y del corazón.

Había imaginado que podía caminar sin destino sin sentirse una condenada a muerte, libre de la noche y del día el solsticio y el equinoccio, atravesando las marcas que la irremediable voluptuosidad de la aridez desgajaba en su travesía siempre incompleta. Reveries. Oasis. Mirages. Desde chica ensoñaba con la figura del beduino, que en árabe quiere decir morador del desierto.

El amor es tan carnívoro.

En Atacama ya no había carrera contra el tiempo. El tiempo se anulaba.

Una noche de languidez y zozobra o derrape miserable en El Desnivel se encontró compartiendo mesa y un parloteo deslucido con unas

noruegas de ojos prestos y encías como bifes que, afirmadas en sus ancas, balanceaban los cuerpos igual que los jinetes a punto de saltar una valla; se excitaban sobre los respaldos de las sillas y, amagando un buen envión, juntaban información de las mesas de al lado con curiosidad objetiva, asociaban un link a otro y armaban su cartografía de Argentina, de Buenos Aires, capital y alrededores, con la ligereza de los procesadores de datos que no saben adónde o qué van a configurar. Nada determinante. Transmitían la seguridad del que cree que cuenta con recursos, una tela larguísima para cortar, soportes varios, afincamientos y relaciones, aquiescencias de toda índole.

Ellas venían del noroeste argentino y de la frontera de Chile con Bolivia, curtidas por el sol y el paisaje y una lengua completamente nueva, y no les resultó difícil intuir que su estado deplorable de despojo más bien tenía que ver con su labilidad. Le contaron lo que vieron y más —Atacama—, repetían enfervorizadas, y hablaron de una Sociedad Secreta que, decían, vivía allí, y esta palabra —Atacama — arrimó el hueco y Ella vislumbró el alivio, la ilusión de la huida; imaginó un exceso tan constante, la llanura del desierto como un abismo, la invitación a la ventura, a la falta de propósito que consiguiera inmovilizar al otro, al otro que hay en uno.

En el inicio de la primavera, cuando los rayos del sol se han aplacado y es más improbable la muerte por calcinamiento o la persistencia incómoda del aguanieve, se desplazan hacia el desierto para desenterrar. Como si fueran nómades sin perspectiva, recomienzan sus vidas en otro lado, concibiendo la razón, el misterio, el presente y el futuro sin lamentos ni condiciones. El arqueólogo, el astrónomo, la antropóloga y el geólogo.

Félix (el arqueólogo) llegó con instrucciones precisas: excavar para desenterrar, examinar y enterrar enseguida, para que no se desintegren en el aire los huesos ya minados de existencia. Los cuerpos pueden volar como cenizas igual que si estuvieran hechos de papel y, sin haberse expuesto a ningún fuego, evanescerse en el aire (si no se lo preserva con dióxido de titanio, el papel se deshace con los años, salvo que viva en una atmósfera inerte).

Como parte del programa de investigaciones de los milenarios asentamientos lickanantay, los jóvenes arqueólogos realizan sus trabajos en la región de Peine, al sur del salar de Atacama, en la Quebrada de Tulán, dirigidos por una antropóloga experimentada que prefiere transmitir la delicadeza de su misión con pocas palabras. En un conjunto de casas que no llega a ser una aldea, alrededor de una mesa, un grupo formado por gente de la comunidad hace un rescate de la identidad original. La misión de extraer y clasificar con cuidado enorme las piezas que portan información preciosa los hace leves; ninguno protagoniza escenas extraordinarias ni aspira a la exposición de la primera plana. Las bolsas clasificadas, precintadas y separadas dicen «Tulán».

En un descanso, cuando Félix ya siente el peso de los párpados, una figura desolada contra el sol de la tarde y sin pedir permiso se asoma a su pozo proyectando una sombra liviana; ha recorrido algunos kilómetros buscando sosiego y ahora intenta distraerse con el movimiento preciso y fino de las manos del arqueólogo que logran encontrar una forma de vida en esos restos.

Es Nicolás Vallejos, un director de cine que decidió volver a Atacama para llamar la atención sobre una película que filmó sobre el lugar y que no logró mostrar en el cine comercial de París ni en la televisión. Favorita entre las categorías especiales, ganó Amsterdam, Berlín, Cannes, Viena, pero es una película incómoda que no termina de encuadrarse en lo políticamente incorrecto: ni el espanto ni el escándalo. No se encuadra… Por eso decidió arriesgar la eficacia de una última carta: publicitarla con algo extracinematográfico que sea tomado por los medios como una noticia, algo extravagante, extremo. Si puso el cuerpo a cada paso, ¿por qué no ofrecer el cuerpo real? Su propio sacrificio. Muriendo como una cuasi estrella de rock, en un

escenario y con todos los ojos puestos en él, tal vez logre que la gente vea su película, nada le importa más que eso, entonces podrá olvidarse de sí mismo, ya no estará ahí para el aplauso.

Se lo cuenta en el hotel, con todos los detalles, y Ella lo escucha mientras observa la nariz fuerte que domina la cara del director. La muerte será limpia, no escabrosa. Acostumbrada a los cavadores diarios de trincheras de frivolidad, Ella percibe que la obsesión de él va más allá de la puesta en escena, es capaz de matarse para liberarse del pensamiento tortuoso que lo tomó —se lo tragó como una boa—. Ella capta ese momento de no retorno, pero… ¿la muerte todavía impresiona o escandaliza a alguien?, le pregunta. Él ya no puede con esa cuestión pero sí siente que la muerte es un gesto potentísimo y la amenaza de matarse en público puede ser una buena publicidad, una extorsión para los medios en busca de noticias, puestas en escena y escándalos, los cautivos a cazar. Ella sabe de montajes verosímiles, vendibles, y Vallejos está cansado, dispuesto a hacer cualquier cosa. Prostituirse. ¿Acaso no nos prostituimos en casi todo lo que hacemos?, le pregunta él. Y Ella entiende el punto de su desesperación: una película que no es vista es como un nonato; no es lo mismo un libro no leído, que abandonado en un estante regana su potencia tan solo con una mirada curiosa; una película no estrenada, si no encuentra su audiencia o algún registro, aunque sea anónimo o desconocido, queda encapsulada enrollada en sí misma, y se atrofiará y se secará, exhausta de indiferencia.

El director está apremiado, siente el apremio del acierto y el fulgor de los años en que rumió su guión, quiere transmitir el salvajismo de la luz de Atacama que lo hipnotiza, pero ¿cómo presentarla sin ser obvio o insistente o en exceso disimulado? Una fascinación, para ser comprendida o descubierta o adoptada, tiene que ser sutil. Entra con fuerza, como se aspira una bocanada de cigarrillo hasta el fondo del estómago y no se desprende más, porque impregna la retina, la mácula, las venitas y los nervios, entra en la sangre y en el sistema linfático una descarga tóxica eléctrica que modifica la percepción futura. ¿Esa luz única de Atacama, como resplandor que no se destila, lo cegó? Si la fascinación lo devora nunca podrá transmitirla, darle forma, la voracidad socava todos los edificios, cualquier construcción posible.

Se había decidido a filmar su película con el espacio mental y el coraje, los detalles precisos, la simplicidad; había armado su equipo y conseguido el dinero, determinado a realizarla como una gesta sin concesiones, perseguir la luz y mostrarla en sus infinitos matices invisibles hasta entonces, como una aventura de sobriedad, no de avaricia. El deseo del director los contagió y juntos alumbraron esa expresión de vida.

Ella ha desarrollado una capacidad especial de percibir a la distancia el extravío de los seres desesperados. Esta no era la expresión de su padre ni la de Pound, al que había conocido por los relatos sombríos y sentidos de su padre: si bien los dos habían cultivado una *personae* como un punto de contacto entre el ser y la apariencia, no habían podido enmascarar su condición de ángeles caídos en rebeldía; sin embargo, nunca una expresión de desesperado. Los viejos resistentes gritan en silencio hasta el final. (Su padre había ido detrás de Pound como quien va detrás de algo perdido o como un buscador de oro. El director de cine había ido a Atacama detrás de algo inasible.)

Vallejos no puede ni siquiera poner una cara, tiene una mirada extraviada inequívoca, de las que todavía pueden hacer foco cuando algo les interesa en serio y distinguir a quién interpelar. Con Ella enseguida establece un intercambio. Su determinación no es un manotazo de ahogado, sino una acción dirigida que no puede fallar. Ella no vino a morir, justamente su huida se opone a toda residencia, a todo reposo, pero sí puede ser su socia y ayudarlo a lograr que la película se vea. El pellejo algo vale todavía.

Ella lo ayuda a convocar la conferencia de prensa más escandalosa en el hotel.

El hotel es un armazón hiperrealista recién construido que no busca camaleonizarse con el paisaje, más bien todo lo contrario, provoca la diferencia y la ruptura y propone otro espacio con un amarillo estridente para el lugar injertado en el que se cruzan los personajes más extraños. A Ella le cuesta identificar tipologías, procedencias: de qué barrios y ciudades fueron eyectados hacia allí, no reconoce una deriva, pero advierte que no son turistas que desalman los lugares y no dejan piedra sin remover.

(Esta frontera triple de Argentina, Chile, Bolivia, y el flujo constante de Perú, sobreexcita el contrabando, las apuestas, los riesgos; los cruces y las zonas refulgen por el simulacro de rastrillaje o la confluencia clandestina.)

Ella se hace pasar por su asistente, no quiere tener una cara ni un nombre visibles: es el anuncio extorsivo de lo que hará, anticipa que Vallejos se suicidará en el próximo encuentro con la prensa, no dice cuándo será. Vallejos ha dado cantidad de entrevistas a todos los periodistas ávidos por escuchar lo que tiene para decir y mostrar, y en el momento en que él termine de hablar dispararán y echarán a rodar sus palabras cargadas de violencia. Él tiene un nombre que quiere arriesgar. Gesticula, mira a los ojos del entrevistador, su hablar

pausado contiene el apremio y la angustia de su película a medio nacer, aunque una ira extraña lo sacude y lo sorprende y antes de estallar decide concentrar el odio en su mano izquierda; mira esa mano con asombro y la aprieta, la cierra en un puño con el pulgar metido hacia adentro para hacer más presión como si fuera un ansioso o un reprimido, así como otros tamborilean los dedos o sacuden la pierna levantando el talón nerviosamente porque no pueden soportar la pasividad y lo que quisieran es estar en otro lado o decir o hacer otra cosa o pegar un salto —o ahorcarse— y apenas se aguantan; en ese puño hay un odio violento concentrado que presiente la inviabilidad del cauce o de la explosión.

Ella lo filma con su camarita mientras elucubra de qué modo puede salvarle la vida a la película y a él. Con el rectángulo como objeto que enfoca pero que también aleja y toma distancia del drama, se pregunta si es real que ella, que había aterrizado en el desierto con la fantasía de enfriar el humor feroz que la eyectaba fuera del cuadro, escucha la historia tan ajena de Vallejos tentada por la estúpida idea de olvidarse de sí misma.

Si él ha ido a morir allí por su película no está desahuciado. Imagina que mientras sus vísceras se vayan secando y sus nervios agarrotando en un proceso irreversible —la materia ya desprovista del élan vital—, su película se reproducirá echando raíces en otros y en la fantasía de él; ya no lo abandonará. El margen se estrecha y Vallejos consigue que todos se angustien un poco. Él siempre anda con una navaja filosa en el bolsillo derecho de su saco de algodón, tenerla a mano lo tranquiliza. Ella sabe que lo tranquiliza porque le recuerda a su navajita, la que su padre le había regalado y que Ella llevaba a todos lados, incluso al colegio, pero nunca se la mostró a nadie; cuando la perdió la remplazó por el facón que guardaba bajo la almohada en los viajes al sur, sin que nadie se enterara. ¿En qué situación habría estado dispuesta a usarlo? Mejor no preguntárselo.

—Todos somos potenciales suicidas —le dice Ella.

—Lo único que me importa es estar vivo para esto —dice Vallejos.

Ella lo espolea mientras lo filma, sabe que para alguien que está acostumbrado a imaginar o proyectar, a vivir y expresar detrás de un lente, la camarita es la protección que afloja la confidencia. Ella no busca el diálogo, se da cuenta de que no sabe dialogar.

Si le pregunta por el suicidio o los suicidas sabe que acortará camino, dará con algo de la naturaleza de él que se habría solapado en el sobreentendido.

—Cada suicidio nos enfrenta con nuestra valentía o cobardía de seguir vivos como si tal cosa, y la falta de apelación se hace insoportable. El suicidio no es contagioso, regala un tramo de vida, aunque más no sea un trecho, a aquellos anhelantes desesperados que

deshojan margaritas en la vigilia y en el sueño, mientras se balancean peligrosamente. Por eso los grandes congregadores megalómanos que instan a los sacrificios colectivos saben que la clave de presentar el acto como más ineludible y poderoso es convencerlos de que lo hagan todos al mismo tiempo, porque si uno ve al otro muriéndose o apenas muerto lo que produce es un irreprimible deseo de vivir, el hecho de estar vivo adquiere un valor insólito, gigante.

—Ir en contra y escandalizar un revulsivo, una persona viva, no un zombie; si agito y consigo alguna reacción es que hay un nervio todavía. Finalmente son las luchas de unos contra otros, nada más. Tal vez consiga algunos aliados, ya te conseguí a vos, sin desgañitarme.

—Y por eso creo que tu provocación puede al menos alterar o mover a los encallecidos que apenas pasados los veinte ya no bailan y se dedican a sutilizar todo tipo de especulación para conseguir una ventaja. Nadie va a perderse la oportunidad de palpar cómo su vida se alarga un poco al experimentar vicariamente la muerte de otro.

Él ignora el ojo de la cámara, se mueve con naturalidad.

En ese espacio en apariencia infinito, excesivo, ingobernable, absolutamente indiferente, el geólogo Andrés ejerce una ciencia paciente y experimental, examina la morfología de la Tierra, sus infinitas capas; como si fuera una continuidad, estudia el pasado, su origen y la composición de minerales, rocas, sedimentos, fósiles… los acontecimientos geológicos que pueden definir un futuro material sin afirmar nada. Más bien ausculta el mundo en busca de una clave de la orogenia, del campo magnético terrestre, la relación de los extremos; la especulación de que tal vez sea mucho más antigua de lo que se supone, con el fin de permitir el tiempo suficiente para que las montañas sean erosionadas y los sedimentos formen nuevas rocas en el fondo del mar, y estos a su vez afloren a la superficie y se conviertan en tierra seca.

Ella escucha y mira lo que las letras pueden hacer aparecer y amplificar: el estudio del magmatismo calco-alcalino y de subducción de la corteza marina, de las placas de Nazca y Antártica bajo la placa Sudamericana, los productos volcánicos altamente diferenciados como la riolita y dacita, las ignimbritas del Terciario superior del mundo desenrollan el calor. Todas formas de la belleza que la apabullan y la acogen, la amparan.

Jamás hubiera imaginado que el desierto podría albergarla.

Al geólogo no lo filma, su trabajo es silencioso y no busca notoriedad, él tampoco quiere testigos.

La emoción de Vallejos está comprimida en su mirada. Asumió el

desengaño pero Ella le da un nuevo coraje y lo anima a que le cuente, quiere escuchar.

—Acá Rolando, el astrónomo, me ha enseñado a descubrir el cielo. Él se dedica a estudiar lo que dice del pasado esta esfera celeste infinita. El astrónomo que mira a través de su telescopio es una figura muy concreta aquí. Cuando llegó, viajaba una vez por mes los trescientos kilómetros que separan Paranal de ALMA para tener una perspectiva comparativa de un observatorio y de otro. Ya han pasado dos años y no habla de volver a la ciudad. El desierto de Atacama es uno de los mejores sitios del mundo para desarrollar su ciencia —así la llama—, por sus noches despejadas como en ningún otro lugar de la Tierra, la baja humedad y la baja contaminación lumínica y radioeléctrica. Empezó con la idea de ceñirse a un orden porque desde el momento en que tocó este lugar no puede evitar una sobreexcitación, una manía por ese exceso de cielo; se pregunta cómo habrán hecho los primeros en llegar allí y no enloquecer ante la amplitud que a él lo desbordó y dislocó durante un tiempo imprecisable ahora.

El arqueólogo, Félix, su compinche, ha dado con rastros y huellas de los que quedaron encallados en el magnetismo del desierto y ni siquiera sintieron el impulso de volver para contarlo.

Todo lo anterior a su llegada a Atacama le parece borroso a Rolando, difuso, indolente, inane. Y así, enceguecido por la infinitud, que no se encontraba solamente en el ojo de su telescopio sino que era la condición de existencia de ese lugar, no atinó a hacer contacto con los más de cien astrónomos que, asomados al mismo vacío en Paranal o en ALMA, se pajeaban con las galaxias y las estrellas y fantaseaban con un descubrimiento. Prefiere ignorar la competencia de los candidatos que buscan ser parte de algo trascendente. Se impuso un orden para obtener comparaciones y datos netos y contrastados, quería que su misión fuera más amplia, relativa y dinámica. Ese desplazamiento entre uno y otro alentaba la posibilidad de percibir y hacer nuevas anotaciones en cada visita. El movimiento registrado y la comparación lo organiza; reanuda la secuencia desde el mismo observatorio quince días después y revisa sus notas antes de volver a escudriñar el cielo. Es un joven minucioso cada día más obsesionado por descubrir alteraciones o presencias que justifiquen su movimiento. En los mínimos hallazgos encuentra la motivación necesaria para explayarse.

A Ella no le cabe duda de que Rolando es la estrella fulgurante en Atacama; sin embargo, no quiere llamar la atención. Es parte de un engranaje y no alienta su propio fulgor. La continuidad de sus misiones no depende para nada de la opinión de los demás, de otros extraños que aprecien o aprueben su quehacer, y eso le da una

prescindencia que Vallejos envidia. No aspira a la gloria, sabe que necesita muy poco, tan solo seguir su afán con curiosidad y precisión en ese espacio abierto inmenso opuesto a las prisiones. Se saca los anteojos de sol y mira con intensidad a su interlocutor (busca la mirada del otro), sonríe con los ojos pardos, la boca amplia, y su expresión se relaja, la excitación contenida. El contraste con Vallejos es abrumador.

A poco de conocer a Rolando, Ella habla de formación de estrellas y ha incorporado a Canopus, Sirio, la Gran Nube de Magallanes, una bola de fuego, un pequeño grano rocoso del espacio interplanetario, a las enanas cafés, poblaciones estelares en el universo local, la Escala de distancia galáctica, planetas extrasolares, el núcleo milenio de estudios de supernovas, y robótica en astrofísica. Este universo nuevo la sume en palabras tan específicas y contenedoras que le exige concentración para no ser eyectada de él.

Tiene a su ansia con la rienda corta, para así apaciguarse, enfriar, enfriarse, entrar y salir, porque subsumirse le resulta final sin vuelta, se imagina a sí misma estrellada en la arena. Recuerda a alguien que conoció en un bar o vinoteca al que iba cada vez que él desaparecía —él se ausentaba físicamente durante días sin dejar rastros y Ella no lo daba por muerto pero tampoco hacía ningún llamado—. Sentado de costado en un taburete de la barra para hacerse oír, el tipo hablaba en citas, navegaba en las palabras de otros; su mundo estaba hilvanado solo por palabras; había conseguido ser invisible, transparente, ser un cuerpo de palabras como un instrumento accesible o un eco sin ninguna clase de espesor ni identidad propia: él era la voz de otros. Ella se sentaba a una mesa al fondo desde la que tenía una perspectiva del bar, y casi incrustada contra la pared pedía un dry martini, que llegaba transparente y fresco en la copa triangular atravesada por una aceituna magnificada por el cristal, y eso era suficiente; a los diez minutos uno de los que estaban en la barra ya se había acercado a confirmar la intención que ella nunca aceptaba o denegaba, lo distraía invitándolo a escuchar al hombre que hablaba en citas y después pedía otro dry martini que dilataba sus pupilas y el momento de decidir si el encadenamiento de fabulosas voces replicadas la calmaba más que una aventura del cuerpo a cuerpo. Tal vez entonces dejaba que me acariciara la mano.

Los bares como refugio o antesala de una escena a evitar eran un escenario muy próximo; ese bar, con los ventiladores de techo girando en mínimo a todas las horas, las luces dimizadas y la música que pegaba fuerte en el centro del estómago con necesidad, las primeras veces me auxiliaban sin saberlo. Él desaparecía sin dejar una nota, como no previendo sus propios movimientos; odiaba y rehuía el escándalo aunque sus impulsos encubrieran una violencia. Me habitué

a ese bar, incorporé a los personajes y me dejé mimar por las miradas fuertes o furtivas, entré en el juego, permití la complacencia. La actividad de la barra lograba distraerme sin esfuerzo, la bartender sacudía la coctelera con vibraciones de la música y de los golpeteos secos de una economía calculada, tan natural cuando intercambiaba preferencias con los parroquianos que preferían el fernet, la verdadera expresión de lo más cool. Los que se iban quedando y se tentaban con otro trago mantenían una compostura hasta las dos de la mañana y a partir de ahí empezaba el insensato desbarrancamiento: estropeaban la diversión con gestos intempestivos. Una noche me dejé hipnotizar hasta la madrugada por el desvarío del arracimador de citas, entonces vi a la bartender mientras nos echaba con suavidad como una escena más de su trabajo. Ella nunca perdía, todos dependíamos de su ánimo porque era parte de la diversión; los que se acodaban en solitario le contaban de los temas más variopintos y ella respondía como si le interesara, y sonreía en control distraído atenta a no ignorar ni demorarse excesivamente ante ningún requerimiento. Cada uno de esos parroquianos escondía una historia contada siempre de manera oblicua, pero ni siquiera al borde del desmayo alguien le había hecho una verdadera confesión. Al darle continuidad al parloteo, casi como una encantadora que encubría a una profesional, lograba que ese rato durara lo más posible con la mayor eficacia.

El hotel en Atacama no tenía la cualidad de refugio del bar. Era tan impersonal y neutro que apenas alojaba, más bien incitaba al tránsito constante. No promovían expediciones o recorridas, escamoteaban la información objetiva. Cada uno se ocupaba de sus propias investigaciones sin compartirlas con otros, casi como una táctica.

Ella escucha absorta al director de la misión que llega de Ítaca con la intención de dar con nuestros orígenes cósmicos. También está excitado pero su lenguaje es diferente del de Rolando: viene a administrar la actividad de los avances que implican a la intelligentsia de tres continentes. El de ALMA es el proyecto astronómico más ambicioso hasta hoy, el telescopio más grande, más alto y más preciso; con sus sesenta orejas-antenas registra energía que no se midió en el pasado y capta la radiación cósmica submilimétrica que no se detecta en ningún otro lugar del planeta porque el agua de la atmósfera en la Tierra absorbe las ondas. La bóveda celeste no tiene nada de bóveda para el nuevo telescopio del Llano de Chajnantor que revoluciona la astronomía y devela el origen cósmico de las estrellas, planetas y galaxias con un campo de visión tan amplio, un escaneo tan veloz y cámaras tan sensibles que llega a las más lejanas para reconstruir

cómo se agruparon y cómo evolucionaron sus propiedades trece billones de años atrás, un año después del Big Bang. Rolando escucha en silencio, los ojos brillantes.

Ella ve y escucha: en Atacama el clima es tan seco que a 5.600 metros de altura las condiciones son ideales, únicas, para desarrollar la astronomía infrarroja y examinar muy pequeñas regiones del cielo con una resolución espacial sin paralelo.

Vienen científicos de todo el mundo a descifrar «los secretos del cielo». La cantidad de astrónomos la sorprende aunque compiten en el asombro y el descubrimiento que las palabras y especulaciones de los expertos siembran acerca de todo lo que el cielo revela; dicen que de esas galaxias provienen el carbón de nuestros cuerpos, el calcio, las siliconas de las computadoras, el oro, el material del que están hechas las películas en blanco y negro, y sin ingenuidad prometen la posibilidad de acercarse a la sofisticación de los elementos que conforman el mundo más cercano.

A la mañana desayuna en el hotel, siempre sola; podría ser el momento de encuentro casual con Vallejos. Los perros merodean sin voracidad, se ve que están bien alimentados, se echan debajo de los árboles o la siguen un rato, sin convicción, cuando Ella empieza a caminar, alejándose del oasis con su camarita.

Sale a una expedición individual con la sensación de que muchos otros antes que ella, antes de que ese hotel o ninguna otra estructura se recortara como una intervención en la nada, han sido anónimos expedicionarios sin la menor misión social, y más bien se habrían alineado con los defenestradores del turismo de aventura y también habrían rechazado las clasificaciones.

El andar de Ella no busca resultado. No vino a hacer una película, sin embargo nota que la curiosidad está intacta y recobra su cualidad de antena con su camarita, y sin deliberación funciona como una entrevistadora o como si estuviera haciendo footage para un documental o los grabara con un mic en sus anteojos, que es lo más protuberante y visible que lleva puesto. Su vestido de algodón casi transparente se confunde con la piel y la arena. Ella no cuenta nada de su vida pero tampoco nadie le pregunta —a nadie le interesa lo que Ella no está dispuesta a contar—; le impresiona que todos —el geólogo, la antropóloga y el astrónomo— hablen como si creyeran que Ella los está grabando o filmando para un tipo de registro o de ficción: hay una puesta en escena, un staging, en la descripción de sus propósitos y sus deseos. Y Ella no quiere cristalizarlos, ni inmovilizarlos ni patentarlos pero asiste involuntariamente a algún ejercicio, como si lo hubieran ensayado en soledad para un público potencial o para un registro fortuito. Han elaborado un discurso gentil

y vivaz sin dramatismo que eligen para identificarse, desmarcarse de otras versiones seguramente imaginarias porque quedan replicándose en su cabeza como soliloquios monolíticos de una calidad superior a la piedra. Ella puede imaginarlos repitiéndolas con idénticas inflexiones de voz ante cualquier extraño interrogador porque cuando deja la camarita en el hotel y el contacto es directo no nota ninguna diferencia. Incluso Ella les hace el gesto de evidentes manos vacías como hacen los niños cantores del Gordo de Navidad cuando se retiran de sacar números de los bolilleros, alzan los brazos y muestran que no guardan ninguna bolilla, que son inocentes; sin embargo, el geólogo, la antropóloga y el astrónomo mantienen el mismo tono.

¿Serían ellos la Sociedad Secreta de Atacama de la que le hablaron las noruegas en el bar? Cuando preguntó en la recepción del hotel el recepcionista dijo no saber de qué le estaba hablando pero prometió averiguar. Vallejos niega que exista.

Todos niegan que exista.

Se mueven sin aparente cautela pero andan con las cabezas cubiertas con unas gorras de tela liviana con generosas viseras y unos goggles al estilo del dibujo del Hombre Invisible que encubre cualquier expresividad de un rasgo. Ella percibe el celo personal profesional: usan los goggles a todas horas, es la primera advertencia.

Ella se agenció varios pares de anteojos de sol pero sus favoritos son unos blancos que la hacen sentir como una mosca blanca; es un modelo increíble, con dos ojos enormes de cristal rasgados hacia las sienes y que se enganchan detrás de las orejas con una patilla totalmente flexible y adaptable para pegarse a la piel y evitar que se cuele el más mínimo rayo de sol.

En los breves momentos en que los ve sin viseras lo único que da expresión a sus caras son las cejas: las de Rolando son gruesas, con carácter; las del geólogo hacen un arco, las de la antropóloga más finas y dibujadas. A través de los lentes oscuros no se ven los ojos ni se capta la mirada. ¿Tendrán ojos vivaces o miradas muertas? Solo ha visto los intensos de Rolando. Ella intenta adivinarlos detrás de los lentes gruesos de armazones diversos: Félix elige unos marcos de nácar o marfil, ¿será posible? Tal vez es un material que no se recalienta con el sol.

¿Qué buscan estos hombres en el desierto? No huyen del hastío de lo previsible ni tienen edad para sufrir el desengaño de la civilización ni parecen estar interesados en competir o en batir nuevas marcas desde la excentricidad. Son cordiales pero, con un elocuente gesto de prescindencia, dejan claro que el lugar que han elegido para desarrollar su especialidad no es accidental y la relación con el desierto los ha vaciado de necesidad. La miran con cierta aprensión o suspicacia. Tal vez temen que Ella sea la primera de una serie de

muchos que empezarán a aventurarse desde las ciudades hacia esa cuenca inhabitada, indiferente y refractaria.

Nicolás Vallejos tiene la cara de un marsupial —los ojitos juntos, hundidos detrás de los lentes—, aguanta la respiración cuando dispone la proyección de su película para Ella en un salón privado del hotel, pero mientras la cinta rueda se relaja, una vez más confía en su empecinamiento. El documental de Vallejos le da sustancia, y se aferra a la materialidad de la película. Ella ve cómo él ha logrado estrujar la luz. De a poco, Ella recupera su cuerpo, su contorno, su autonomía, su discernimiento; registra por primera vez la ausencia de él en esta novedad punzante (¿qué diría? ¿cómo se ubicaría en esta aventura?); sus gestos y entonaciones, su voz, su ir y venir cotidiano, su forma de ver —su testigo, su ejecutor, su verdugo—. Al disponerse de manera relajada a apreciar aquello extraordinario, le falta su mirada silente, la complicidad o la aprobación… La extraña. Y se revuelve. Ahora se da cuenta de que algo mucho más fuerte que el amor había crecido entre los dos, como siameses, ¿quién podía decretar la muerte del otro sin desgarramiento? Cuando todavía ignoraban al tiempo, cada vez que se echaban en la cama, la sombra de aquel otro vicioso que se integraba y ofrecía su goce vaporoso y fresco amagaba a quebrar la dependencia como un trío real o ilusorio. Él de a poco y sin intención limaba sus bordes y ablandaba los ángulos, y gozaba recibiendo. El sexo tan imprevisible y feliz cuando se evita el programa y los cuerpos se entregan a las metamorfosis sin espanto. Como un gregorio samsa. O como hermafroditas.

Ahora Ella respira y escucha a Vallejos con atención, se deja inundar por las imágenes, por su forma de filmar —nadie ha filmado la luz de este modo—, y deja que le contagie su fervor.

—Cuando llegué a Atacama buscaba otros rastros del pasado pero fue la luz lo que me capturó, venía del mar sin sosiego, y de otras geografías aprendidas más o menos restallantes. El desierto no se jacta, como el Amazonas o el Congo, de ofrecer mil aventuras y peligros y enemigos solapados en la oscuridad o el exceso, la abundancia de la vegetación de la selva y los ríos de corrientes irremontables, las encrucijadas de miles de expediciones fracasadas, los restos de los emprendimientos fanáticos obcecados —le dice Vallejos.

Tampoco Atacama es el Sahara al que llegó Bowles por el Mediterráneo y el hedonismo de la magnífica Tánger y su legendaria cultura de sensualidad y deslumbramiento intelectual y artístico, un paraíso de vicio desprejuiciado. Desde la libertad tangerina, florecida

en la convivencia de cuatro culturas, la árabe marroquí, la europea marroquí, la europea de importación y la judía sefardí, se hizo experto en las raíces del Sahara y en una tolerancia excepcional.

—Tánger también tiene una luz única que nacara las terrazas y los acantilados y se cuela en las calles y los pasajes de un modo que no se parece a ningún otro; seguramente tantos artistas y excéntricos americanos que fueron a encontrar en el sexo y las drogas una mayor libertad y la actividad diaria del haschis y el kif sintieron el magnetismo de esa luz. Fue una exaltación solar lo que me prendó acá y, una vez recuperado del primer encandilamiento, pude ver más allá a través del quehacer de Rolando y de Félix, y descubrí una dimensión profunda del cielo. Lo nuevo, lo desconocido, fue un impulso que me convocó a darle otra forma a la película. Aquí estoy, muerto de ganas de traspasar y trasladar esta experiencia, aunque sea lo último que haga.

Y agrega:

—Esto no es Tánger. Acá no hay ningún Mediterráneo. No hay un desierto mejor que otro; todos son distintos, en cuestiones muy concretas. El misterio de Atacama es de otra naturaleza. Es un desierto de altura.

A Ella le gustaba esperar que uno de ellos moviera su cuerpo en una u otra dirección y entonces jugaba a la acróbata deslizándose entre las piernas de uno hacia los brazos del otro; él nunca cerraba los ojos porque ver duplicaba su deleite. Cómo desfallecíamos con muy poco. Sin competencia, exigencia ni exageraciones o reflexiones; y ahora piensa que no hay belleza en la aspiración a lo perpetuo. Solo estertores.

Indiferentes a las procedencias, Rolando encontró un compinche en Félix, o el arqueólogo en el astrónomo; ambos ya sabían que se llegaba de algún lado siempre ajeno pero ahora compartían los hallazgos. Son viajes dentro del viaje. El más reciente es el cementerio arqueológico de Solcor, poblado de cruces, monolitos y urnas con fotos de los muertitos en su mejor expresión como combinaciones saturadas de flores de papel crêpe y guirnaldas de colores fuertes, ofrendas únicas. Allí Paloma, la antropóloga, se mueve sin tanta cautela ni reprime los éxtasis: hay tanto para investigar…

El desierto, para ellos, es una infinita extensión de posibilidades, como lo es la mente, un estado de ánimo.

Ella se sorprende de encontrar en el cementerio de Solcor, en los deslindes del ayllú del mismo nombre, un complejo psicotrópico con pipas tubulares, pipas con apoyos, la evidencia de que los vegetales alucinógenos, el cebil, la vilca, se ponían al alcance de la aspiración de las sociedades prehispánicas. La más alta concentración arqueológica

está allí, en Atacama. También en la Puna argentina y en la Quebrada de Humahuaca, le dice la antropóloga. Atacama es reconocida en el ámbito de la arqueología por el alto número de tabletas y tubos que se encuentran enterrados con los muertos. En una muestra de 20 cementerios y con un total de 2574 tumbas, según los registros del jesuita Le Paige, se contabilizaron 522 tabletas tiwanacotas; los ocupantes de esas sepulturas aparecían comprometidos con el uso de esta parafernalia.

A medida que investiga, a Ella no le cabe duda de que los atacameños habitaban una esfera chamanista, lograban el éxtasis sirviéndose de un equipo bien definido y utilizando drogas que inhalaban por vía nasal. El uso de psicotrópicos era algo natural, no implicaba ninguna transgresión, le explica Paloma. Los alucinógenos los conectaban con los dioses, hacían más consistente la creencia en una vida trascendente y los contenían en una esfera maravillosa, todo resplandor brillaba con un sentido mayor. La relación con estos seres invisibles adquiría una gran seriedad, todas las actividades físicas y mentales tendían hacia la complacencia y el humor de los dioses que vigilaban, premiaban o castigaban. Los hombres eternos niños, piensa Ella, miran hacia arriba anhelantes, hacia la bóveda eterna en la que se ha depositado nuestro devenir. Esos ojos, esos juicios severos que observan cada uno de nuestros pasos, sentires y pensamientos. No puede creer, la impresiona la ambición de recortar ese espacio infinito, llenar el misterio celeste con algo, la clasificación y la pregunta por el origen, la interpretación. Por todos lados, hasta donde no llegan los caminos, ve altarcitos frescos, cuidados.

Paloma le habla de Artaud, Antonin Artó, le dice sin ningún acento francés, que había viajado a México a conocer y rendir honores a la fuerza del espíritu primitivo de los indios. Todas las manifestaciones y variedades del arte dejaban intacto el espíritu profundo de la cultura tarahumara: «Las verdaderas tradiciones no progresan porque representan el punto más alto de toda verdad», escribió con una admiración y fervor que no rozaban ningún delirio. El rito erótico del peyote era un aspecto de su relación con la naturaleza y los dioses y la renovación de la vida, un intercambio ininterrumpido de fuerzas.

Ella piensa en su padre, que le había hablado con tanta admiración de Lévi-Strauss: también buscó otra visión que se diferenciara de los férreos determinismos occidentales. Inspirado en él, se hizo etnógrafo y fue en busca de Ezra Pound. En Venecia se deslumbró y obsesionó con el psiquiátrico modelo de San Servolo; fue un testigo ocular, un aventurero; lo indagó como cuando Lévi-Strauss desde muy joven encontró en los trópicos los estallidos vitales que lo apartaron de los mundos urbanos académicos. ¿Los locos también eran una verdadera tradición que no progresa porque representa el punto más alto de toda

verdad? Su padre, en los minuciosos escritos de sus cuadernos sobre San Servolo, había apreciado una cultura particular que había sido desalojada con el proceso de desmanicomialización que terminó con los loqueros en Italia. Pero Ella piensa en que nadie había considerado el valor de la ambivalencia entre el miedo y el alivio de estar encerrado en un lugar como San Servolo, antes de transformarlo en un museo, un centro cultural, una universidad o un recuerdo.

—¿Qué efecto había tenido el elogio de Artó a una cultura tan ajena? ¿Que pretendía al descartar su mundo conocido, el de la racionalidad? —le pregunta Ella a Vallejos.

—Crucial. Su búsqueda era ajena a la locura también, tal vez iluminara la oscuridad de la pelea con los surrealistas que estaban ciegos a la cerrazón del stalinismo. Prepara su viaje —un viaje que decide intempestivamente, y su enajenación tan grande como su lucidez le da mayor convicción a los argumentos que requiere la financiación mínima; como siempre, tiene que luchar—; crea un pensamiento que lo mantiene en la acción, y durante 1935 se dedica a tomar notas sobre cosmogonías primitivas y los borradores de las conferencias que dará en México; entre líneas se lee la simpatía por contemplar alguna salvación por medio del ocultismo, la magia y la astrología. Al escribir su obra de teatro *La conquista de México* cree con desmesura ilimitada que es un medio para modificar el mundo; quiere patentizar la crisis cultural de Europa, la idea de colonización y la idea de conquista y su entusiasmo por el profundo conocimiento de las cosas de la cultura conquistada. Denuncia un mundo falso mientras realza a Moctezuma como un rey incomprendido y divino que obedece casi santamente las órdenes del destino y también aquel que cumple pasivo y en plena conciencia la fatalidad que lo liga a los astros.

En 1936 el poeta llega a México, se ha peleado con otros grandes surrealistas como Breton y Aragón y se ha negado a ingresar al Partido Comunista. Ha abandonado la torre de las manifestaciones de las vanguardias y la actitud satírica de un movimiento estético. Ya no hay ambigüedad, ha descubierto algo asombroso y lo alumbra, al borde de la adoración. Quiere la potencia de la experiencia. Elige profundizar la incertidumbre y nunca erigirse en rey.

Ella insiste con la pregunta por la Sociedad Secreta de Atacama: una Sociedad Secreta que hubiera podido cobijar al Artaud explorador liberando el lenguaje y la cabeza desquiciada; el cuerpo ya escindido no es una casa que aloja, bienviene, bendice, solo transmite el rayo.

A la vuelta de la segunda visita al cementerio de Solcor, Paloma le confía sus investigaciones sobre Le Paige, un jesuita belga que a fines

de los años cincuenta había llegado desde Lovaina siguiendo la recomendación de un amigo, Alberto Hurtado, en busca del ethos cultural antiguo basado en una veneración ancestral de la Pachamama y de los dioses tutelares de sus montañas. Sus notables relevamientos de las tumbas lo impulsaron a levantar el Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama. Las momias fueron exhibidas allí hasta que en 2007 los lickanantay lograron que se escuchara su reclamo y el museo las devolvió a la custodia de sus descendientes. La gente iba al museo a ver «los cuerpos» y «las cabezas» con una fascinación morbosa —la impudicia de la mirada—, como quienes espían algo privado que no está dirigido a ellos. Vamos a ver las cabezas, decían.

—Como la momia que llamaban Miss Chile, de 2500 años, dice Paloma; cuando la retiraron la gente dejó de ir al museo porque ella era la «principal atracción»… La salinidad del suelo la desecó de una manera tan natural y perfecta que su estado de conservación es increíble, hasta conserva las pestañas; cuando la cubrieron y la movieron fue un verdadero acontecimiento: ahora veían su desnudez.

Muchos arqueólogos habían denostado la labor del jesuita… ¿lo consideraban un farsante? No era tan difícil imaginar que los herederos de esos cuerpos y esos objetos se habrían resistido a la disposición inconsulta, al avance sobre los huesos de sus ancestros.

El trabajo de los arqueólogos a veces se puede confundir con el pillaje, el robo. Hay mucha discusión sobre esto y los jesuitas son conocidos por su espíritu reformista. Pero en 1954, casi pisando la década del sesenta, ¿no era un poco mucho?

¿Quizás el viaje de Le Paige a Atacama se parece al de Artaud a México, o el de Artaud al de Montaigne a las costas del Amazonas en plena Ilustración, o al de Lévi-Strauss al Mato Grosso y los nambikwaras, la búsqueda de un lugar con una identidad fuerte pero menos contaminada por el progreso de Occidente donde desarrollar un saber nuevo en esos mismos años treinta? ¿O no desechaba Artaud la tentación de erigirse como otra forma de dios, tal vez en una venerada o, al menos, temida figura superior? Ese deslizamiento inconsciente nunca se hubiera atrevido al delirio de travestirse en un Kurtz.

¡Las cabezas y las momias obsesionaban a los originarios y también a Le Paige! ¿Cómo alguien que se afinca en un pueblo extranjero con el propósito de estudiar una cultura tan ajena se siente con el derecho de quitar de su lugar natural objetos preciosos y valorados como cabezas o momias para exhibirlas en el museo que lleva su nombre? Las muestra pero viola una voluntad, la de los dueños de esa tierra que él dice respetar y querer iluminar. Ellos habían depositado esos cuerpos queridos en los jentilares (no los llamaban cementerios), como una forma de transición, aguardaban la posibilidad del pasaje a otra vida.

Ella sabe muy bien de la veneración por la cabeza, su madre había vivido obsesionada por la contundencia de la mente; la madre de su madre se había muerto joven en veinte minutos persistentes de dolor —que terminaron con un mecanismo viviente—; tantos otros en su familia se habían deschavetado sin remedio. La cabeza, continente privilegiado de un órgano que nos habita por entero, sin reverenciar nuestra voluntad o nuestro ánimo, doma el deseo; nos domina y nos somete. Cuando era chica su madre le pedía que se recostara a su lado a la hora de la siesta y posara la mano fresca en su nuca caliente, así se aflojaba y se quedaba dormida. Y Ella, cuando oía su abandono a la simple respiración del sueño, se deslizaba afuera del dormitorio y se preguntaba de dónde venía esa tensión, desde la incógnita mente o de dónde.

Pero esos hombres de dedos finos que Ella admiró fuera de los camposantos desde el primer día, los arqueólogos, estaban absorbidos por la acción pura; dirigiendo sus miradas a exploraciones tan específicas y concretas, ninguno elegía el desierto como horizonte o paisaje. Sus objetos de investigación eran variados, no se centraban en lo más preciado o visible, no inmovilizaban a los otros, y se entregaban a la aventura —lo por venir— del trabajo silencioso y solitario, no se expresaban en manifestaciones explosivas, al menos a la vista de los demás, sino que se replegaban conteniendo sus sorpresas. Aunque los huesos libres de materia orgánica son simples piezas óseas: no pueden dañar a nadie.

Ella piensa en su padre, un hombre también de dedos finos, que había explorado en silencio sus descubrimientos acerca de Pound, su poesía y su caída, el vértigo de la locura y las huidas, y los había confiado a sus cuadernos y a los márgenes de sus libros, que no dejaba de anotar, prescindiendo de la tentación de construir un relato poderoso. Prefería creer que, fuera de las formas aprendidas, en sus intersticios, los cuerpos, las cabezas, los huesos, las palabras dibujan y fundan sus escrituras para que otro arme discursos que se confronten con verdades fáciles y digeridas, saberes positivos.

Rolando llega desde el observatorio del cerro Paranal como uno de los seleccionados para inaugurar el proyecto de ALMA. Desde los cuásares y agujeros negros en el cielo rotante de Paranal hasta el primer día en que vio la punta blanca de una antena moverse como el ápice de un sombrerito y sintió un estremecimiento, ha sucedido un tiempo imprecisable; ya no le impresiona la puesta en escena ni el misterioso origen cósmico, es parte de él. En ALMA las sesenta y seis antenas trabajan como un solo telescopio gigante en longitudes de ondas

submilimétricas, rastreando las partes frías del universo. Muy pronto hacen un hallazgo extraordinario: en la constelación de Tauro, a 450 años luz, una estrella joven llamada HL Tauri muestra una serie de anillos concéntricos brillantes separados por huecos. Estos desechos, polvo y arenisca y enigmáticas manchas oscuras, son discos protoplanetarios que estarían marcando la existencia de nuevos campos gravitatorios y a su vez indican la presencia de un nuevo planeta o un cuerpo con masa suficiente como para generar tal fuerza que el polvo estelar más cercano puede ser absorbido por él. HL Tauri no tiene más que un millón de años, sin embargo su disco parece estar lleno de planetas en formación. Casi se puede afirmar que el proceso de formación de los planetas fue más rápido de lo que se creía antes. No pueden ocultar su excitación, la posibilidad les vuela la cabeza. Estos hallazgos aportarán nuevas teorías sobre la formación de la Tierra y otros planetas. Rolando está impresionado por la paradoja de que el aparato científico haya inventado una máquina para captar y representar una onda de luz invisible en el espacio frío; enmudece en el Llano de Chajnantor ante el aire más fino de la Tierra.

—Según Heródoto —dice Vallejos—, por mirar el cielo Tales de Mileto predijo el eclipse junto al río Halys que puso fin al enfrentamiento entre lidios y medos. Los astrónomos ven lo que nosotros no vemos pero está ahí.

Los fotógrafos de la noche no necesitaban empeñarse en captar lo nunca registrado antes; con cierta sensibilidad y mínima técnica lograban imágenes del cielo que no se podían ver a simple vista, paisajes estelares de 340 millones de píxeles. Dormían por la mañana, y viajaban después del mediodía hasta ubicarse a última hora de la tarde en posiciones clave que les permitieran perforar lo que nadie había verificado a través de la profunda aparente oscuridad. Horadaban el cielo y relevaban el mínimo desplazamiento de cada constelación, eran skywatchers profesionales, en una actitud que le recordó la seriedad expectante con la que Ella vigilaba cada estallido vital de las estrellas en las noches de verano en el Sur.

Ya curtidos de la primera impresión, ellos hacían circular sus fotos-capturas entre los curiosos y los incrédulos o aquellos que fantaseaban con cristalizar lo que los excedía. Los llamaban «embajadores de la noche» porque venían en misión desde distintas partes del mundo. (Allí desaprendían, desmontaban sus recetas, sus exclusividades se nivelaban.)

En el comedor del hotel Ella ve la nariz fuerte de Vallejos, los ojos anegados de alcohol que no termina de asimilarse, de diluirse. La cara

abotargada. Agita el puño en alto y habla de la técnica y de un mundo que se hunde irremediable en guerras de efectos pestilentes… Le falta la audiencia, el público. La mira y se eleva tan alto como un águila hasta que su sombra la cubre. La nariz cada vez más roja, amenazante.

Ella lo filma sin agregar nada.

—En otra época ponía bombas o llevaba mensajes de la muerte de mercenarios organizados, la violencia es algo de todos los días: no se inscribe, entonces se repite, el arco de su posibilidad y dominio estalla apuntando para todos lados.

—¿Como un drama o como una comedia?

—Casi es lo mismo. Ahora esto es lo único que me importa.

A la mañana en la recepción, la persona a cargo simula una actividad permanente, requerimientos sin fin, sin embargo no hay pasajeros que coincidan allí ni dos personas juntas detrás del mostrador. De a poco llegaron algunos franceses, suizos, alemanes, ingleses.

¿Venían de un mundo con demasiadas palabras? ¿Cuánto era demasiado?

Ella recuerda El Metropole, el hotel aislado en las dunas con la constante vista del mar en el que confluían cantidad de seres diversos, personajes solitarios que buscaban un lugar abandonado lejos de la ciudad, sin grandilocuencias, algo parecido a aquello que aloja pero sin personalizar, que no repara en rasgos. Las mucamas invisibles, los encargados de la recepción miraban sin ver, oían una voz, recibían una tarjeta de crédito, intercambiaban una cantidad precisa de palabras, pasaban la tarjeta por la máquina, la devolvían, recortaban el comprobante, extendían una lapicera, lo recibían de vuelta y despegaban la copia que el visitante guardaría en un bolsillo o en una billetera mientras ellos abrochaban ese papel a los muchos otros papeles que los antecedieron y finalmente les darían la llave de acceso a alguna intimidad o al descanso.

Los pasajeros rara vez traían valijas, las carry-on bags era lo que proliferaba, cada uno se arreglaba sin asistencia. Dejaban atrás el paso agitado. Venían de ciudades en las que llegaban extenuados a sus casas, arrastrando el simulacro, el enorme esfuerzo de haber atravesado otro día más. ¿Hacia dónde se dirigían esos esfuerzos?, era la pregunta que rebotaba en las cabezas en el momento previo a la inconsciencia (soñaban con desvanecerse), la respiración agitada: una estación nocturna en la que podían detenerse, los músculos agarrotados se distendían, las expresiones se suavizaban, las manos soltaban. Y en el sueño —sobresaltado o laxo— retomaban fuerzas para encarar el día siguiente. Y así, todos los días. Y la posibilidad de un teléfono sonando a las cuatro de la mañana, una llamada equivocada, un pedido de auxilio que no admitía postergación, o una

bomba. Nada de eso se hablaba o se compartía. Conocer, desconocer la pesadilla del otro es concebir una realidad mejor o peor que la nuestra y eso no tranquiliza, no apacigua. Soñaban que el día siguiente sería distinto, con medio ojo abierto. Sabían que la prisión está en las ciudades y que el campo encubre una neurosis aterradora.

Pero en El Metropole la gente pasaba inadvertida o desaparecía tragada por la transacción que la había llevado hasta ahí. Los médanos, las dunas y la visión constante del mar podían ondular desde la euforia hasta el abandono. Y el rojo del cielo cegaba. Llegaba el fin del mundo, por fin. Llegaba el fin del mundo y volvía a empezar. Un sentido absoluto y absolutamente relativo. Voluptuoso, atractivo, bello y cierto. Perecedero y provisorio.

Ella salió del hotel y se alejó hacia la desmesura. El desierto estaba vivo, se animaba sin estridencias; a pesar de que era inmenso, inalcanzable, la sofocaba a punto de estallar, la provocaba. La verdadera aridez estaba en las ciudades. En Atacama la provisoriedad desaparecía; la expectativa y la solidez se anulaban. El desierto es la incitación a la errancia, lo contrario a la fijación. Nada se puede afincar ni enraizar. El desierto es el movimiento, es el deseo.

Lo único que Ella tiene que administrar es la sed. Usa un sombrero cuya etiqueta en el casco interior dice proteger del cáncer de piel. Brutal.

Félix llega de Perú, de un encuentro de Arqueoastronomía al que asistieron trescientos expertos de todo el mundo. Quiere constatar lo que circula como informes confidenciales: a cinco horas del norte de Lima, en un lugar llamado Chankillo, habían encontrado un centro ceremonial de 2300 años de antigüedad. En lo alto de una colina, una fortaleza circular con muros de piedra delineaba un horizonte artificial que marcaba las posiciones del Sol a lo largo del año a través de sus trece torres dentadas, de diferentes tamaños, restos de un castillo desde donde se regulaba el tiempo en los rituales calendáricos y aún hoy se pueden calcular los solsticios y los equinoccios. El descubrimiento era insólito hasta para los más avezados, que disimulaban su atontamiento: ¿cómo nadie había visto esto antes? ¿Nadie había derivado hasta aquí? ¿Ni siquiera por un desvío? Los arqueoastrónomos que tuvieron la suerte de llegar primero, uno peruano y otro inglés, en un doble movimiento de arrebato y asombro, relevaban la zona, retenían la información, temían el desatino. Había empezado a ser cada vez más perceptible la avidez de la gente por dar con sitios de peregrinación; se prendían como garrapatas a los tópicos excéntricos que los sacaran de su tedio previsible o de la búsqueda

infructuosa de sentido para sus vidas. Las modas y los trending topics se propagaban por las napas como un virus. Ya no quedaban lugares en el mundo que no hubieran sido registrados, ya no quedaban viajeros, todos eran turistas. Los turistas eran como termitas. Se desplazaban con paso pesado y llegaban a todos los rincones, no había piedra que no dejaran de remover con ojos que solo reflejaban lo que veían, como espejos. Los arqueoastrónomos, el peruano y el inglés, creían que habría que prohibir el turismo; escatimaban y restringían la información y el acceso y cuidaban los desbordes de las filtraciones, desalentaban las visitas de los comedidos; solo decían que el aporte podía llegar a ser enorme en la comprensión de cómo vivían los hombres del pasado a partir de la concepción que estos tenían de lo que observaban en el cielo, las costumbres cosmológicas. El observatorio estaba en estudio. Sin embargo resultaba difícil privarse de la oportunidad de un relato poderoso sobre el que construir escenas posibles.

También Artó, con un nuevo impulso, había ido a México en busca de los vestigios de la antigua cultura solar con la fantasía de resucitarla. Él no creía en las ilusiones, decía que no se puede soñar más que en lo que existe. A él no lo llevaba ningún impulso vampirizador, tal vez sí la eterna fantasía del viaje como huida, y tan solo había rescatado lo que estaba ahí como cultura viva no escrita, quería iluminarla, volver a ponerla en juego, y escapar de un mundo de muertos. Allí era palpable el intercambio ininterrumpido de fuerzas entre el hombre y la universalidad. Estaba convencido de que la poesía podía descifrar el mundo mucho más que la ciencia. Y sin embargo no eran las manifestaciones del arte lo que buscaba, sino la variedad que dejaba intacto el espíritu profundo de una cultura que, estaba convencido, creaba resucitados.

Por el momento no hay que correr la voz.

Ella muy pronto empieza a darse cuenta de que el nombre Chankillo deja de pronunciarse y sabe que incluso olvidará ese nombre. Percibe que es un salto hacia una esfera, el acceso a otro mundo potente, y las múltiples hipótesis y especulaciones. En un primer momento le resulta raro el nombre nuevo y no pregunta más. Hace rato que prefiere flotar en esa deriva.

A la mañana baja a tomar el desayuno en el comedor despoblado y encuentra a Vallejos revisando su material en la computadora. La estaba esperando. Los ojos de Ella van directo a su nariz, cada vez más roja y más hinchada.

Nicolás Vallejos había ganado cierta energía desde la llegada de Ella, que lo escuchaba como nadie antes. Ella también encontraba un beneficio porque se olvidaba de sí misma: una causa como una

película —mitad ficción mitad documental—, que buscaba mostrar lo que no se ve, y en su puro despojamiento lograba una máxima expresión; merecía mejor suerte al ampliar su recorrido, al menos la disponía a entregar su terquedad y su tiempo. Todo engaña al ojo, ¿cómo ese tipo pudo filmar lo impalpable de la luz? El desierto la induce a desechar la convención; lo que se sabe hasta ese momento ya no es útil, hay que volver a aprender. El de Vallejos era igual que el deslumbramiento de Rolando con HL Tauri y la capacidad de la ciencia de captar y representar algo invisible…

Los ojitos tenían un brillo nuevo. Qué rápido algunas naturalezas se prenden a la mínima ilusión. Ella se preguntaba si eran los más fuertes o los más débiles, para creer también se requiere un coraje.

Eso lo apreció Rauschenberg, le cuenta Vallejos.

Rauschenberg llegó a Chile para una megaexposición, doscientas cincuenta y cinco piezas entre esculturas, telas y cut-ups en el Museo de Bellas Artes de Santiago; sonrió y agradeció las felicitaciones de los invitados especiales, la presión y calidez que depositaban en el apretón de manos y en sus miradas ávidas, la natural insistencia de la prensa, pero ya estaba viendo el momento de escaparse hacia Atacama. Le habían hablado de Chile tan específicamente que en un momento de distracción de sus anfitriones y sin que nadie se diera cuenta se deslizó hacia allí.

Nadie registró lo que pasó en ese momento. Al despedirse dijo «Quedé impresionado con el desierto»; sintió que volvería pronto. El asombro tocaba a Rauschenberg de una manera inesperada, algo profundo se agitaba en ese lugar. La muestra había sido un exitazo: 1200 personas por día, la curadora la comparaba con la repercusión de «De Cézanne a Miró» y rebosaba de chochera, había sido absolutamente imprevisto, Rauschenberg no era un artista para el gran público pero en Santiago la gente visitaba los museos y las muestras, ansiosa de participar de lo que llena el ojo, el oído, el ánimo. El público chileno se había movilizado para cumplir con una cita de lujo con el arte.

Una serie de eventos se desplegaban hacia todos lados, pero él encontraría la forma de volver de incógnito, sin pompa ni galas ni recibimiento.

No era la primera vez que visitaba un desierto. Había estado en Alamogordo, en Nuevo México, donde la bomba gamma había sido probada en una base militar, los primeros experimentos de explosiones nucleares antes de Hiroshima, y donde aún se puede encontrar muestras de trinita, roca fundida con el extremo calor generado por la detonación. También en Sonora, en Chihuahua y en el Mojave: los desiertos encierran secretos para los aventureros que no resignan la incandescencia del fulgor. Alguien le había susurrado «No dejes de ir a

Atacama», y lo había escuchado pero la travesía había quedado incompleta.

A Chihuahua había ido a ver la lechuguilla, la yucca, no había ningún deleite que lo atrajera más que el programa del desierto, la navajita negra, la biznaga de agua y el peyote, pero sobre todo lo intrigaban el conejo del desierto, el zorro veloz, la matraca desértica, el correcaminos norteño, el huico de Nuevo México, el sapo manchado, la salamandra tigre. Rauschenberg no era Mark Rothko restringiendo la luz en su estudio del Bowery.

El explorador nunca se interesaba en lo general sino en lo particular. Le hacían falta las incursiones de oso hormiguero a mundos tan concretos como la fauna o la flora o el contraste de un paisaje a otro y el desierto tenía el rasgo ríspido de provocar la expresión. Cuando alguien hablaba del eclecticismo de Estados Unidos de Norteamérica, a él le gustaba pensar que sabía exactamente de qué se trataba, no le gustaba que le contaran ni buscarlo en libros, sentía el impulso de ir, acudir, ver, oír, experimentar con las posibilidades de los materiales, los pigmentos y los soportes y sus combinaciones. Era una época en la que se viajaba en auto, se recorrían kilómetros a veces maníacamente, otras porque se prefería como una forma de llegar a los lugares, acercándose, palpando los cambios en el aire. Le habían dicho que las cactáceas supuraban un jugo de un color único que él usaría como tinta, y que el orín del correcaminos era de un amarillo transparente que no se corrompía en la tela; la trinita generaba el tono exacto del óxido —lo buscaba como color y no lo conseguía con ninguna mezcla— pero no era el óxido, que le gustaba mucho usar en su materialidad. Un espíritu en movimiento, desvelado, que no vampirizaba los animales, los objetos, la naturaleza o los materiales sino que dialogaba o se disolvía en ellos en una transacción de igual a igual, en un gesto político y artístico. Como un aventurero, un explorador o un filósofo, se rendía a la impronta de la experimentación, ya no podía concebir la vida de otra manera.

Y Vallejos insiste.

—La luz tal como yo la he visto y la cuento en mi película solo puede mostrarla el cine. No puedo entregarla a una calidad inferior; en las pantallas de las computadoras o de las tevés se aplanaría totalmente. Es otra la historia que se contaría; sin el encuadre que elegí para contarla sería otra cosa. Creo que debe existir una tensión para que las cosas sean comprendidas, y yo puedo soportar esa tensión. Y si la salida tiene que ser extrema, estoy dispuesto. No es que piense que la luz puede ser el tema de una película, pero esta no es la luz como condición existencial de los films noirs; es una droga que te inocula y nada se ve de la misma forma si uno tiene la suerte

de experimentarla —con un shot basta, no hay que reincidir—; yo no soy la misma persona que llegó a Atacama, ya no. Y uno tendría que experimentar esto desde muy joven porque cambia la percepción del mundo. No es el reconocimiento lo que busco, es la transmisión de una posibilidad desconocida, ignorada. No hay nada más excitante que el hallazgo.

Él es un exiliado al extremo porque ya no hay ningún lugar adonde volver, ni orejea una secuencia de la realidad ni palpita una forma de vida conocida; se ha desterrado de sí mismo en un momento —o una época— terminal (quizá no haya próxima película). Quiere vivir en esa fertilidad germinal no explotada; quiere que su mundo esté vivo.

Ella lo ve rejuvenecer minuto a minuto, la piel de su cara reluce y respira, los poros abiertos, los ojos captando la oleada, la resistencia abierta delinea su forma y le insufla la robustez de la afirmación de la posibilidad. Sueña con lo que ya no podrá enterrar vivo. Ella sabe ahora que si no consigue llamar la atención sobre su película él se transformará en una piedra o en un espectro desatinado que vagará por la Tierra como un loco; cree entonces que inmolarse por algo —con la ilusión o fantasía de que quizás atravesará el tiempo— no solapa ninguna pérdida. ¿Cómo sería oír el disparo de Vallejos? ¿Podría oír el disparo en sí mismo, el estampido que sin ninguna crueldad lo desprendería de la vida?

—En mis películas yo también quiero que se vea lo que no se ve.

Y su película es en color.

Ella piensa en el detalle que debe ser invisibilizado o silenciado. Algo que denunciar. Sin embargo, alguien ve y otro habla o muestra. Lo incorrecto, el error, la equivocación, que no puede ser disimulada en un pliegue. No hay malentendido.

Ella elige caminar en el desierto en el que un director de cine va a morir por su película y en el que otros van a vivir eternamente porque, generación tras generación, los van a seguir buscando como vivos, no como muertos; y otros más acá, sin coordenadas convencionales heroicas —algo asible como los planetas y las constelaciones, los huesos, las huellas—, prendados del cielo o de la Tierra, generándose una excusa o un propósito que nadie puede arrebatar, como la curiosidad, la ficción, el enigma o el conocimiento. No tienen un gran plan, por eso son eternos; viven en el presente incesante de los estoicos.

Ella ya no se asoma debajo del sombrero y detrás de los goggles diciendo «*And yet* no es lo mismo que *sin embargo*»; o con la nariz cubierta por una prótesis de plástico orgánico que es incoloro, sin olor ni sabor, inalterable a la luz; o con un codo embadurnado en protector para bloquear el efecto de ese sol tremendo.

Entra con el cuerpo entero.

A la noche, en el hotel, cierra los ojos y sigue viendo la arena volcánica de los campos de dunas, la cordillera de la sal y la luz que la encandila; son visiones que toman posesión de todo un sistema. No logra relacionar nada de lo que encuentra con algún aspecto conocido antes. El grado cero de la vida. Aquí soy la sombra de mi sombra y no me importa quién soy; me pierdo con alivio. Sin embargo esos hombres, en lugar de vivir atrincherados en las ciudades, activan o vislumbran y se entregan a una historia que se va llenando de incógnito abierto y de sorpresas; inventan preguntas y bifurcaciones sin creer en la posibilidad de avanzar en el espacio o en el tiempo, pueden producir mundos. Estos hombres tienen los ojos puestos en el pasado y construyen una memoria, un enigma que permite todo tipo de entradas y acercamientos, que se renueva con cada interpretación o intento por clasificarlo o descifrarlo y se fabrica como futuro. Se prefiere la vida sembrada de cifras, de claves. Cada nueva muesca de información abre infinidad de sentidos. No hay conquista ni rendición ni agotamiento. El pasado adquiere resonancias increíbles y proyecciones inmensas ingobernables en esos combatientes. Cada una admite otra versión que aunque suene caprichosa reclama una cabida, un lugar.

En esa inmovilidad del calor y la sequedad extremos, un movimiento incesante se apacigua en lo estático.

Nadie habla de los motivos que los han llevado hasta allí pero expresan un propósito claro: no pretenden agotar el desierto, y en el caso de Ella evita la pregunta; la errancia y el vagabundeo que la absorbe no tiene destino, surca otras fantasías. Puede llegar a Chankillo, convertirse en una observadora o cronista reservada e inexpresiva que lleva un registro necesario de las especulaciones y los descubrimientos; empezar otra vida, hacerse imprescindible, ponerse el traje de otro, inventar una dirección. Puede seguir avanzando, recogiendo los detritus del desierto, pero va a ciegas; la perturba la posibilidad de adentrarse y encontrar pueblos fantasma que ignoren la civilización o hayan afincado algún mito poderoso que la descarne, y entonces Ella se entregue con docilidad, cansada de la resistencia, a hacerse un lugar y disolverse para siempre. O que esos pueblos fantasma inciten a los saqueos y lo que encuentre sean restos de batallas, peleas contra el aire, manotazos, ballestas, movimientos remotos o clásicos, como el de la conquista: conquistar siempre implica una fuerza, un doblegamiento, una dirección de la fuerza. ¿Cómo percibir en esa aparente aridez la materia sensible?

Sueña con secarse del amor que la fagocita y la devora; puede transformarse en una rama seca que no tiene vida pero es bella, ya sin savia, sin jugos, sin necesidad de agua que la nutra; o quizá ser parte de esa cuenca de eternidad, de esa extensión infinita, ese absoluto de todo o de nada. ¿Ella busca la paz? ¿Lo inerte? Lo imposible. La falta de emoción más expuesta, lo desaventurado que la salve de su punto ciego, cada gesto reducido a su mínima expresión. En esa renuncia que nada tiene de martirio encuentra el éxtasis, la embriaguez, la excitación enardecida; la ascesis, la clausura y una intensidad última provocan sacudidas imperceptibles y gozosas. Y la risa… la risa… Otra vida, sin una lógica reconocible, comienza; la verdadera vida, que siempre está en otra parte. Un ojo puesto allí y un transcurrir, un tránsito en el que cada acción tiene una resonancia quién sabe dónde. Presiente que vaya donde vaya esto es lo que seguirá viendo, que el desierto le impedirá habitar otro lugar o desear otra cosa.

Aunque todavía carga con su equipaje, Ella prefiere la pasión que la lleva y la impulsa hacia el desierto. El extremo absoluto sin una gota de humedad la hace delirar con un irremediable descamamiento, una capa tras otra de piel y de exceso. En algún momento se librará de la telaraña, las demarcaciones superfluas, los lazos con la materia, y hallará la desnudez de las piedras, del aire transparente, el sol cortado a pleno y las noches sin oscuridad.

Nunca soñó con sacarse su olor y su tacto como uno se quita un traje.

Encuentra el sabor del viento y de la luz, ya no siente vértigo ni mareo ante el espacio infinitamente abierto, se envuelve en la levedad vaporosa de una voluptuosidad que nunca encontrará palabras. Tiene deseo del desierto, va a despojarse, a vaciarse hasta que la desnudez del cuerpo sea tan natural como la desnudez de la mente. Ya sin ninguna otra voluntad, se entrega al desierto exangüe (se rinde).

Piensa en Lawrence, un hombre de acción, para quien el desierto fue un espacio a conquistar a su modo; también piensa en él, que encarnaba las palabras de Lawrence cuando decía que todos soñamos, pero no de la misma manera. Aquellos que sueñan de noche se despiertan de día para encontrar que se trata solo de vanidad: pero los soñadores del día son hombres peligrosos, porque pueden actuar el sueño con los ojos abiertos, para hacerlo posible. Es lo que él había hecho.

Él avanzaba, no cedía, ninguna derrota lo desalentaba, más bien era un paso más de su estrategia, una ética, un gesto constante, ajeno al ojo imperial. Su acción era acción pura. El rapto era una intervención estética, un acto romántico que anulaba todo anacronismo porque siempre había alguien que quería ser salvado, rescatado, protegido,

adoptado, aunque más no fuera por unos segundos o una temporada. Todo su corazón estaba puesto en el juego. Su cuerpo, más resistente que el de cualquier beduino.

Por eso él desaparecía. Cuando se alejaba, rehuía de la vida del cautivo del amor, o de la frivolidad, o de la servidumbre de cualquier dependencia. Se exiliaba de sí mismo constantemente y se lanzaba hacia adelante, el lado peligroso no lo amedrentaba. Cultivaba sin falso semblante el desarraigo de los expatriados que no se conceden la rémora, la melancolía —no hay patria, no hay nostalgia—. No existía una ligadura que refrenara su acción, la dependencia sexual o la emocional no entraban en su código.

El espíritu de aventura en él era puro, impráctico, sin cálculo ni provecho ni utilidad ni ganancia ni capital, y eso lo hacía poderoso más allá de cualquier resultado. En el exceso lo había amado y el exceso los había fagocitado.

Habían abandonado la elocuencia.

De allá venía.

Ella dejaba atrás las elegías.

El desierto de Atacama existía con negligencia, no necesitaba de nadie.

No hay horror infinito sino la inagotabilidad de lo ilimitado y la imposibilidad de representarlo.

En la lucha contra el tiempo el desierto es infinito e incorruptible.

Ellos, los antropólogos, los geólogos, los astrónomos y los arqueólogos, pelearían sin cansarse para que no devastaran las extensiones hasta vaciarlas de emoción y de asombro. Ellos no eran fisiócratas, no llegaban a conformar un ejército, pero se entendían y se organizaban sin un reglamento ni una arenga; se habían propuesto camuflar el desierto para que nadie les arrebatara esa posibilidad de paraíso perdido terrestre, indecible, reventado, y no pararían hasta devolverle la belleza. *Le Paradis n'est pas artificiel*, como decía Pound. El infierno tampoco.

Ella había entrevisto en la calidad de esa eternidad una arrogante y simple gloria; estos hombres ejercitaban el terror a la exuberancia. Desde que habían llegado a Atacama mantenían a raya el desborde y el relieve de lo vano. Sus trincheras no eran tan solo lugares simbólicos arrellanados por la falta de competiciones y de imperativos, más bien una línea de defensa que cultivarían mientras preparaban las miles de armas que descargarían contra la invasión inevitable que preveían, tarde o temprano. Imperturbables, se abroquelaban estableciendo un plan perfecto como estrategia defensiva para bloquear a los invasores. No hizo falta que se pusieran de acuerdo ni que pronunciaran una palabra; sin una señal evidente,

el lenguaje mudo del consentimiento. Idearon un sistema que empezaba desde el paso fronterizo reubicado en San Pedro de Atacama y se dirigía hacia el oeste y el nordeste hacia Jama: por allí no pasarían. En ese silencio apabullante serían deglutidos por la inmensidad y la ignorancia. En cuanto los contingentes avanzaran en los jeeps, las vans o los transfers organizados por las oficinas de turismo, esos caminos se desviarían hasta el cráter o el cañadón menos transitado. Una ruta de la muerte segura, garantizada.

Ellos empezaron a sembrar y divulgar la sospecha de que la gente llegaba hasta allá para abandonar sus viditas abrumadas por el tedio. La urgencia de encontrar otro rostro, desaparecer bajo el médano sin la angustia del ahogo: o se metió en el mar y escapó nadando o caminó hasta llegar a un lugar irreconocido y aseguró otra distracción, otro interlocutor, ¿sin pasado? Ya no un cementerio marino. La inmensidad los deglutía como un desvarío. Si no reaparecían podían especular con que habían preferido la peripecia extrema o que era mejor perder que reencontrar esas viditas.

La diafanidad de la luz y la falta de oxígeno presionaban con múltiples alteraciones; cada vez que Ella dejaba el oasis y ya los perros no la seguían, se adentraba en el valle o en el llano lunar impresionante como quien entra en el agua de un lago calmo y amable para refrescarse y el alivio y el fresco ya la deleitan en la anticipación; volvía a reafirmar el vértigo del corte entre el ayllú y el desierto, un mareo, un éxtasis anhelado pero siempre distinto, que no tenía nada de metafísico sino materia pura única, y el corte se sentía en la carne como cuando la hoja de una daga entra profunda y sin vueltas.

Los ojos se desencajan, pero no se salen de las órbitas.

Nadie le había hablado de la hipoxia; salió de la ciudad al desierto sin escalas ni prevenciones ni recaudos (dejó también esas coordenadas atrás). Luz y lenguaje, luz y silencio. Pero tiende sus ojos y sus alas hacia lo inapresable, jamás va a volverse sobre el pasado ni a observar las ruinas buscando algún orden que se imponga sobre el caos. No necesita un sentido del rumbo de su vuelo.

Los observatorios, las nuevas divinidades, se convirtieron en enclaves cruciales, fortificaciones permanentes desde donde anticipar los avances; Ella ya no podía verlo de otro modo (creía haberse acostumbrado a ese estado de abierto y si su respiración se acortaba o le latían las sienes no lo registraba), solo tenía ojos para observarlos y seguirlos con el zoom de su camarita, desde largas distancias: los contingentes bajaban de las vans e iniciaban su experiencia desmesurada envalentonándose, se alentaban unos a otros como si se tratara de una avanzada conquistadora o libertaria. Pero se encontrarían con los búnkers y las casamatas y nuevos tipos de cordillera de obstáculos, cráteres y macroformas que interceptarían su

avanzada a todo costo, como una Línea Maginot en el desierto. Ya el viento y el sol y el calor de los cuerpos no se templarían. Y desde los observatorios-fuertes se descargarían las ráfagas de ametralladoras ligeras, fogonazos rojos sobre los desorientados vampiros que no habían previsto los exabruptos de la orogenia; con una defensa cerrada y sin claudicaciones terminarían por desalentar el atropello enemigo segándolos en su atrevimiento de exploración avasallante, ciegos y fulminados por el sol.

Ella está segura de que ahora, si los observatorios se abrieran al público, lo que les mostrarían serían telones, ni siquiera un cielo estrellado. Los vencerían y evitarían las maniobras extractivas de vampiros voraces, el avance, la invasión, el infierno.

Una Línea Maginot perfectamente trazada los catapultó a una movilización permanente.

Una mínima victoria.

Tres

No creas en la pureza, me decía papá. No te creas ese verso.

Ni un pedazo de carne que morder ni siquiera mordisquear; no, solo se llega a soñar con el sabor y el olor que tendría y el dolor que significaría ya no tenerla.

Mi padre deseaba para mí que perforara lo obvio o predecible.

Le gustaba contarnos del año que pasó viviendo en el Hotel Plaza de Nueva York, a los veintidós, cuando su tío lo invitó a que viera de cerca cómo se jugaba el big game del que él participaba con inteligencia y mérito. Había conocido a De Kooning y a Rauschenberg. De Kooning chupaba tanto que su mujer se había mudado a otra casa; ella, Elaine, también era artista y buena de verdad. El tío de papá era un artista frustrado sin resentimiento, sabía captar el verdadero talento y lo disfrutaba, prefería no agregar algo mediocre que no estuviera a la altura de lo que él apreciaba tanto, y hacer las cosas bien fue una de las pasiones que le transmitió a papá.

Años más tarde, cuando viajaba con mamá a Europa, las estadías, estancias, stanzas en Venecia brillaban en sus libretas de tapa dura. Él escribía Venezia con z, como en italiano. Mamá prefería Venice —en inglés o francés se escribe igual—, aprovechaba a practicar el idioma y sus libretas espiraladas con viajes también están repletas de anotaciones en inglés y francés, frases que escuchó o leyó y reproducía para no olvidarlas. Papá también viajaba solo. Cuando se separó de mamá, cada vez más reconcentrado, se instaló un tiempo en la isla y relevó el loquero de San Servolo como ejemplo de establecimiento, de tratamiento de los locos en un encierro, un psiquiátrico modelo; y se fue quedando. Mamá sospechaba que tenía una amante veneciana pero nunca pudo confirmarlo. Es cierto, me cuesta imaginarlo en soledad absoluta: la música, la pipa, un mozo en un bar como interlocutor o gastando la barra en monólogo con el barman hasta el amanecer sin perder pie, sin desaliñarse. Seguramente es mucho más común de lo que uno piensa ese tipo de personalidad con doble fondo; me refiero a esas personas que van con la corriente en distintos ámbitos, el privado y el público, que no andan peleándose con el orden instituido; sin embargo, se reservan para sí mismos aspectos importantes de sus cavilaciones, sentimientos o acciones que no están destinados a nadie en especial, sencillamente transcurren en otro nivel de intimidad, sin que puedan ser considerados secretos. Papá cultivaba un mundo que no compartía con mamá ni con nosotros ni con sus

amigos ni con sus socios, pero no le daba el estatuto de una vida doble. Era una zona en la que uno no entraba. Tal vez porque nuestra madre era muy inteligente descubrió esta necesidad de preservar LA ZONA —así la llamaba— y decidió respetarlo y no seguirlo ni traspasar el umbral, sabía que él tenía que emprender el camino solo, una investigación o exploración que intentara llegar hasta allá, al menos hacer el recorrido aunque al final (de todo) no hubiera nada. No hacerlo la habría convertido en una acosadora, ella prefería ser prevenida y sofisticada como la mujer del stalker de Tarkovski, su vida toda en sepia.

Los primeros años del big game él podía transformar un viaje de negocios en un viaje de placer: trabajar le resultaba una actividad vital, y hacia el final de las obligaciones mamá llegaba a Londres a buscarlo y seguían (alquilaban un auto y recorrían Inglaterra, Italia, Francia, España). Los viajes que emprendía solo eran otra cosa, un pliegue desconocido no transitado por el turismo.

Cuando mamá y él se separaron no lo vimos durante un tiempo, no puedo precisar cuánto, tres años, tal vez cuatro. Se iba de viaje y a su regreso no nos llamaba. Pero recibíamos cartas o postales sin remitente. Unos meses después emprendía otro destino sin dejar teléfono o datos para ser ubicado. Lo imaginaba como un hombre que pasa tiempo en otros lugares, que se toma esa libertad, se instala, sin fecha de partida, y camina y está y hace su rutina o no la hace, y ve. *Never complain, never explain*. No viajaba para contar, no era un escritor pero podría haberlo sido, tenía imaginación y escribía bien, con una precisión rara y obsesiva. Armaba las frases en su cabeza y apenas corregía. Recibíamos sus cartas desde esta misma ciudad, cuando ya estaba de vuelta, o con sellos postales de Venecia, en las que no hacía un relato de lo que veía ni de lo que hacía, eran reflexiones sobre su relación con nosotros y su relación con el mundo. Nos gustaba recibirlas pero teníamos una sensación difusa: ninguno de nosotros era el verdadero destinatario de esas cartas, más bien era un intento de mantener un vínculo, un hilo, o tal vez una forma de que nosotros lo conociéramos a él, porque eran cartas que no esperaban una respuesta ni establecían un diálogo.

Esos años de alejamiento de todas las emociones que lo reclamaban y de todos los lugares que solía frecuentar como empresario fueron su forma de incrustarse en una crisis de la que salió sin interrumpir el movimiento de aceptación y negación, uno atrás de otro o en simultáneo; habilitó una vocación, acudió a un don natural para la etnografía y al ahondar en aquello que lo fue dominando, mientras sus

objetos de estudio se hacían más cercanos y más inaprehensibles, cada vez lo vimos menos. Casi sin disgusto quedó a la vista un hueso fracturado expuesto que fomentaba la prescindencia y podía carecer de violencia.

Cuando ya me había resignado a la oclusión, a la cerrazón imperforable de todo lo que se ofrece tanto como se retacea, supe que una de las insistencias de papá en sus viajes a Venecia fue Ezra Pound. En los últimos años de su vida, los de su crack-up tenaz, recuperé algunos de los pensamientos de sus cartas, y pude preguntarle confiando en que me diría la verdad o al menos lo que él recordaba como verdad. Lo veo retener un minuto de silencio antes de contestar, apretar el tabaco en la pipa con el prensador de su trío de aluminio, haciendo tiempo. Sin mirarme, me contó que había seguido a Pound en su exilio (o refugio) después de los trece años que pasó encerrado en un psiquiátrico en Washington. «St. Elizabeths fue un salvoconducto de sus amigos, la única forma con la que pudieron protegerlo de un juicio y de la pena de muerte, cuando terminó la guerra», dijo, y con voz más baja: «También tenían que protegerlo de sí mismo».

Papá quería captar algo más allá de lo evidente, de lo que había acontecido entre la primera y la segunda guerra, y que los artistas habían hecho estallar con distintas referencias y manifestaciones. Para él, Pound era quien representaba las fuerzas de ese abismo, quien había absorbido la ferocidad de la masacre y había querido darle forma. Pretendía ser un revolucionario en la poesía y al mismo tiempo desplegar potencia social, y cuando la guerra se incrustó en sus vidas, para él fue natural involucrarse en los faldones de los mercenarios sembradores de la muerte, chapoteando en la moralina, su parte maldita. La pasión puede tomar subterfugios soterrados, aplacarse cada minuto a rebencazos, el temor a prenderse fuego desde las tripas, las arterias, los tendones y los ojos.

Un día en aquellos años de acostumbramiento a la ausencia en los que el silencio se afincó en las pocas horas de las últimas de la tarde en que estaba en casa sin hacer ni una cosa ni otra, vi una foto de Ezra Pound joven y me sobresalté: era igual a papá. No lo comenté con nadie porque tuve miedo de haber dado con un secreto —eso explicaba por qué era tan inaccesible— y durante mucho tiempo viví en la confusión de que tal vez mi padre fuera ese… Pero papá era mucho menor, no podía ser. El distanciamiento no imponía o consignaba una desconfianza, los infinitos dobleces o pliegues que no nos reclaman con suficiente suspicacia bordean la ambigüedad. No

había una pregunta por el padre pero tal vez era ese. Y hoy veo las fotos que hizo Avedon de Pound en la casa de William Carlos Williams el año que salió del encierro en St. Elizabeths, y podría ser mi padre, los dos envejecieron de una manera sorprendentemente parecida: el pelo suave, la frente amplia cortada a pique en las cejas, los pómulos marcados por las mejillas algo chupadas, los labios finos, la bravura en la mirada, una resistencia que ya nunca encontraría palabras.

Papá viajó a Venecia creyendo que podría verlo, cruzar alguna palabra con él. Acostumbrado a interpretar el idioma de empresarios exitosos, releía los *Cantares* descifrando las claves, las referencias, sin pretender entenderlo todo. Se dejó cercar y se entregó. Nunca pensó, a los treinta y siete años, que casi al mismo tiempo muchos otros «seguidores» (supuestos lectores de Pound) llegaban a la isla con la misma febrilidad. Había imaginado al viejo guerrero orgulloso de sus aventuras; el viejo guerrero no había dejado piedra sin remover para la revolución poética y la quimera homérica: la confianza en su gusto y sus creencias lo lanzaban hacia adelante sin reparar en susceptibilidades, algo que rozaba lo mesiánico amparado por lo estético. Pound no estaba en Venecia para ser admirado, y menos visitado, y papá pronto entendió que era inaccesible. Tal vez fue un alivio, él no conocía la intrusión, más bien ahuyentaba cualquier ademán que se le insinuara; pero se quedó en la isla para estar cerca y, con los retazos de información diversa, reconstruir al poeta admirado, o a una versión tangible que no fuera ilusoria. Alquiló un studio en el mismo barrio, cerca de San Marco. Pound vivía en Querini 252, papá a tres cuadras, en Terra San Vio. Sentía una cercanía extraña con Pound, creía que él, aun a esa distancia de tres cuadras que los separaban, podía transmitirle algo esencial para su vida, determinar una opción (a un interrogante, una práctica), hacer esto o aquello, una señal, un camino. Como si Pound fuera una divinidad que tuviera el poder de responder ciertas claves, sería un faro en un momento de particular incertidumbre, desconcierto, rebeldía, inadecuación al mundo previsto para él. El mundo de los negocios lo excitaba pero lo dejaba vacío, hacía rato que se había convertido en un etnólogo y en un furioso lector de poesía.

Papá caminaba las calles estrechas y rondaba los posibles recorridos, sus ojos en todo lo que Pound había rozado. No acechaba, impasible, no mostraba ninguna emoción. No parecía estar detrás de nada. Como un recolector finísimo. Pretendiendo oler el aire, la levedad del perfume de las buganvillas de esas calles, oír los sonidos, descubrir el rincón, el ángulo, el objeto, la piedra, la curva del puente que

arrebataba un ápice, un mínimo fulgor, algo que hubiera pausado un momento a aquel hombre de capacidad extraordinaria. Con todo eso volvía a su studio y lo arracimaba reproduciendo el aire, el perfume, los sonidos, los colores, las vistas, los detalles, el mundo testigo del paso de ese gigante apaleado.

Papá todavía sabía poco de la derrota y del fracaso. Sabía que a la tarde Olga y Pound salían a caminar por el Gran Canal en los alrededores de la Giudecca, todas las tardes casi el mismo recorrido. Los dos se vestían con elegancia y pulcritud y llevaban a pasear sus cuerpos esbeltos. Ella se movía con la naturalidad de los artistas, Pound dependía de su bastón y sus huesos crujían, las articulaciones gastadas, sin sentimentalismo.

Papá iba a buscar al Pound que había adorado Italia. Con Olga Rudge habían elegido Rapallo para armar una base, una casa en común en el Mediterráneo. Él iba y venía, siempre inquieto, movedizo. Los padres de Pound también se habían mudado desde Filadelfia, él los había convencido de que Italia era lo más parecido a un paraíso terrestre. A los veinte, en Hamilton, la universidad donde se deslumbró con Dante, se propuso conocer la poesía de cada uno y todos los rincones del mundo más que cualquier otro ser viviente: a los treinta sabría qué parte de la poesía era indestructible, qué parte no podía perderse en la traducción, qué efectos se conseguían solo en un idioma y eran imposibles de ser traducidos. En esa búsqueda aprendió nueve idiomas, leyó a Du Zu, Rihaku, Li Po, Mencio, todos los escritores japoneses y chinos en las traducciones del experto Fenollosa, y combatió todas las normas y a los profesores que trataron de imponer la obediencia a leyes que él consideraba que no le aportaban nada, y los que lo pesadeaban con la consecución de los grados y las formalidades. Primero fue a Venecia, recorría el Dorsoduro pensando en Dante y su misión de apaciguar a los dogos venecianos contra Ravena y lograr el derecho de navegación por el Po, como los dogos lo ignoran, no le garantizan un regreso seguro y en su viaje de vuelta toma el camino equivocado, se mete en unos cenagales de malaria, enferma y muere… Pound rastreaba cada señal, tal como papá haría después con él. Y mientras probaba el oficio de gondoliero para vivir un rato más en Venecia, ya pensaba en crear su propia *Divina Comedia*, un largo poema que atravesara la historia. Allí escribió su primer libro, *A Lume Spento*, y con los magros ahorros que le quedaban, imprimió cien copias, su gesto romántico. También viajó a España para conocer la tierra de Lope.

Mientras mandaba sus poemas a revistas (se los rechazaban), decidió que Londres era la ciudad para iniciarse y desplegar su genio. Llegó con tres libras y sin conocer a nadie, ávido de integrar cosas tan

distantes como Genghis Khan y Lope, sobre el que preparaba su tesis. Justo cuando Ford Madox Hueffer empezaba su *English Review*.

Londres era la ciudad literaria, allí vivía como un expat hacía cuarenta años el gran Henry James, y su admirado Yeats, el primero en elogiar su poema veneciano. Junto a Windham Lewis, inspiradísimos por T. E. Hulme, crearon el movimiento imagista y desecharon lo visual, la metáfora, las comparaciones y lo decorativo; y luego el vorticista y la revista *Blast*, que salió al cruce de todas las artes para interpelarlas en el momento de máximo potencial, antes de que se pusieran fofas. (Pronto se desharían de las definiciones.) Lewis era un artista del dibujo que también buscaba lo nuevo y Hulme prodigaba ingenio y una inteligencia feroz en cada una de sus performances.

Pound tenía una energía especial y además de estudiar a Arnaut Daniel por su interés en la renovación de la métrica, la rima, las palabras, y también a François Villon y la poesía provenzal y trovadoresca italiana, sin nunca dejar de leer a los clásicos, escribía *Personae* y lograba que las revistas publicaran a sus amigos, ¡incluso a Joyce! Y además les conseguía dinero. Creía en la cultura como un ser viviente, la energía para él tenía que ser un vortex, un vórtice, un nodo radiante por el que las ideas bulleran en constante movimiento. Del siglo XIX solo rescataba la protesta, la poesía tenía que desprenderse de «la esencia» y de la baba y de los voladitos y entrar en el siglo XX, ampliar su campo y su alcance, incorporar el movimiento, el sonido, la música, la respiración, liberar fuerzas, promover la disidencia, las irrupciones y disrupciones. Ser austera, directa, precisa, granítica, libre de emociones artificiales, escribirse «cerca del hueso».

Vortex era la palabra que habían usado Adams, Blake, Bergson, Yeats, y él la usó para relacionarse con el expresionismo, el cubismo, el futurismo, Boccioni y Marinetti, Brancusi y Gaudier-Brzeska, y mostró un gran talento como productor incansable. Él mismo encarnaba un vórtice, centro de estímulo y entusiasmo en un momento vital, de gran actividad y expectativa. A T. S. Eliot lo ayudó a publicar el muy rechazado *Prufrock* y a editar *The Waste Land*. Cuenta Ford Maddox Ford que el loco Lewis y Pound competían en un espiral de manía promoviendo la llegada del tiempo de la aristocracia de las artes (la de la nobleza y la del comercio ya difuntas). Escribe *The Spirit of Romance*, *How to read*, *The ABC of Reading* como cortes con lo rancio; propone leer poco, lo que incite a crear nuevas formas.

Y convencido de que «Los artistas son las antenas del mundo», mira con devoción el Quattrocento, cuando Segismondo Malatesta en su Tempio Malatestiano en Rímini que dedicó a su amada Isotta, se erigió como un magnánimo mecenas que puso a los artistas en el centro de

los intereses de su tiempo.

El vórtice Pound libera al verso del pentámetro y con las traducciones del provenzal, del italiano antiguo, del chino, del latín y del anglosajón se extiende y se abre a la poesía desde la raíz, incorpora, desecha y va encontrando su propia voz. *Make it new!* ¡Ignorar las leyes tradicionales! Inicia el proyecto de los *Cantos* como un trabajo profético único por su poética excesiva desbordada y punzante, y su forma elástica de métrica irregular, para que el ritmo sea el estilo, y la música esté en el centro de una polifonía de ritmos que va deshaciendo toda construcción convencional, motz el son (palabra y melodía), armonía y contrapunto, un desafío que convoca al lector a abjurar de los lugares comunes, lo incluye, lo interpela, llena el texto de claves, lo atraviesa y desborda con su historia de la Historia y con todos los abismos. ¿Un aleph?

Papá iba y venía de sus viajes, iba o venía, sin anunciar partidas ni llegadas. Eran cuestiones vitales que no compartía con nadie. No eran huidas, había algo más enigmático o fulgurante en otra parte, en lo desconocido. O tal vez lo llevaba una pulsión sin objeto, como la mía en el desierto; finalmente uno le pone nombres a las cosas o a los movimientos pero son solo palabras, cifras.

Cuando palmó y tuve que socorrerlo, los rastros y las huellas que había seguido durante años fueron partes de una historia que podía contar como un ausente, hablaba de otros sin autorreferencias, se revelaba sin que yo violentara una intimidad. Durante ese tiempo en que lo escuché como a un espectro, sin saber si iba a desaparecer sin aviso y sin drama, los silencios se llenaron de estos viajes y estos descubrimientos, y ese fue nuestro hilo. Se entreabría un sesgo en el que pasábamos horas en la memoria de su vida privada, la que no había compartido con nadie. Aquella en la que buscaba en la neblina de algo propio discernir la evocación de la invención o el ensueño.

Hoy lo veo tan embalado en su viaje a Venecia como si fuera una empresa mayor; su insistencia por la pasión que estaba ahí para él. No se iba a sacrificar por el orden social ni por las convenciones en las que había sido educado, pero sí se mandaba detrás de una exploración que lo convocaba. Papá se había pasado años leyendo por su cuenta sin ninguna guía, subrayando, anotando; se había organizado de manera programática una serie frondosa que crecía hacia atrás, hacia los lados y se extendía hacia adelante, que tenía en el centro a la poesía y a la historia. Dante, Vico, y de ahí a través de Pound y su afán de contener Occidente y Oriente llegaba a Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Yeats, Joyce, Cummings, Hemingway, Eliot, Thomas, Fitzgerald, Cavalcanti y Du Zu, Ajmátova, Mandelstam, Tsvetáyeva, Rilke, Montale, Ungaretti, Cernuda, Huidobro, Celan, Pessoa, Girondo.

De todos los escritores modernos, Joyce y Pound fueron los que desde muy jóvenes se prepararon para seguir la vocación clásica y adaptaron los motivos y métodos de la tradición épica para escribir una forma moderna. Joyce aparecía ante Pound como el nuevo gran escritor urbano, la expresión de la conciencia del siglo XX. Le dio una bienvenida excitada a *Ulises*, reconoció de inmediato que estaba ante algo inclasificable, de enormes proporciones, se entusiasmó ante su audacia de no querer ordenar el mundo en la ficción, en una trama que progresa, y no dejó piedra sin remover hasta lograr que viera la luz: «La vida no sucede en pequeños ordenados diagramas y nada es más cansador que la pretensión constante de que sea así». *Ulises* era una «súper novela». Con *Ulises*, la novela entraba en el siglo XX. Una épica gargantuana concreta y real que incluía todos los lenguajes, obscena para algunos lectores que no podían soportar que la literatura contuviera en un mismo texto las referencias más altas y los desahogos prosaicos de un personaje complejo y cercano (defecaciones y masturbaciones que no trasuntaban ninguna perversión).

Pound estaba convencido de poder generar un nuevo Renacimiento y su entusiasmo lo convirtió en un gran hacedor, como traductor, editor, antólogo, creador de una preceptiva, docente infatigable que empezaba a concebir su vida como una Odisea, una aventura y un tema en sí mismo para la poesía. Inflamado por sus ideas políticas y estéticas, siempre parciales, se había desviado y elegido otra ruta: quería conjugar la Europa de Dante y la intensidad nativa americana de Whitman, y también integrar la literatura española y la cultura oriental —la china y la japonesa—, evitando los determinismos occidentales… Para un norteamericano provinciano devenido europeo, elegir España ya mostraba un desvío, una visión arriesgada.

Papá adoraba a Stendhal y a Tolstoi; nunca le apasionaron Mailer ni Miller ni Thomas Mann ni Dostoievski, le irritaban los discursivos. Sí lo enloquecía Kafka. Me contaba que podía reírse a carcajadas con sus cuentos, el humor de Kafka lo calaba.

No es que papá tuviera una vida secreta. No lo imagino de ese modo, no era su intención hacerse el intrigante, esa tentación de la vanidad no ranqueaba alto entre sus intereses. Solamente quería ser él mismo y se ocupaba de llevarlo adelante en cada una de las acciones y pensamientos que emprendía. Ser un empresario, un emprendedor, no es lo mismo que ser un ingeniero o un comerciante. «Il miglior fabbro» llamó Eliot a Pound cuando le dedicó *The Waste Land* citando el homenaje que Dante hace al trovador Arnaut Daniel en el Canto XXVI del Purgatorio. Papá lo encontraba mezquino, tibio, cobarde. Fabbro, ¿Pound un artesano? Aunque se reconciliaba sin reparos cuando leía los *Cuartetos* o «El desierto, *The Waste Land* of the self»… Nada mal…

En cambio, Pound no escatimaba la contundencia en sus afirmaciones desafiantes, no especulaba. Cuando, finalmente, su esfuerzo triunfó y *Ulises* se publicó en París escribió: «Todos los hombres deben unirse para alabar a *Ulises*; aquellos que no lo hagan podrán contentarse con un lugar en las ligas intelectuales inferiores». Él había contrabandeado la novela por entregas en *The Little Review* y la doble prohibición en Estados Unidos e Inglaterra (el escándalo) animaron a Sylvia Beach y Adrienne Monier a convertirse en editoras desde Shakespeare & Company. Sin embargo, Pound sabía que había algo mucho más perturbador en la novela de Joyce que lo que llamaban «obscenidades».

En papá estallaba en masivos sentidos la connotación romántica del emprendedor y algo tenía que hacer con eso; su vida no se desarrollaba en una única dirección, haberse restringido al mundo de los negocios y del dinero lo habría dejado cojo, contrahecho. La rebeldía lo encuentra a tiempo para el desvío de la educación de su tío y se entrega en solitario a la bifurcación de ese camino allanado, hacia las investigaciones que dejaría asentadas en decenas de cuadernos como una etnografía personal. El tiempo de la bifurcación se exacerbó locamente con Lévi-Strauss y sus descubrimientos en el Mato Grosso develados en *Tristes trópicos*; para papá serían una revelación crucial.

Él venía de una familia de campo, de la provincia de Buenos Aires, de Capilla del Señor, que convivía con la llanura pero también con un rasgo muy poderoso de excentricidad inaugurada en un hermano de su madre. Un tipo que había abandonado el campo por el ejército primero y por la vida cosmopolita y la política poco después. Había llegado a Estados Unidos huyendo por Brasil del arresto y la cárcel por insultar a un oficial; él no podía detenerse ni humillarse. Aunque al ingresar en el gran mundo atemperaría su espíritu rebelde, no evitó que se filtrara a su sobrino y a sus sobrinos nietos ese orgullo que no necesita de manifestación expansiva ni de confirmación, ni de anuncios ni de declamación. Sus actos iban marcando un camino, un destino. Alguien que se sale del molde pero no lo dice, no lo comunica, que no se lo propone, que se sale de la vaina pero se refrena para no ser manejado sino para manejarse, se va dando su propia forma. Eso se traslada sin palabras al sobrino, a mi padre, que lo mira y admira y aprende sin preguntar. En los gestos, los silencios, las decisiones, los modos y los propósitos había una inteligencia que no tenía nada que ver con la moderación, cada movimiento contenía la limpieza de un arco que se tensa para dar en el blanco lo más certeramente posible. No fallar. No consentirse y al mismo tiempo darse una buena vida, una gran buena vida. Un dandy sin excesos, un bacán. Lo que tenía el tío de papá es que siempre mantenía la cabeza

fría, alguien muy cerebral. Eso no se sabe de dónde proviene, si es un rasgo propio o si vino con él desde la cuna; en la familia todos desconocían la ternura y más bien asentaban la guapeza contenida, natural, un coraje impasible, a veces desafiante.

Papá era apasionado, calentón. Podía ser extremo. Su tío había sido su inspiración pero no soñó imitarlo porque él llevaba su impronta de la que nunca renegó, se la bancó, admitía sus defectos, sus fallas, sus debilidades y a veces las llevó hasta el límite. El riesgo. No tenía miedo pero sí lo tuvo cuando la materia fue verdaderamente delicada y lo que estaba en juego era lo más querido, lo más íntimo y lo menos controlable, cuando eso estaba por perderse irremediablemente. Y él quedaba exánime, impotente, derrotado.

Papá miraba con ojos atentos pero no inquisidores, captaba lo que estaba en el aire, una cantidad de señales imperceptibles para otros, que él naturalmente descifraba sin hacer ningún trabajo; datos, rasgos, cualidades, resistencias, y esto nunca lo hizo sentir más poderoso, jamás lo usaba en contra de nadie ni se mandaba la parte ni armaba estrategias. No era consciente de esa antena que funcionaba independientemente de su designio o intención. Como esos animales que con los ojos entrecerrados y expresión relajada y beatífica parece que están descansando, cuando en verdad están alertas a todo lo que ocurre a su alrededor. Alguien con una capacidad mediúmnica. Una percepción certera de la gente que le interesaba. En realidad la gente no le interesaba en particular, ni como medio para nada —jamás fue un hombre utilitario—, pero había ciertas personas que le llegaban por sus capacidades o por lo inaprehensibles que le resultaban, no podía encuadrarlas, o su núcleo duro se le escapaba. Era capaz de desconectarse o de ignorar por completo todo aquello que no le resultaba interesante. Absolutamente indiferente e inconmovible. *Aloofness y detachment*. Esto no tenía que ver con los años que había trabajado y convivido con los ingleses, le venía de antes. Con los ingleses se llevó tan bien porque él ya tenía esta claridad de apreciación certera, esta sutileza profunda que quedaba alojada en alguna capa de la conciencia sin reclamar nada. No había lugar para la suspicacia o el envés doble rizo.

Pound sí estaba preocupado por los hombres, quería cambiar el mundo, imprimir una huella, dejar atrás el siglo XIX, las convenciones y lo decorativo, revolucionar y renovar el lenguaje y la poesía, fundar y refundar el modernismo, perdurar; se asomaba lleno de vida y de ideas de transformación a un mundo enorme y ambicioso. Creía poder inventar el paraíso terrestre. Ni en un máximo delirio habría imaginado qué significaría la Guerra, la Gran Guerra, adonde marcharía su querido y admirado Gaudier-Brzeska a los veinticuatro años a morir en el frente de Neuville-Saint-Vaast, con la inconsciencia

de un trámite. Con los días esa muerte fue más irreconocible, repugnante revulsiva, y la vulgaridad se impuso, el absurdo más extremo e inútil. ¿Ofrecer la vida? Gaudier le escribía desde el frente, había recibido *Cathay* y lo llevaba en el bolsillo de su uniforme como un objeto protector, leía los poemas en voz alta para insuflar coraje a sus compañeros. Pound, con un tono sombrío, narraba una historia exótica sobre la guerra con detalles objetivos y vocales abiertas y una nueva resonancia lírica.

No era solo Gaudier sino el arte de Gaudier, que estaba tan increíblemente vivo. Su escultura no se valía de ningún artificio, como la de Brancusi. Al visitarlo en su estudio cerca de Putney Bridge, Pound se había quedado impresionado por la pobreza en la que vivía; cuando llovía el piso de tierra era un barro imposible, y sin embargo de ahí procedían unas piezas de una contundencia perfecta, cortes esculpidos con una limpieza increíble. Era un genio, un verdadero artista, de los que aparecen muy de vez en cuando. Y no había ni habría en el mundo muchos como él.

Desde las trincheras, Gaudier seguía elaborando sus teorías, y le mandaba a Lewis un manifiesto para que publicara en *Blast*:

VORTEX GAUDIER BRZESKA

La guerra lo provocaba para pensar futuras piezas, la estética de la superficie de los campos de batalla, y mientras tanto trabajaba con lo que tenía a mano, tallaba la empuñadura de un Mauser para suavizar su potencia.

Pound persistía en ser un revolucionario; aunque las revoluciones fracasaran, el espíritu revolucionario estaba intacto.

Pero la guerra.

Ahí sí encontraban el absoluto. Podían hablar de la muerte como una cuestión cotidiana pero la perplejidad no se asimilaba. Casi desnucados, se palpaban reconociendo lo que había sobrevivido. Ir a la guerra había sido como ir a morir en la nieve para terminar devorados por los lobos.

Ya no serían dioses. El golpe fue profundo. ¿Quién puede decir cuándo se inicia el proceso de demolición, cuál es el primer desgarro en la tela finísima del frágil equilibrio de una mente o de un corazón? De un sistema nervioso o emocional. Un curso que se desvía hacia el error. Error error error sin carteles ni avisos. Sin posibilidad de deletear.

No se podía escribir poesía en esas condiciones, había que actuar. Y si todavía el arte podía volver a ser el faro de la civilización, necesitaba de la política. Arrasado por la convicción y la irracionalidad, se lanzó a expresar su pensamiento en sus

transmisiones radiales desde Roma, como un clarividente que denuncia, como un profeta o un loco. Esas transmisiones que lo llevarían a la jaula y a la cárcel. Aquí la voz de Europa. Si un hombre no está dispuesto a arriesgarse por sus ideas, o bien sus ideas no valen nada, o bien el que no vale nada es él. Un animal cautivo no. Un gran foco de luz, un faro. Alumbrar. Alumbrar, dar a luz, como Sócrates, un partero. La radio como la palabra que entra en acción. El Social Credit de Douglas era un programa de distribución posible a imitar. Malatesta como el ejemplo del mecenas bravo que custodia un gran plan (el Tempio malatestiano en Rímini). Y ahora ni siquiera había un plan.

Pero el antisemitismo era real. Si necesitaba contornos precisos entonces bien valía aliarse con los mesiánicos que argumentaban certezas y se presentaban agresivamente reclamando reglas claras y execraban el mestizaje, la hibridación, lo difuso, la mezcla. La Tierra Prometida, la diáspora obligada que fuerza a la anti-identidad. ¿Cómo sobreponerse a las promesas de la Modernidad masacradas? ¿Cómo renunciar a ellas, sofocarlas? Él no acepta que la guerra sea parte del proyecto de la Modernidad. Lo niega. ¿Vivir sin promesas? ¿Cómo rechazar la tentación de la visión humanista de eternidad, si es tan lúbrica? Es nuestro sopor, nuestra morfina, nuestro opio. ¿Y la promesa de salvación estética? Tampoco se podía vivir sin poesía. Sin embargo la extraterritorialidad siempre es atractiva. «La conspiración judía» como el antagonismo alrededor del cual se estructura el edificio social. La responsable de todos los males. Esa cara encontrará rostros diferentes pero similares a lo largo del siglo XX. La sospecha de que algo alguien algunos están royendo la posibilidad de una grandeza mayor.

La disposición inmensa, su pasión por la política y la sociedad. Y si aparece alguien que encarna el orden, la organización necesaria para que ese plan civilizatorio no sea desbaratado… Y otros que encarnan la usura, el poder de los bancos, la codicia nunca satisfecha, el liberalismo recalcitrante… En el delirio megalómano se desliza de la poesía a la economía, decide hacer campaña por el Social Credit de Douglas y las ideas de distribución de Gesell, se cree un economista experto, quiere ir a Estados Unidos a explicarle a Roosevelt, prevenirlo del desastre de otra guerra. En su batalla contra la ignorancia, se deja tentar por la fascinación del alcance de la radio, el efecto de John Reed durante el golpe de Estado bolchevique descalificaba la racionalidad. Ve a los soviéticos encorsetados, dogmáticos, poco creativos. En cambio Muss en Italia parece tener un proyecto político que defiende sus ideales, le habla a la gente del pueblo, desde el campesino al obrero, quiere que todos participen, pero también cree

en las elites, en la cultura, es sensible a la música, toca el violín; un nuevo Malatesta en Rímini. Pound cree que es el nuevo Jefferson.

¿Cómo Pound había caído desde esa altura? ¿Cómo había llegado a creer que el fascismo era la única solución a los enormes problemas de la posguerra?, se preguntaba papá. ¿Era posible tanta miopía o ceguera o inconsciencia? Si se había tildado en insistir con discursos ofensivos y burlones en las transmisiones radiales una vez por semana durante año y medio, advirtiendo a su país sobre la estupidez del paso en falso que estaba a punto de dar si entraba en la guerra, a pesar de todas las recomendaciones en contrario de sus amigos, ¿quién daba el paso en falso? Papá, sacudido por la perplejidad, inmerso en el desconsuelo y la bronca: cómo y por qué se habían ensañado tan brutalmente con un fanático que escribía poemas y ensayos y sus libros no vendían, el mundo en horror lo proclama su chivo expiatorio. ¿Qué peligro descomunal representaba? ¿La megalomanía era locura? La condena del mundo que descarga su confusión castigando al renegado. El miedo. Si hasta Borges había dicho «Pound encierra ternuras imprevisibles».

Tardaron doce años en lograr su liberación sus amigos escritores.

Cuando lo apresan y lo acusan de traición y lo llevan a Pisa y lo encierran en «la jaula de gorila», como él la iba a llamar, pregunta «¿Saben quién soy?» Y los guardias le contestan «Claro que sí».

Nada de lo que él era lo protegía de lo que Estados Unidos consideraba una amenaza y una ofensa, un enemigo.

Papá, en silencio, alentaba la ilusión de descifrar las iluminaciones y los desvelos de Pound: lo había seguido en sus desbordes mussolinianos, en la locura del fanatismo, en el encierro para escribir los *Cantos Pisanos*, los más conmovedores, según él, los que lo dejaban boqueando; en el arresto y el enjaulamiento salvaje como si fuera una fiera, la deportación y el encierro de doce años en el manicomio de Washington, la lucha de los amigos y la familia para hacerlo pasar por loco. ¡Siempre había sido loco Pound! Su vida como una épica, gesta enorme, cruzada para siempre crucial. Revolucionar la poesía y pretender la sabiduría del mundo. La determinación de que la epopeya de los *Cantares* durara cuarenta años, hasta que lo aburrieran.

Dorothy, su esposa legal, no se cansó de persistir en su liberación; se había mudado al subsuelo de un edificio al lado del manicomio para visitarlo todos los días, aunque él estaba con Olga hacía años y había tenido una hija con ella, Mary. Convivía ásperamente con sus dos mujeres en Sant'Ambrogio cuando lo apresaron. Mary también lo quería para ella: cuando él escribe el verso «*Pride, jealousy and*

possessivenes/3 pains of hell» («Orgullo, celos y posesividad/3 dolores del infierno»), se refiere a ellas tres.

Un gesto que papá anota en su cuaderno (y lo subraya con birome roja): llegan los partisanos a detenerlo y él está solo en la casa, traduciendo a Mencio; agarra el libro de Confucio y un diccionario chino, se deja la ropa que tiene puesta y no se resiste; cuando van bajando por la colina recoge del suelo una semilla de eucalipto, como referencia, como talismán, la guarda en el bolsillo de su camisa y no se desprenderá de ella. *Eucaliptus is for memory*.

Los partisanos lo llevan a un puesto en Zoagli, al sur de Rapallo. Olga lo alcanza y juntos son trasladados al CIC, un cuartel norteamericano en Génova. Le permiten quedarse cuatro días que ella describirá más tarde como unos de los más felices de su vida, por fin estaba a solas con él. Cuando lo liberan, trece años después, viaja con Dorothy a Italia pero en Rapallo enferma y recurre a Mary, en Tirol; se desploma ahí. El cuaderno de papá cuenta que finalmente, después de varias internaciones por extrema debilidad, en el 61 «se dejó llevar por Olga a Venecia», a la casita que ella había comprado en 1928, The Hidden Nest. ¿Cómo habrán pactado las mujeres que el hombre pasara del cuidado de una al cuidado de la otra?

Entonces empezó la peregrinación insólita de decenas de «seguidores» que viajaban con el objetivo de verlo, algunos querían conocer al poeta hereje; otros, las sanguijuelas, anticipaban su muerte y rondaban como aves de rapiña sobre poemas, versos, cualquier escrito sin publicar, moneditas que se hubieran caído en un descuido de Olga.

Hay una foto de Allen Ginsberg y Ferlinghetti arrodillados frente a Pound, que los mira con gran desconfianza y hastío por debajo de su sombrero. Lo reverencian porque conocen su obra, están rendidos a sus pies literalmente y quieren ser elocuentes. Pero él les confiesa «*You find me in fragments*». En el confinamiento en Pisa había escrito los cantos 74-84, considerados una obra impresionante por los más exigentes, por la que lo premiaron como una forma de compensación, con la mitad de la comunidad literaria en contra. Cuando salió del encierro, el mundo ya no lo atraía, la luz exterior lo rechazaba. Había enmudecido. Ya había vociferado, era el tiempo del silencio.

Ahora descreía del valor de los *Cantos*, sentía que eran «pura ignorancia y estupidez, un fracaso y un desastre». Pound se lo dice a Allen Ginsberg: «He llegado tarde a la incertidumbre total… y he llegado por el sufrimiento» y «Mi mayor equivocación en la vida fue la estupidez del prejuicio antisemita suburbano». Él, que ambicionaba saber más que nadie de poesía antes de cumplir treinta años y que estaba convencido de que no se podía entender la poesía si no se conocían varios idiomas, él, que manejaba nueve lenguas… ¿terminó

sometido al provincialismo más retrógrado? Pound no tiene idea de la admiración enorme que Ginsberg siente por él, lo considera el poeta máximo de todos los tiempos y desconfía de la realidad de su antisemitismo. Influido por su ritmo vibrante, cortando el tiempo, creará sus poemas también para ser leídos en voz alta. Papá anota la reescritura de Ginsberg que toma de «*Will I ever see Giudecca again?*…» para sus «Nostalgias».

Esos años en Venecia no pudieron sortear la declinación, lo irremediable. Los mares mudos. Pound era un espectro insensible a las reverberaciones del agua y de la música.

Un quebrado.

Hemingway, luego de viajar juntos por Italia en 1923, en sus años de amistad en París, aseguraba «Pound no vino a esta vida a sufrir». La mudez y el pasmo. Y el canto 120:

I have tried to write Paradise
Do not move
Let the wind speak
that is paradise.

Let the Gods forgive what I
have made
Let those I love try to forgive
what I have made.

Intenté escribir el Paraíso
No te muevas
Deja que hable el viento
Ese es el paraíso.

Que los Dioses perdonen lo que he hecho
Que aquellos a quienes amo intenten perdonar
lo que he hecho.

Papá había llegado a la esquina de The Hidden Nest pero no se había animado a dar un paso más, desde allí tenía un ángulo de visión abierto sobre Querini 252; pasaba de una vereda a la otra, no se quedaba quieto, el simulacro de esperar a alguien con impaciencia evitaba la posición fija y acechante del espión, hasta que en algún momento se alejaba. Habría sido imposible que alguien reparara en él, un grupo de gente que no quería pasar inadvertida se agolpaba frente

a la puerta de la casa y persistía a distintas horas del día: eran los stalkers de Pound. Olga tardó en darse cuenta del fenómeno: manifestaban una idolatría estentórea, habían llegado a la isla especialmente para verlo, pero no se habían acercado nunca a la obra, no lo habían leído. Querían hablar con él, expresarle su admiración, habían amagado con plantar una carpa a metros de la puerta de entrada. Ella los había puesto a prueba, uno tras otro, ¡y nadie conocía ni uno de sus poemas…! ¿De qué querían hablarle si no era de su obra? ¿De sus vidas personales? ¿Pretendían que él leyera sus palotes? Entonces, a todo el que llegaba a Querini y se arremolinaba suplicando ser atendido, le exigía que supiera al menos un verso para concederle el acceso al patio de la casa; tal vez Pound bajara, tal vez no. ¿Qué es lo que los llevaba a reverenciar a alguien que desconocían? Papá estaba furioso. Él hubiera podido recitar de memoria decenas de sus poemas… siguiendo la manera embravecida con la que Pound interpretaba sus versos, mordiendo las consonantes.

No podía concebir cómo alguien pretendía infligir algo así a un espíritu como el de Pound. Los llamaba stalkers porque acechaban, lo acosaban… los groupies de Pound.

Papá había copiado en su cuaderno una cantidad de poemas que Pound había compuesto para ser dichos en voz alta, en público, como una música, influido por las odas confucianas y por Cavalcanti, una forma de comprensión mayor.

See, they return,
Ah, see the tentative movements,
And the slow feet,
The Trouble in the pace and the uncertain
Wavering
See, they return, one and by one,
With fear, as half-awakened

And if you ask how I regret that parting;
It is like the flowers falling at Spring's end
Confused, whirled in a tangle.
What is the use of talking, and there is no end of
Talking,
There is no end of things in the heart.

Las odas confucianas y el ritmo. El montaje de las baladas de Villon para su «ópera» (o antiópera) *Le Testament*, un chant-fable para tenor y bajo y un enorme corno medieval que solo tocaba dos notas, una especie de teatro cantado porque intercalaba narración, y para

muchos que superaron la extrañeza quedó en la memoria como la más bella música de un poeta. La orquestación completa abarcaba un grupo bizarro de instrumentos para diecisiete ejecutantes, con una percusión variable, que incluía huesos secos, lijas y un silbato percusivo; tres contrabajos tocando con estremecimiento, un violoncelo, campanas y carillones. Le preocupaba la relación entre palabra y melodía, que había alcanzado la perfección en la práctica de los poetas-músicos provenzales.

Pound fue el primero en introducir a Dante en su lectura del universo primero e inevitable. Así como Dante se había exiliado en Ravena, forzado a dejar Florencia, él terminaba también exiliado, cuestionado, y paseando por la Giudecca… Las discusiones alrededor de su obra le retaceaban la consagración unánime. A la espina de la Giudecca, cuando se llamaba Spinalunga (por su forma) en el siglo IX, eran enviados los giudicatti, los enjuiciados conflictivos, al destierro.

Papá lee la *Commedia* buscando la mirada asombrada de Pound estudiante en Hamilton, donde piensa por primera vez en un poema largo en tres partes que traten la emoción, la cultura, la sabiduría, la erudición, el aprendizaje, y la contemplación. Se sumerge y es arrastrado por esa otra poesía tan clara y precisa que lo envuelve y lo hace saltar por el aire. Descubre que en su encuentro en el Purgatorio Dante hace hablar a Arnaut Daniel en provenzal y rompe la unidad idiomática de la *Commedia*; Pound lo homenajea en su «Sestina: Altaforte».

Compra una reproducción del retrato de Dante de Giotto y lo tiene en su mesa, apoyado contra la pared en el pequeño departamento de Terra San Vio, como una presencia constante. Viaja a Padua, reconstruye la estadía desde el exilio en Verona, el tiempo del alejamiento; recorre la capilla del Scrovegni. Los colores de Giotto persistirán con una llana nitidez en las pupilas de papá hasta sus últimos días. La capilla es la idea de Enrico Scrovegni, tiene la esperanza de que convocando a Giotto, el máximo artista de su época, podrá liberar al alma de su padre de la condena eterna a la que Dante lo sentenció por sus actividades de usura, esta magnífica y explícita obra de arte dedicada a la Virgen de la Anunciación tal vez repare la ofensa de su padre.

Papá lee el Canto XVII del Inferno donde aparece el emblema del escudo de armas de Reginaldo degli Scrovegni, el noble al que Dante vio en el séptimo círculo del Infierno, donde ardían los violentos, los usureros. La usura, obsesión de Pound.

Papá lo ha escuchado en grabaciones recitar el canto 45 donde arrastra las palabras con furia y ferocidad. Pound lo sacude, lo conmueve. Pegado en la pared, al costado de su mesa de trabajo, también tiene el poema de Elizabeth Bishop (lo copió a mano en tinta

negra): «Visits to St. Elizabeths» crece en cada estrofa en espiral como un mar embravecido; allí están cada uno y todos los círculos del infierno que ella capta a lo largo del año que lo visitó en el manicomio. Bishop inaugura un poema grandioso que perfora y sobrepasa el relato posible y el ritmo; la repetición de «that lies in the House of Bedlam», insiste en la clausura, la locura y el desgarramiento de un lugar desolado: Bedlam, el hospital psiquiátrico más viejo de Europa (1330). Su amigo Robert Lowell, asesor del departamento de poesía de la Biblioteca del Congreso, le había asignado visitar a Pound una vez por semana en el manicomio durante todo ese año.

This is the house of Bedlam.

This is the man
that lies in the house of Bedlam.

This is the time
of the tragic man
that lies in the house of Bedlam.

This is a wristwatch
telling the time
of the talkative man
that lies in the house of Bedlam.

This is a sailor
wearing the watch
that tells the time
of the honored man
that lies in the house of Bedlam.
…

El encierro en St. Elizabeths: al salir no reconoce lo que ve, la luz exterior lo ciega, es un mundo extraño que ya no conoce, no puede volver a entrar, no se le ocurre ninguna palabra mágica; se refugia en el castillo de su hija Mary en Tirol y después con Olga, en Venecia.

Antes del 43 y el fanatismo desatado, de sus transmisiones radiales al mundo, antes de ser arrestado y encerrado en una jaula durante doce días como si se tratara de un animal peligroso, y después en la carpa donde lo vigilaría el guardia negro que pasará a la historia por hacerle una mesa para que pudiera escribir —¿un hecho espantable, patibulario? Pound pasaba horas con Mary en la isla.

Iban a nadar al Lido, se había mandado a imprimir su dirección en el papel de carta que usaba como un lujo, recorrían librerías, se

divertían. Mary traduciría al italiano los *Cantos* modulando el tiempo de la traducción, de la consulta por el sentido preciso de las palabras y del lenguaje, de aquello que no podrá ser traducido jamás porque pertenece a un solo idioma, el corazón, el núcleo irreductible.

Mary estaba casada con Boris de Rachewiltz, ruso italiano, egiptólogo que escribió decenas de libros sobre África y el Mundo Antiguo; compró el castillo de Brumberg por monedas. Allí refugiaría al viejo Ezra, su padre, en su recuperación.

¿Cuál había sido el último verano? ¿Cuál es la duración exacta de una vida?, se pregunta papá.

¿Fueron esos en Venecia años de horror? Su vida se escurría y ya no sentía ninguna fuerza creadora ni arrolladora. Solo podía deshacer con la mirada más áspera, más dura, su propia obra.

Lo irremediable.

Y piensa en Joyce y el exilio que se impuso para escribir lo que quería escribir. Hasta último momento atrapando al pez dorado. También su escritor favorito fue Dante. Un hombre de una sensibilidad silenciosa, que se escondía de los relámpagos y de los truenos debajo de la mesa del comedor. Joyce consumido por su vocación, un fuego sagrado, una determinación, una convicción. Trabajar con la realidad de la experiencia, los detritus de la vida. Y Pound que se cargaba al hombro todo ese deseo impulsado por su propia afirmación. ¿Una fe? Joyce obsesionado por su obra. Joyce que pronunciaba Uliiiishes y que decía: si *Ulises* no merece ser leído la vida no merece ser vivida. Pound operaba hacia adentro y hacia afuera, consciente y determinado en imponer sus ideas de transformación: un mundo enorme y complejo lleno de vida que se abría paso y extendía ante él. «Los indiferentes nunca hicieron la historia»: una dimensión que no lo amilanaba. Él podía actuar en una escala mínima y como un gigante. ¿El mesianismo norteamericano, finalmente?

***

Entonces Venecia ya se anticipaba como lugar elegido por su excepcionalidad; no se concebía como un lugar de reclusión sino como un fabuloso puerto que conectaba Oriente y Occidente, y durante siglos había irradiado un poder estratégico desde donde se proyectaba imbatible. Los venecianos alzaron un imperio desde una ciudad construida sobre el barro. El archipiélago espina extiende sus islotes como lenguas entre los canales y las lagunas hacia el mar y

naturalmente hacia el Este, sin ostentación. El continuo contacto con Oriente se asienta capa sobre capa y marca un rasgo, una intención tensa, secreta. Una construcción cuidadosa, delicada: el cuerpo de San Marcos apóstol, obispo de Alejandría, fue robado de su tumba por mercaderes venecianos y transportado a través de las lagunas hasta depositarlo en la iglesia que llevaría su nombre. Querían que Venecia se acercara al nivel espiritual de Roma: si Roma tenía a Pedro, ellos tendrían a Marcos. La llegada del cuerpo del que sería su patrono coincidía con la transferencia del asiento del Ducado a las islas del Rialto, y esa confluencia de lo religioso y lo patriótico encarnó el corazón de la ciudad en un mismo tributo. Hasta que se inauguró como catedral en 1807, fue la capilla de los dogos, donde se engrosó su mito en los mosaicos que describieron el robo y el traslado del cuerpo del apóstol rodeado por diez embarcaciones que velaron por su seguridad en un hecho histórico que lo devolvía a su morada o destino natural. Un santuario. La Virgen agregó su aura a la expresión triunfal de su divinidad patria. Igual que en Bizancio, el cristianismo tendía a identificarse con el culto a la ciudad. En un movimiento nunca obvio o evidente, Venecia —ahora más inanimada y debilitada— tenía que trabajar para fortalecerse en el acierto del destino que había sido su arte primero.

En ese lugar inigualado, siempre asombroso, papá quería descubrir qué era la cualidad única de esa construcción loca contra la fuerza del agua y las corrientes y un suelo marítimo poco confiable. Porque no era una ciudad sumergida que como milagro había emergido un día; su orografía era producto de un empeño y una imaginación y una fuerza de gigante obstinada, la convicción arrolladora de llegar a ser se imponía triunfal y mayestáticamente por sobre lo que podría haber sido un engendro o un adefesio. Incluso con su pasión negativa, Napoleón, que la odia, al devastarla y venderla a los austríacos, la exalta. Venecia reunía todo lo que él detestaba: un gran pasado, el desenfreno, la aristocracia marítima y el republicanismo, la belleza arquitectónica, la pintura, la música y la veneración de lo sagrado.

Papá me contó que antes de que los turistas la tomaran como vampiros y los venecianos jóvenes la abandonaran, la vida se volcaba a las calles, como una extensión de sus casas, sin diferenciar la salida de la entrada. Desde los romanos y bizantinos, habían celebrado las «ceremonias áulicas», festivales donde se representaban obras inmensas, las «sacre rappresentazioni», en las que participaba el pueblo como actores o espectadores. En ese festejo, como Roma o Bizancio, Venecia creaba su propio mito y su historia, y con los años su sentido se renovó y reforzó en cada festival que seguía el calendario litúrgico: la Ascensión, la Boda del Mar, las Marías. Cada vez el Dogo, el patriarca, el magistrado y el ciudadano común participaban de estas

conmemoraciones en su función específica dentro de una organización. Desde entonces fue natural que no se trazara una frontera entre lo público y lo privado porque cada uno de sus habitantes participaba de algo mayor común.

Papá imaginaba que los escritores y los músicos que habían adorado su fulgor compartían un secreto. Muchos habían vivido allí: Dante, Casanova, Aragón, Moravia, Proust, Morand, James, Mann, Borges (más bien detrás de Petrarca y de Gibbon), Brodsky; también Wagner… pero Pound y Nietzsche muy especialmente eligieron terminar sus días en ese polo luminoso. Coincidían en la pasión que se manifestaba de formas tan diversas, algunos habían enloquecido, otros habían tenido la rienda tan corta que hasta podrían haber sido calificados de refractarios, o hasta parcos. Y aunque no se propuso conocer el secreto —la ambición voraz no lo desvelaba ni de día ni de noche—, se contentaba con ser rozado por algo que ni siquiera se animaba a llamar espíritu o esencia. Tal vez prefiriera la soledad del viaje para ser tocado por lo inasible y no resistir.

Papá camina por el Zattere, pleno sur. El muelle. Mil veces cruza de un lado al otro. Va desde la punta de la Aduana hasta la estación marítima. Uno de los lugares más bellos del universo. Allí vio a Pound en uno de sus paseos habituales con Olga, alto hidalgo con sombrero, caminar lento y leve; ella conversa con otros, él se mira las manos, las frota, se distrae con un punto impreciso del recorrido. Papá no puede mover un pie ni abrir la boca, su cuerpo rígido por el impacto. Desde entonces va al Zattere todos los días a la misma hora, imagina un encuentro con Pound, imagina que se anima a hablarle de la gloria de sus *Cantos*, pero lo descarta. El sufrimiento o la herida que encierra ese silencio son demasiado pesados para él; no podría hablarle de su poesía y mirarlo a los ojos sin quebrarse. El viejo Ezra parece de cien años, ha dejado atrás el pensamiento fútil de lo que pudo haber sido. Sostiene con un último esfuerzo ese cuerpo dolorido, él ya no quiere volver al mundo.

El lenguaje había sido la patria de Pound, cuando se abandonó se había dado a encontrar la patria en Venecia.

Desde el Zattere papá puede ver la Giudecca y el Redentore. También sigue a Pound en las visitas a San Trovaso, Santa Maria della Visitazioni, los Gesuati, y Santa Maria dei Miracoli. En las primeras horas del amanecer emprende su caminata por las calles vacías; adora ese silencio solo interrumpido por el sonido de pasos lejanos que atraviesan cualquier distancia. Acallado el rumor de las voces, le gusta ver una serie desde más lejos, apreciar la perspectiva de la línea del Palazzo Ducale y, detenerse a metros de la Porta della Carta para fijarse en la fisonomía de los coronamentos; los pórticos y los

campaniles no muestran solo los rasgos y los detalles de los relieves sino un plan dedicado a esa ciudad. Los arcos, los frentes, los mosaicos y las fachadas y sus múltiples representaciones y restauraciones.

Durante el día, entre horas de lectura recorre las calles sorteando turistas como un hombre invisible. Llega a los canales menos transitados, donde lo envuelven los olores y los ritmos lóbregos y sus pulsos. La hediondez no puede ser encubierta, ¿de dónde viene? Si se tiñeran las aguas el efecto del color duraría cinco minutos. Se convive con lo fúnebre y lo podrido desde hace siglos, sin embargo, la ciudad construida sobre pilotes de pino del Venetto, al mismo tiempo que se hunde, resiste. Irredenta. La caída templada por sus adoradores (el paganismo sigue comprando ídolos).

Papá siente un momento de placer entre el descubrimiento y el descanso de la retina ante lo conocido, el sosiego; el silencio inmenso y la puntualidad de la frecuencia de las voces o de los pasos que aparecen desde alguna esquina y mueren en el próximo desvío, como olas que alcanzan una altura natural y se derrumban sin remedio.

Él no se proyectó hacia una dimensión magnífica. Mucho más joven se había conmocionado con la Segunda Guerra Mundial; conocía los límites naturales de un mundo desquiciado y armó un paraíso terrestre pequeño, y también un infierno.

El tío de papá no había tenido hijos, tal vez lo había pensado pero seguro que no lo había deseado. A los treinta y cinco años era un cínico, un Diógenes que sabía templar la expectativa con las personas y las cosas, nada lo hacía sufrir, no dejaba que nada lo sujetara. No sé cuántas veces se casó pero me juego la cabeza a que nunca salió malherido. Tan especial era que no necesitaba a nadie. Papá en cambio, escribía, dependía de esa necesidad de entender, de expresar por escrito, de encontrar la palabra justa, y no tenía miedo de hablar de amor a través de cartas, de los sentimientos, cuando lo sentía imprescindible, porque mucho peor sería haber callado, cuidarse, reservarse, preservarse, guardarse para uno. Venía de una familia de parcos. No le interesaba ser extravertido, no hacía bandera, cuando exageraba era el humor su bendición. Desconfiar de los que hablan demasiado, decía, de los que se autopromueven, de los fanáticos, de los hiperultraexpresivos. Los que necesitan poner todo en palabras terminan sofocando aquello que están vendiendo, necesitan que quede claro y no se dan cuenta de que lo vacían de vida. (Quieren expresar una idea, o un sentimiento que termina siendo un concepto, creen que los conmueve.) Nunca servil.

Las cartas de papá eran increíbles. Una precisión en cada frase, eran perfectas como si las hubiera concebido enteras en su cabeza primero y solo hubiera tenido que desplegarlas en el papel con esa

letra inconfundible, que él había imitado de su tío y yo había imitado de él; rasgos claros, agudos, levemente inclinados hacia la derecha, una caligrafía que decía sí. El movimiento de la mano era lento, concentrado, ningún garabato o gesto indescifrable para que el lector entrara en el clima y se dejara aprisionar por una cierta intensidad y varias certezas; eso estaba ahí, escrito, como prueba de la importancia de la gravitación que esa relación, el desarrollo de un pensamiento sobre los hijos, de él como hombre y como padre que nunca había aspirado a la perfección. Un padre es alguien que no está unido a uno, si él no elige o tiende a acercarse, uno puede caminar a su lado a una cierta distancia sin encimarse ni ser un extraño, o aceptar que él sea ajeno en nuestro universo. Las ausencias de un padre son mucho más soportables que las de una madre. El padre tantas veces es el ausente el ignorante el ensimismado el alienado del amor familiar, el prescindente del calor familiar. Nos acostumbramos a que no pensara en nosotros. La espera no significa que el otro se entere de que uno espera.

La expresión era algo en lo que buscaba el tono exacto, y esa manifestación a veces era exaltada e intensa y otras sobria, pero siempre justa, al corazón.

Las palabras nunca eran huecas, él creaba su propio lenguaje, reconocible en la primera frase. Porque él escribía tan bien habíamos nosotros rehuido la réplica —ni reforzar ni escalar— respetando o guardando ese lugar para él (o su intensidad era tan microscópica y certera que salir a hacer un contrapunto hubiera sido creer demasiado). Ya creíamos demasiado en las palabras. Uno leía sus cartas y las dejaba ahí, como piezas literarias, no nos encabalgábamos en una respuesta ni en la misma pasión, claridad o confidencia (confesiones). La suspensión de la incredulidad estaba garantizada de antemano. Entrar en la zona de la ficción, del «hacer ver», habría sido una exageración, no nos agrandábamos tanto ni nos teníamos tanta confianza; así quedaba de su lado y no reforzábamos —replicar es hacer una copia—. A veces se prendían fuego. La combustión, la ignición es algo que siempre asociaré con él.

En eso encontraba una gran correspondencia: esa capacidad para el soliloquio, que creaba un mundo que eludía ser refrendado o disputado. Pero desde sus cuadernos y desde sus libros, que con su muerte me quedaron a mí y, cuando meses después pude abrirlos, los descubrí anotados en los márgenes, con su letra precisa llenaba las páginas blancas del final y el colofón; se leían como carnets o diarios o reescrituras.

Pensaba y escribía y se lo pasaba a otro, dirigía y abandonaba, pasaba a otra cosa, no rumiaba ni se ensimismaba.

Nunca se dispersaba, la concentración no se forzaba. Enfocaba,

restringía el cuadro y se dedicaba solo a eso, nada más en el mundo era importante. Como cuando a mis ocho o diez años me desenredaba una «galleta» en los días de pesca en el Sur, en aquellos momentos de intimidad profunda y de entusiasmo silencioso en la enseñanza no solo de una técnica. En un minuto cualquiera el hilo de nylon se había enredado de una manera insólita y yo me desesperaba y abandonaba enseguida y él, sin proferir queja ni medio reto, con sus dedos finos y una paciencia sin tiempo, lo domaba; esa mínima interrupción era parte de la condición material y ahí estaba la cuchara lanzada fresca al agua como si no se hubiera desperdiciado ni un segundo.

Y qué podría ser esa relación del padre con la hija preadolescente cuando compartían todos esos kilómetros de ida y de vuelta, al emprender los viajes con un destino preciso aunque sin desconocer que en la lenta engullida del camino se iba siendo, ellos, el camino, la adversidad, el cartel, la lejanía, el árbol, la liebre, el zorro, la comadreja, el contratiempo, la demora, la vertiente, la vigilia, el remolino. Reseros. Avispas, bellotas, rosadas, nenúfares, rosquillas, castaños, osos hormigueros, líquenes, lava, rocas volcánicas. Raíces. Reservas. Iban contando las versiones de las historias familiares, una línea materna arborescente, con cantidad de primos, tíos, un oído fino para las voces y los acentos, las intenciones. Una línea paterna más compleja, de seres solitarios y prescindentes —y el que no lo era no sobrevivía, literal—, silenciosos, de los que no se esforzaban en ocupar un espacio porque se les daba de forma natural aunque nunca dijeran nada de más, que se hacían notar hasta en su ausencia porque hablaban solo cuando tenían algo para decir. Las versiones se contrastaban, se adornaban, aumentaban o adelgazaban según la memoria y la imaginación. La procedencia, la genealogía. Iban reconstruyendo esas historias tratando de ser fieles a la información, a los hechos consignados por alguien, las referencias. Eran horas livianas, se divertían, y se acordaban de algún chiste y la risa contagiosa, cantarina de ella rebotaba en la suave de él; de pronto sobrevenía un silencio, el padre concentrado en la ruta durante un tiempo imprecisable, y las historias se retomaban como si nunca se hubieran interrumpido o se abandonaban. Seguían livianos.

El linaje tenía que ver con una forma de ser y de estar en la vida. Estar y ser compartían una armonía, un ser estoico, que no implicaba ideales, una lúcida aceptación de las limitaciones, de aquello que no se puede cambiar (no se admitía la queja), conciencia de lo que nos excede, falta de pretenciosidad, y sin embargo una cierta inevitable nostalgia de absoluto que se elevaba sobre lo tangible y concreto. Se abría un panorama en la mirada ampliada que se extendía hacia lo infinito desconocido, y también una esfera que nos trasciende. Tener todo el encuadre y al mismo tiempo hacer foco en un fotograma. La

mirada estrábica que no reclama control. Se pueden ver las cosas como circunstancias enrarecidas o como parte de un proceso natural sin ser un sobreadaptado. Mirar la vida, observarla como un entomólogo o un dedicado al birdwatching; observar en silencio cada instante, el mínimo aleteo; conocerla hasta lo posible mientras se intenta ser parte de ella. Así como otros relevan el mínimo desplazamiento de cada estrella.

El que miraba era él, encuadraba y marcaba la vista, y si uno no entraba en ese cuadro porque él no lo incluía, la vida se transitaba como un suspiro leve y muy acotado. Estar afuera de cuadro era estar condenado a una existencia anémica.

Pound sabía que si quería dejar una marca tenía que estar en el centro del huracán que él alentó en Londres. Mantuvo el fuego vivo como un inagotable director de orquesta hasta el final de la guerra, sosteniendo una posibilidad de resistencia ciega; pero Londres se transformó en un lugar de muerte donde no se enterraba nada, los cadáveres eran los fantasmas que imponían sus soliloquios involuntarios y se adueñaban del ánimo, y él creyó que en París su camino futuro se iluminaría con otra vitalidad.

***

Las cartas llegaban de todos lados con insistencia. Dejaba un registro de lo que veía y pensaba. No le importaba qué hacíamos con esas cartas, no era partidario de la acumulación. Pound había muerto y él se dedicó a rastrear los lugares en los que había vivido en Italia: Merano, Rapallo, el castillo de Brumberg de su hija Maria y el barón de Rachewiltz, París, Londres. Hizo el camino inverso en busca de los lugares en los que vivió, los bares o las cuadras, porque Pound se había alejado del movimiento incesante de las grandes ciudades, las había despreciado.

Papá, que había trabajado con ingleses y se había pasado cada año un mes en Londres en su época de empresario, sentía una afinidad natural con su temperamento y admiraba la audacia de Pound al irrumpir en la escena literaria inglesa sin someterse a sus códigos estrictos, sin camaleonizarse ni un segundo, como un disolvente que venía a romper una tradición asentada y a generar un cambio, un movimiento. Londres era un lugar en el que a pesar de sus convenciones y formas tan arraigadas y respetadas se percibía la avidez de abrirse a nuevas expresiones artísticas o a la experimentación, a lo excéntrico. También era parte de su naturaleza

ser abierto a lo otro, la tolerancia era parte de la educación, y eso no significaba que fueran a incorporarlo, iban a estudiarlo, a considerarlo (con escepticismo o ironía o flexibilidad), a tolerarlo. Desde la insularidad más persistente y el espíritu conquistador siempre habían sabido que existía otro. Pero que un americano de Idaho viniera a decirles cómo eran las cosas… con ese exceso de confianza, autoridad, desfachatez, arrogancia. Impensable. Pound se vestía con sacos rosas, botones de vidrio azules, pantalones verdes brillantes; usaba un bastón liviano sin mango que manejaba como un Maverick y pince-nez prominentes; su voz y su mirada perforaban las zonas áureas con un exceso de intención, ¡pura pose! (aunque detrás de eso había mucho a develar) y para los ingleses, aunque se tratara de los hombres mejor vestidos del mundo en una vida elegantemente frívola, la vanidad era introvertida, nunca la ropa los llevaba por delante.

Al reconstruir los recorridos y movimientos de Pound, papá se armaba un mapa, una cartografía de sus intereses y desvelos. En Londres, Kensington, 10 Church Walk, rozando Holland Park, muy cerca de donde vivía Ford Maddox Hueffer y *The English Review*; el Café Royal o el Tour Eiffel, donde T. H. Hulme organizaba sus subversivas tenidas; The Rebel Arts Centre de Windham Lewis en Great Ormond Street, donde Pound dio la conferencia sobre Imagismo y el poema corto y la superación por el Vorticismo.

En París, el Studio en Notre Dame des Champs, Shakespeare & Company en la rue Dupuytren y en l'Odeon. En Rapallo, Sant'Ambrogio.

También yo recurrí al rastreo de huellas y notas para la reconstrucción de todo esto en sus cuadernos y sus libros. No hay referencias a los hijos, a ninguno de nosotros, nada parecido a las reflexiones de las cartas que nos escribió y mandó en sobres sin remitente durante los primeros años de ausencia no anunciada. En los márgenes anota y conversa consigo mismo. Un hombre sumido en una idea fija como un tipo de droga; todos sus sentidos, su cuerpo y su cabeza puestos en esa obsesión:

«Cómo alguien puede, como Pound, en lenguaje y forma, estar adelantado a la vanguardia, y en lo social, económico y político es tan retrógado como el Zar? Con esa cabeza…»

«Escribe E.P. en 1913: Si el verbo se usa en pretérito no hay mucho que se pueda decir sobre el asunto. El artista siempre está comenzando. Toda obra de arte que no es un comienzo, una invención, un descubrimiento, tiene poco valor. La misma palabra Troubadour significa descubridor.»

«Yeats lo llamó el simplote revolucionario.» «No puede ser juzgado por otros que no sean sus pares.» «En el ABC of Economics: to eat or not to eat.»

«La máquina de escribir le daba la precisión de los espacios, la respiración, las pausas, las suspensiones entre sílabas. Escucha la imagen y el sonido mientras escribe y teclea.»

«En los Pisanos encuentra una forma extrema: desde su celda ve unos pájaros parados en un cable, los oye cantar y los introduce en el canto 75 reproduciendo las notas en contrapunto.»

«Los ideogramas chinos, como un relámpago, un pasaje de sujeto a objeto, dos o más bloques de ideas puestos en presencia simultánea, precipitan un juego de relaciones primeras, únicas, lejos de la secuencia lógica, principio organizador de los Cantos. Los caracteres chinos de Fenollosa podían dar vida a las cosas a través de signos, grafías.»

«La relación con Mallarmé en la fragmentación de la idea estética en imágenes alotrópicas y en las estructuras musicales como inspiración; el contrapunto prosódico. Pero E.P. sin abstracciones, definiciones exactas. Compara los Cantos a la fuga. Energía y densidad.»

«Yo, que conocí a los ingleses bien, puedo imaginar la irritación y el fastidio que debe haber producido un personaje que buscaba llamar la atención. Desechaba lo convencional y establecido, era revulsivo y molesto y quería ser apreciado; creía que lo nuevo desalojaba a lo viejo, el mundo estaba cambiando más en diez años que lo que había cambiado en un siglo. Siempre una versión superadora encabalgada en el progreso. Los más conservadores lo descalificaron con una palabra: charlatán.»

«Paideuma, en el sentido que le da Frobenius. Mientras se tiene paideuma se tiene fuerza creadora. Y stamina. Un organismo vivo. Influyó en las teorías de Spengler. Pound es un héroe porque da la vida por un movimiento que él creyó pondría a la cultura por sobre todas las cosas, la concebía como un ser viviente, no perecedero; clama contra un sistema que devoraba al hombre.»

«La trascendencia en relación a lo religioso, la trascendencia a partir del arte/con el arte.» «Algo sustancial que pudiera mantenerse frente a/contra los fragmentos resquebrajados de la civilización contemporánea.»

«Se obsesiona por cómo leer, contra qué leer, cuáles son los buenos textos. Sin embargo hubo un momento en que paró y se restringió en sus lecturas, se limitó a lo que ya conocía, no siguió buscando en otros.»

«Acontecimiento-presencia-singularidad sin repetición posible-temporalidad-historicidad.»

«Confucius. Traccionar en la renovación.»

«Confucius. Traccionar en la lengua.»

«Confucius. Traccionar en la sintaxis.»

«Confucius. Traccionar en la forma.»

«El lenguaje como piedra o arcilla.»

«Paideuma: No puedo ver ahora, como no he podido verlo en ningún momento de los últimos treinta años, que el Tonkunst (arte del sonido) alemán en poesía haya avanzado o haya mantenido su temprano arte-del-verso.»

«Paideuma: lo mismo que en inglés hay un bajón tremendo después de Rochester, que ya está declinando, en Alemania lo hay después de Hans Sachs. Y no se sale de esos bajones con un Tennyson o un Rilke.» Aclaración de papá más abajo: «Hans Sachs, poeta alemán de 1540». «Sin una técnica rigurosa, no hay renacimiento. No digo que la técnica sea suficiente, o que los esfuerzos de un Bártok por renovar la técnica sean suficientes, pero sin una rigurosa puesta a punto de la técnica y sin rigurosas exigencias en cuanto a la técnica no hay renacimiento.»

«No pueden hablar de la guerra, el dolor y la incredulidad son tan profundos que no logran ponerlos en palabras, la crueldad y el sinsentido los han acribillado y la vida que resta es la que prueba si esas heridas fueron fatales o pueden restañarse. Y el arte, la lengua, no venía a salvarlos, no los liberaba. Tal vez Pound no pudo sobreponerse a esto.»

«El cansancio y el hecho de la guerra ya están allí en los cantos de Tsao, *Odas I*, 15. Hace 3000 años los poetas chinos eran conscientes de la inexpresable pesadez de la guerra. El agudo filo de la caballería es algo definitivamente distinto del cansancio de chapotear en el barro, estación tras estación. Pound en Paideuma.»

«El concepto de patria pesaba. ¿Cuál era la patria para Pound? Era la lengua.»

«Quiere contar la historia del mundo pero la poesía como creación pura, no como representación.» «El lenguaje es una cartografía, él buscaba modificarla.»

***

El de Venecia sí fue un viaje de investigación como etnógrafo de Pound y de San Servolo, un loquero que papá quiso conocer para acercarse más a la experiencia de Pound en St. Elizabeths, la del encierro y la del sufrimiento psíquico constante. San Servolo absorbió a papá en un atrapamiento y una admiración dedicada; era un psiquiátrico modelo, solo para hombres. En esos años la psiquiatría reinaba sin discusión, las rebeldías y rebeliones estallaban a reventarlo todo —arrebataban los horizontes para exacerbarlos—, pero así como

estallaban se reprimían y se sofocaban bajo el peso de la farmacología para rinocerontes. La violencia se mordía el labio para no vociferar en las prácticas cotidianas. En 1725 San Servolo había sido organizado como hogar para «deficientes mentales» exclusivamente de familias nobles (los indigentes eran abandonados o encarcelados), pero hacia fin del siglo Napoleón había abierto el asilo a todos, sin discriminar origen ni procedencia.

Papá había flipado con lo que Lévi-Strauss transmitió de su experiencia en el interior de Brasil con las tribus de indios nómadas nambikwaras, asesinos de misioneros; los tupi-kawahibs; los bororos y los caduceos, que hacían escultura abstracta y pintaban. Lévi-Strauss había sido el último moderno y el primer posmoderno, acusado de individualista extremo y a veces solipsista, nunca se dejó seducir por ningún poder, combatió el relativismo cultural por reduccionista, impreciso y pobre. Aunque siempre había elegido el estudio de comunidades antiguas y evitado lo contemporáneo, tampoco se privó de expresar su aversión a los viajeros exploradores porque la mayoría de sus observaciones eran triviales y epidérmicas. Fue la inspiración de papá. El pensamiento salvaje era el no racional, el que no tenía en vista el rendimiento económico. Papá emprendió su indagación y libró el combate a su modo. La investigación sobre Pound y el modernismo y la que acomete en San Servolo las consigna en sus cuadernos como una concepción de la situación humana y una sensibilidad, la idea de sufrimiento mental, de dominio sobre los otros, las formas de control, de fuerza y debilidad: «la derrota de la crueldad», «un grupo de personas angélicas organizan una vida de encierro como garantía de protección contienen y aplacan los desbordes excesivos que pueden dañar a otros y a sí mismos». Papá anota con un encabezamiento en mayúsculas y reforzado con birome varias veces sobre los mismos trazos, como si fuera un lema a no olvidar:

NUNCA UN COLECCIONISTA DE EXOTISMOS,
NUNCA ESTETIZAR LO OBSERVADO

Quiere ver, anotar, y de esa conjunción o relación poder pensar con la máxima libertad, no está queriendo probar nada ni comunicar el fruto de la exploración, quiere revelar(se) el enigma que encierra ese asilo de locos.

Papá anota que los locos no eran ánimas en pena, no percibía la tortura mental ni el exceso de fatiga que lleva a la pérdida de la conciencia o del filo; él había sospechado del encierro modelo, más bien imaginaba un lugar donde la quietud se pareciera a la aparente tranquilidad de los sepulcros; sin embargo no los veía dopados por dosis frenéticas de antipsicóticos, más bien lo sorprendía la percepción de un deseo que circulaba entre los solapamientos del adentro y del

afuera, caras expresivas atribuladas, conteniendo o moderando la aprensión o el miedo, ninguno le pareció el estereotipo del demente. Ni el aire mortífero. Papá tenía que atravesar esa claridad rampante que rechazaba la clasificación como conocimiento. Había oído del esteticismo mortífero de cierta antropología. Tampoco quería convertir la degradación del recluido y aislado como un preso peligroso en materia de contemplación.

Anota la entrevista a tres médicos psiquiatras y el relato es elocuente; lo sorprenden «los matices», los llama «variaciones de la ferocidad» a la que están atendiendo, sin arrebatarles «los tonos de una paleta diversa». Los organizan por secciones de acuerdo a los riesgos de las patologías y los van rotando de sector y de piso para evitar el rigor, la rigidez o el agarrotamiento, para que dispongan de otras perspectivas. Accesos, no restricciones. Los interroga: ¿en cuánto tiempo recuperan la capacidad de reintegrarse, la condición de ciudadanos con una locura normal? Le dicen que la mayoría de los pacientes están internados de seis meses a un año. «Un lugar de una paz extraña. Cinco hectáreas frente a la laguna, a diez minutos de San Marco. El mar se ve desde todos los ángulos pero casi podrían ser parte de una colonia penal abandonada. O un barco. ¿Afectará algo a la demencia el exceso de abierto? ¿De cielo de mar de infinito sin límites? ¿Podrán armar sus mitologías desde estas ventanas? ¿Un cuadro completo de seres en el mundo? ¿Tendrán un diagnóstico clarividente, una visión profética? ¿Sabrán en tierra firme recuperar su identidad, administrar su propia locura, ser soberanos? ¿Dicen la verdad los médicos?»

Al asomarme a estas anotaciones de papá me embistió, con la misma fuerza de un vómito imparable, la imagen de un psiquiátrico de mujeres que lindaba con el patio del colegio en Belgrano R en el que cursé la primaria; me veo difusa actuando algún juego al que consiento mientras mi ojo se escabulle al rabillo, no puede dejar de espiar, se desvía hacia las ventanas con barrotes de las mujeres que miran enajenadas la actividad de un recreo de niñas de uniforme que eluden el dolor de todos los modos posibles y nunca se animarían al desborde, a hacerse un tajo para ver brotar la sangre real o desgarrar un alarido desesperado. El terror a la represión liberada, al exceso de lo escondido-suprimido para la sociedad.

Páginas y cuadernos enteros de San Servolo y las relaciones que hacía papá entre la domesticación, los bordes borroneados, las delgadas líneas que separan fronteras inexistentes que se inventan, pergeñan o disponen para generar un encuadre o un alivio. Sondeaba esa otra forma de estar en el mundo: «una manera de segmentar lo que nos excede y no se deja dominar por el conocimiento; la tensión

entre la curiosidad o el interés y la resistencia de lo otro de ser observado, gastado; la erosión inevitable ¿cercenadora, invasora? sobre el objeto analizado». «Gestionar la locura: un trabajo burocrático más.»

Y casos, con nombre y también algún rasgo fisionómico o de manera de estar, de imaginar o de vocalizar. «El confinamiento cambia de signo: la alienación parece ofrecerles una pertenencia a una tribu.»

Cuando murió Pound, papá sintió que no podía alejarse de las huellas que había dejado en Venecia, y se refugió en San Servolo. No le retacearon la información, con una libertad enorme se enfrascó en los protocolos, las clasificaciones, los registros minuciosos. Pudo ver las fotos que retrataban la rutina y la actividad desde principio de siglo (con algunos saltos en la cronología): el lugar elegido era el parque; caminando por los senderos de manera casual o sentados en los bancos, los locos no se mostraban en acting, alucinación, pena o desgracia, algunos medio desastrados, todos miraban a cámara, a aquel ojo anónimo y extraño que iba a registrar su existencia o su demencia ¿ajenos al objetivo del prontuario? Hasta se hubiera animado a compararlas con las fotos de los paseantes de las Tullerías o del Luxembourg de la misma época. El sentido de las palabras de papá aparece deformado. Habla de aislamiento y escribe asilamiento.

Recorría las cuatro hectáreas y dialogaba con el que estaba apartado, en un banco, bajo un árbol, sobre el pasto. Ese que a veces tenía ganas de hablar porque ya se había apartado y tal vez le gustaba que se apreciara su necesidad de expresión. No les saca fotos ni los filma.

Papá sentía que seguía un hilo, así como Pound había seguido el hilo de la cultura desde Homero y Dante hasta Gaudier-Brzeska, Brancusi, Joyce y Eliot, pasando por Genghis Khan, el Noh, Confucio y Lope, él, en este detalle, estas inscripciones anotaba sus hitos. Leo sus cuadernos con agitación al percibir lo que él registra «como un momento de inflexión para los alienados y marginados con una forma de trabajo superadora que conjuraba el disciplinamiento». Un crac grave, un traspié de su lucidez, el momento en que confunde bajón y entumecimiento con calma. Tiene anotado «San Clemente» pero no hay comentarios, nada más que un nombre. ¿Es posible que no hubiera ido a visitar el loquero de mujeres tan cerca de allí, donde las condiciones eran siniestras?

Se pregunta papá si de tanto visitar San Servolo —en algún momento incluso se le ocurrió pedir un cuarto para pernoctar como huésped ocasional— se puede contagiar o acostumbrarse a la locura, amansarla; no está exento del tabú social, se avergüenza pero enseguida: «Al lado de los locos me atempero, me apaciguo, me siento

menos loco».

El tiempo que pasó en San Servolo lo relata como una expansión en sus coordenadas, llena de iluminaciones, explosiones interiores intensas, hallazgos, vértigos. Él se preguntaba por qué estos locos no podían emprender sus vidas y usar San Servolo como un lugar de descanso.

Había sentido la tentación del confinamiento, allí se sentía alojado, y lo incitaba el desafío de modularlo como movimiento y reposo, sin perder de vista que ninguna fuerza le impediría salir de la isla (pero a los demás sí se lo impedirían, no podían irse con él a retomar otras vidas posibles). Otra manera de lindar con Pound y su experiencia del encierro y el desborde. Resonancias. Una consolación.

Faltaba poco para la desmanicomialización que pondría a Italia a la cabeza de la gran revolución antipsiquiátrica, con la eliminación de los loqueros.

Imagina a Pound en St. Elizabeths. Primero lo habían ubicado en Howard Hall, donde no había ventanas, solo mirillas en las puertas por las que se observaba y espiaba a los internados, a los médicos y a los enfermeros. Ese no era un loquero modelo, el desborde estéril e impotente reprimido hacia la nada. Veía a los baboseantes en camisas de fuerza vociferar su desesperación única, los gestos simiescos o humanos, embretados o bestiales, ¡daba igual!, una forma de cohabitación, compartían los espacios comunes y los desgañitamientos. Este encierro reabre la lesión de la jaula de Pisa, la jaula de la muerte, que casi lo quiebra del todo

> *Nor can who has passed a month in the death cells*
> *believe in capital punishment*
> *No man who has passed a month in the death cells*
> *believes in cages for beasts*

Recién dos años más tarde Dorothy logró que lo trasladaran a un pequeño cuarto propio en otro sector del manicomio con sudores y olores nauseabundos pero menos feroces, y el permiso para salir al parque. En una pequeña habitación con una ventana desde donde se veía la cúpula del Capitolio, tenía sus libros que se fueron acumulando en estantes, la máquina de escribir y una placa o pizarrón donde iba juntando material de todo tipo. Allí escribió veinticinco Cantos, tradujo dos obras de Sófocles (*Electra* y *Mujeres de Trachis*) y trescientos poemas de Confucio.

Papá se pregunta si Pound piensa en Sade en Charenton: si no escribe enloquece. La celda del hospicio repleta de sus libros; se cree

que se lo ha disciplinado, y tal vez sí, cuando sale el mundo le parece opaco, aburrido y triste. ¿El encierro habrá precipitado, habilitado la fundación de una lengua? También fueron trece años. Allí sí que se había desmoronado el sistema general de ilusión. ¿No había dicho Kafka que el hombre no era más que alguien en un cuarto dándose la cabeza contra una pared? En ese camino de impotencia y desprendimiento, el abismo del lenguaje se manifestaba en su materialidad, sin principio ni fin.

Cuando viajé a Venecia hace unos pocos años quise reconstruir ese mundo que había absorbido a mi padre de manera hipnótica, asomarme a aquello que lo había capturado y alejado de nosotros y del reino privilegiado que habíamos inventado en el Sur, que años más tarde yo atesoraría como esos recuerdos que no lograba discernir si habían sido reales o ensueños de la infancia, porque fallaba en dar con la correspondencia entre la intensidad de la memoria y el tiempo real en que habían transcurrido. También quise saber todo sobre Pound. Y visité San Servolo para encontrar otro rastro de nuestro padre, algo que todavía humeara, que él hubiera registrado y que después alguno de nosotros captó en su mirada o en su hacer.

Crucé la laguna en un vaporetto de la mañana; San Servolo se erigía a medio camino del Lido entre la bruma persistente que rodeaba la isla, pero ya no era más un loquero, se lo podía visitar como un lugar histórico, ofrecían visitas guiadas, una biblioteca, una iglesia, un Museo de la Locura (Museo della Follia), con distintos sectores que muestran la vida cotidiana del paciente: *Terapie, Contenzione, Ricerca, La sala anatomica, e il Laboratorio, Ambulatorio, Manufatti didattici, Malati-terapie, Malati (manufatti e produzioni), Mantenimento e alloggi, Farmacia storica del manicomio, con arredi e vasi ottocenteschi…*

> *E' stata anche allestita una sezione storica introduttiva nella quale verrà presentata la storia dell'isola e dei suoi ospedali e una saletta con fotografie e materiali multimediali del periodo manicomiale. I reperti esposti hanno lo scopo di mostrare l'evoluzione della disciplina e delle strutture psichiatriche dal primo internamento a San Servolo, nel 1725, fino alla chiusura dell'ospedale.*

De cada uno de los pacientes, un registro, fotografías, placas, documentos con las 40.000 historias clínicas que lo erigían como el mayor archivo de la locura en la Tierra.

También se había transformado en un centro multicultural y de restauración de obras de arte: desde las inundaciones de 1966 se lanzaron campañas para rescatar y conservar edificios, estatuas y

lienzos, el patrimonio esencial de Venecia, y allí se estableció el Colegio de Artesanía, centro de formación de artistas. Durante años convivieron con los locos. Conservaba un élan vital beatífico y ejemplar que papá transmitía en sus anotaciones en el tiempo en que el lugar activó su práctica y sus dispositivos a pleno.

En aquella exploración tan luminosa de su pensamiento, él jamás imaginó que muchos años después, en un momento de inflexión o de bifurcación cuasi definitiva que lo mandaba afuera del cuadro o del mundo tal como lo conocía, tendría su experiencia personal, involuntaria, en el Borda, en la calle Ramón Carrillo, de Barracas, al sur de Buenos Aires. Ni *Una noche en la ópera* ni *Una noche en el museo*… Una noche en el Borda. Esa fue su película real tenebrosa sin testigos. El hijo de puta no pagaba las cuotas de su medicina prepaga y la administración del sanatorio de Palermo Chico al que ingresó como paciente privado nos ubicó para que nos hiciéramos cargo: no le encontraban ningún mal físico pero teníamos que encarar una factura de miles de pesos por unos días de soliloquio desbordado delirante. Brote psicótico, un supuesto estado de cosas, lo que se llama un diagnóstico, en dos sintagmas. No lo veíamos hacía quince años, pero lo reconocimos enseguida. Creíamos que habíamos desarmado el resentimiento pero la sorpresa nos barajó en el aire y nos fue imposible lidiar con ese desquicio, ¿para enfrentar una internación, un «tratamiento»? Un par de médicos de confianza nos recomendaron la guardia psiquiátrica del Borda sin que pudiéramos chequear la piel gruesa de calidad que hacía falta en ese purgatorio. Otra que la Giudecca…

Qué pasó esa noche —una noche entera— entre seres seguramente mucho más desquiciados que él, entregado por sus hijos a la severidad de un cuerpo médico que mostraba solo un procedimiento, una cierta efectividad. Entonces supe que un hospital público no tiene necesidad de investir su quehacer de ningún rasgo humano sensible. Cuando después de una noche en vela recuperamos la lucidez, fuimos a rescatarlo a primera hora de la mañana, cruzamos la ciudad, la 9 de Julio… *Au sécours!* Rápido rápido, lo más rápido posible, con el temor de llegar tarde a una catástrofe… O a que nos dijeran que había muerto. Pero no: él se había ¡escapado…! Sorteando toda previsión. A pesar de que lo habíamos dejado inconsciente con medicación y abandonado al control del lugar, había logrado zafar de las correas del chaleco de fuerza y de la «seguridad» y había llegado hasta Parque Patricios, al hospital Penna. ¿Cómo supo que ese no era un psiquiátrico, una institución que no lo encerraría? Cuando llegamos al Borda, preguntamos por él y nos dijeron «se escapó», un instante de máximo alivio, la carcajada nos confirmó al cabrón libertario, pero ¿dónde estaba? Tal vez escondiéndose de todos, aterrado de nosotros,

con el instinto intacto para seguir huyendo. La habilidad de sus dedos finos y el foco concentrado y terco que deshacía las galletas del hilo de nylon en el Limay habían triunfado sobre los nudos apretados cinchados de las tiras de algodón del chaleco de fuerza. La paciencia de un preso. Cuando lo encontramos en la guardia del Penna no nos reconoció, apenas sabía lo que pasaba, ya no deliraba; lo abracé para protegerlo de nuestra monstruosidad y de sí mismo, y celebré su instinto de vida.

Un extraño, alguien del que desconocía casi todo.

Cuando volvíamos del Borda a depositarlo en una clínica psiquiátrica privada de modales amabilísimos y mullidas moquettes que intentaban distraer de la visión de los barrotes (blancos) en todas las ventanas, no dejé de pensar en que él no capitulaba; era un resistente, un salvajón. Siempre volvía de la locura y los excesos, y aunque muchos se desangraran al costado del camino, él seguía; podíamos imaginar que por su persistencia en transitar un borde muy fino terminaría en una zanja, pero no, siempre llegaba a su cama.

En ese tiempo final en el que yo me preguntaba cuándo muere de verdad una persona, me contó de sus viajes, sus partidas y llegadas, como una forma de mantener una conversación, un relato, una épica, una leyenda, su mitología personal; a veces avizorábamos el pasado, los años en los que habíamos anudado sin esfuerzo el núcleo duro de un entendimiento.

Su ausencia y su silencio habían dejado un hueco que no se había llenado con nada. Todos habíamos aprendido a vivir con el hueco. Él nunca debería haber tenido hijos, dijo, pero tampoco se arrepentía; allí estábamos, dando brazadas a partir de pulsiones propias logrando una forma u otra, más o menos fallidas, más o menos certeras. Su deseo, su curiosidad, siempre habían sido más importantes que nada, él estaba primero, en eso él no mentía. Creía que sabía de Pound más que nadie en el mundo, y que había logrado entender la locura del antisemitismo, algo complejo, porque se lo asociaba a la derecha iluminada pero también era una locura en la que caía la izquierda. Había intentado entender la locura (eso me pareció un exceso pretencioso). Sin sutilezas, eludía la inestabilidad como un estorbo, una molestia muy poco interesante como para darle entidad, algo natural a lo que hay que acostumbrarse, integrarlo, incorporarlo. El tema era la caída libre. Caer en la locura.

¿Cuántas formas hay de nombrar los procesos de deterioro, cuánto puede durar una caída? Paracaídas, parasubidas. Un derrumbe, un desmoronamiento, un descenso en torrente. Cuándo empieza la muerte su larga agonía. Un espíritu. Un fantasma. Los muertos que no terminan de morir.

Pensaba en su tío y las mil anécdotas como personaje extravagante

y frío, y el recuerdo le llegaba con la gracia tenue de una anécdota lejana. En Vermont, cuando un profesor de ski encandiló a su esposa sueca, sin levantar una ceja, él lo invitó diez días a su departamento en París y el atractivo del esquiador se desinfló en cuanto pisó la ciudad; así, a montones. Papá no podía volver al mundo destinado para él, no le quedó otra que romper con las convenciones que estaban programadas sin necesidad de reglamento. Volver lo habría obligado a una violencia, a una ruptura explícita mayor más dolorosa. Prefería evitar las confrontaciones estériles. Lo que no asume palabras admite versiones diversas, múltiples, que pueden ir reescribiéndose y alterándose con el tiempo, y finalmente no habría una única, auténtica, buena explicación o razón. No sentía ningún riesgo ni desvelo en aquellos desafíos de los negocios, solo la mirada de los demás sobre él, la aprobación o la mediocridad. Y continuar el legado de su tío, un excéntrico exitoso, no lo atraía; triunfos iguales a tantos otros, medibles, cuantificables en cifras, réplicas de réplicas parecidas a las que se reproducen en todas partes del mundo, todos sinónimos de la muerte. Su investigación de etnógrafo lo conectaba con su mirada, con su afán más íntimo de lo máximo y lo mínimo, de dar con algo que tal vez no hubiera sido descubierto o dicho, invisible hasta ahora, siempre efímero y fugitivo; inscribir en algún lugar un movimiento infinito que pudiera ser tomado por otro. Se fue quedando.

Papá no era un melancólico, no temía a la nostalgia al recordar los días del Sur, cuando arrancábamos temprano y preferíamos no hablar, se trataba de seguir la consecución de todos los pequeños detalles que nos hacían felices. La versatilidad de la mirada y la entonación; no tener que aclarar los tantos y los menos cada vez, sino ampliar la perspectiva.

Ahí, el gran mundo. Conocido y calibrado desde la existencia que llevamos, creamos una farsa a la medida de nuestras infames posibilidades. *Are we really players?* Players, papá fumaba Players, no John Players Special, eso vino después. Papá fue un player pero después perdió todo, en un derrumbe lento y socavón. El mismo proceso de demolición del que escribió Fitzgerald (y en el que también entra Pound). ¿Cuál fue el momento en que se rajó el plato? ¿Cuál el primer golpe que no hizo ruido ni se sintió pero disparó la lenta desintegración? ¿Y todo eso qué? Ponerse en juego, como una forma de vida. Inevitablemente obligaba a los demás a no ser cobardes. Luminoso y brillante. Oscuro y destructivo. Sin nunca llegar a ser patético: evitó la desesperación (también disimuló la necesidad, naturalmente, sin deliberación). *Aloofness, that's my gig.*

Sigo las notas de papá y en Pound es fácil ubicar el momento de rajadura del plato en la muerte de Gaudier-Brzeska en la Gran Guerra,

absurda, imposible de asimilar. ¡También T. E. Hulme ofreció su vida ahí, tanto antes de tiempo! Es que se alistaban como si se tratara de un gesto de valentía, sin pensar que firmaban su acta de defunción. No tenían idea de la imposible gloria que encerraban las trincheras, de la inutilidad del sacrificio. El cuerpo a cuerpo cruento dejaba como resultado un Tratado de Versalles difícil de aceptar. Pound dijo que se pasaron los siguientes veinte años tratando de evitar la Segunda Guerra, toda una vida evitando la catástrofe ya sufrida, redoblada. Entumecidos, sin capacidad para pensar.

¿Cuál es la diferencia entre el fracaso y la derrota? Tener todas las palabras, todas las posibilidades de enunciación y de tono y no comunicar nada que dure un instante: esa ilusión-potencia asoma, se eleva apenas y se hunde. No hay rendición, hay revuelta. Hablar, tener un lenguaje y fracasar en la comunicación ya dispone a una incapacidad para desplegar nada.

Nunca me besaba o abrazaba efusivamente. Era así con las hijas mujeres. Me gustaba acompañarlo, caminar a su lado o andar en el auto y prender la radio, limpiar el parabrisas con la gamuza para que tuviéramos mejor visibilidad. Cuando manejaba no le gustaba conversar, prefería concentrarse en la ruta. Los movimientos eran siempre suaves, enfocados.

Y yo no irrumpía para llenar el vacío. Nunca me hubiera dado tanta importancia… ¿Una cierta distancia o una cierta proximidad? ¿Cómo definirlo? Nos gustaban los silencios en los que sentíamos que todo estaba bien. Íbamos a pescar con Paul Cieder Torres, Pablín lo llamaba papá al «gallego» que era de Pamplona, el taita, profesor de pesca con mosca, combatiente en la Guerra Civil y aventurero —hasta creo que también había sido actor—; siempre andaba con un sombrero de ala corta, se notaba que había sido muy buen mozo: su cara curtida y de rasgos perfectos tenía cantidad de pequeñas cicatrices, fruto de las quemaduras que había sufrido en un accidente de avión que se incendió al sobrevolar el Amazonas. Solo tres únicos sobrevivientes. Sería la última de la serie de peripecias inverosímiles que lo habían llevado desde el sur de España al Kilimanjaro y de ahí a América. Se salvó y puso fin a la intrepidez: recaló en el sur argentino y allí se quedó hasta su muerte de un infarto en la bajada de la calle Quaglia, volviendo una noche cualquiera a la pensión en la que había vivido todos esos años argentinos, sin nostalgia.

Paul era Torres a secas para los demás. Era muy reservado y de muy mal carácter. Te decía las cosas una vez y más te valía que no lo olvidaras, los ojos azules te cortaban con una puteada muda y enseguida se dedicaba a otra cosa: no podía perder el tiempo con idiotas o con algún voraz amateur de la pesca con mosca en el río

Limay. Ese nombre, Limay, tiene la magia de los nombres que encierran un mundo secreto, para pocos. Solo aquellos que han tenido la suerte de la felicidad tan solo tirando la línea después de haber dado con un buen lugar —fueran días de pique o no—, contemplando el movimiento del agua, el color de las horas en sus reflejos, el atardecer en el Pedrero, la exacta boca del río, donde desemboca en el Nahuel Huapi y donde la tarde encuentra a la noche y los últimos tiros se demoran y se hacen largos y lentos contra el cielo rosa, el celeste profundo, el azul. Son cielos tan distintos. Entonces hoy yo sé que si digo río Limay y alguien me mira con los ojos brillantes, sé que di con un compinche que conoce mi secreto. Y no necesito decir ninguna palabra ni evocar ningún día.

Vamos en el auto y pareciera que solo pensás en el camino, jamás hacés una pregunta personal, como si una no tuviera una vida otra que esa que se comparte con vos y que conocés, por lo tanto, para qué preguntar acerca de ella. Si te lo reprochara seguramente dirías que se trata de una cuestión de respeto por la intimidad, de pudor, que así fuiste educado por una madre que se crió en la parquedad de la gente de campo, para ella hacían falta muy pocas palabras. Que no te gusta la gente que pregunta mucho, los metidos, que cuando la gente quiere contar cuenta, que no hace falta andar preguntando tanto. Si fuera así, ¿me animaría yo a contarte algo de mi vida personal? No me lo imagino, o sí, imagino mi relato aparentemente fluido, monocorde, y después silencio, tal vez vaciarías la pipa en el cenicero con un par de golpes secos y harías un comentario liviano, continuando alguna frase mía, o con el ánimo de no defraudarme te preguntarías qué esperaba yo que me dijeras, no querías decir nada de compromiso o salir del paso, tampoco querías forzarte a nada. Yo te observo y te observo y vos no te das cuenta. Observo tus manos —más bien delicadas para ser de hombre—, la forma de agarrar el volante, tu posición distendida, la distancia cómoda hasta los pedales, el cambio de velocidad acompañando el movimiento suave de la palanca. Y cuando estás tranquilo, sereno, recitás a Pound, tenés una capacidad increíble para memorizar estrofas complicadas que exigen modulaciones nuevas. No hablás de Pound con nadie pero recitás sus versos como él, mordiendo las palabras y con la voz embravecida, con la cadencia del trovador que atraviesa todos los tiempos y fuerza un reflejo donde la opacidad domina las visiones más prometedoras.

O prendés la radio, buscás una estación de tango que tenga buena frecuencia, si no, la apagás. Tango o Beethoven o Brahms o Bach, si no nada. Y si es tango y conocés la letra, la cantás, a media voz pero con fuerza, como un himno. Nunca preguntás si nos gusta lo que elegís, estar con vos siempre es a tu modo. El tango te conmueve, ¿qué será?

Es un misterio para mí. No hay en tu familia alguien que sea tanguero (tus amigos tampoco, así como nadie es fanático del fútbol como vos, al fútbol no lo alientan los clasudos). Es una música y una letra sin metáforas, esa expresión tan directa —no admite otra forma de ser contada— me choca y no te reconozco. No entiendo tu fervor por el tango, te liás con la genealogía de «la aristocracia arrabalera», vos, el taita. El que tiene «carpeta», le gustan la noche, el whisky y las putas pero no se droga. Y podés ceder el centro: sabés siempre reconocer cuando hay un personaje más cautivante.

Podés estar una y otra tarde en el Limay, con la fuerza del agua en ese paisaje agreste; la mosca, la línea, la caña, en silencio, en comunión con la piedra, la mosca, el río, el ciprés, el orden del campamento, las truchas, oyendo tan solo el movimiento leve de los sauces y los pájaros. El silencio. El curso del río, siempre misterioso, el viento que encrespa la cresta del agua y la agita o las corrientes cambian y está mucho más fuerte y empuja y hay que resistir y buscar una piedra grande, una flor de roca que nos proteja un poco del viento y nos asegure la estabilidad suficiente para maniobrar el cambio de mosca. El ruido de la corriente es un arrullo infinito, tranquilizador; y el tiempo todo el rato jugando su influencia. Del tiempo y del río, no hay más. No hay nada más.

El río es el gran personaje.

Íbamos con toda la ilusión de pasar un día en el río. Ir al Limay era ser una persona de suerte. Siempre estábamos dispuestos al encuentro, una trouvaille, la sorpresa. Algo que nos capturaba inesperadamente, a cada uno de nosotros de forma distinta, indecible. Puedo decir hoy que cada uno tenía su relación propia con ese lugar y eso no lo compartíamos, porque era algo muy íntimo, y al mismo tiempo sabíamos que estábamos ante algo especial y eso sí lo compartíamos. Nos gustaba no explicitarlo: nos abandonábamos. Lo que se producía, sin ninguna intervención nuestra, era suficiente. Nos sentíamos privilegiados por participar en ese festín único, una celebración emocionada. Estar ahí para repetir ese ritual sencillo y desprejuiciado; cuidadosos y atentos a la generosidad de lo que se ofrecía. ¡Eso sí era vivir!

El campamento era el reino de Pablín. Dirigía con escuetas indicaciones la mínima organización, y si más tarde nos encontrábamos ante alguna situación que no sabíamos resolver, por inexpertos, antes de preguntar y pasar por la humillación de no haber aprendido los recursos simples —por más leve que fuera—, conseguíamos imaginar cómo lo habría resuelto él. Papá lo secundaba, se ubicaba naturalmente en un segundo plano. Después de dar con un árbol grande y bastante frondoso donde dejábamos las mochilas y la

parrillita, armábamos las cañas; él nos había indicado el primer día la importancia del orden para garantizar una buena convivencia y del silencio para no ahuyentar a las truchas que a ciertas horas se acercaban a la superficie. Nos movíamos livianos y silenciosos, contagiados por él, un maestro. El ritual no perdía el carácter de la aventura, del deleite. El que lograba pescar una trucha esperaba y lo informaba a los demás sin exclamaciones, solo se trataba de avisar que el almuerzo estaba asegurado; el que estaba ubicado cerca notaba la excitación y el revuelo, típico de los amateurs, pero después seguía pescando, mientras el otro sacaba la trucha con éxito, le daba el golpe que la liquidaba, le quitaba el anzuelo y la dejaba a un costado de la canasta y las mochilas y después volvía al río, o no. Llevábamos una caja grande de telgopor con hielo para las bebidas y después del almuerzo, en los días de buen pique o de suerte, ahí íbamos poniendo las truchas para que aguantaran hasta la noche. No se trataba de pescar muchas truchas o cuántas, una para almorzar y una para llevar a casa eran suficientes (despreciábamos a los que medían la calidad de su jornada por la cantidad de bichos que agarraban). Éramos reyes.

A mí no me importaba nada pescar o no. Me divertía estar ahí, sostener la caña negra con ribetes mostaza (mi caña, la que papá había dispuesto para mí), estar bien parada en la corriente y hacer con suavidad y firmeza el movimientos de los brazos para deslizar el hilo y retenerlo apenas y al mismo tiempo tirar la mosca lejos, no caerme en ese impulso controlado, no tropezarme entre las piedras al cambiar de lugar con unos pasos laterales, estar atenta al movimiento del agua y de mi línea —tal vez viera una trucha desplazarse rápido para zafar de mi anzuelo—; no avanzar sobre el terreno del río que el otro había elegido para hacer sus tiros, mantener la distancia; oír el movimiento del agua y los árboles, los pájaros, sentir el calor del sol, ese paraíso agreste, indomesticado, cumplir una repetición, una ceremonia que incluye siempre lo imprevisible, el movimiento.

A las 5 de la tarde era la hora del nescafé un poco batido. Un breve descanso antes del rato fuerte del atardecer, cuando las truchas volvían a la superficie porque el agua ya estaba más fresca, el momento de cambiar de mosca porque cambiaba la luz. Y ese rato podía durar hasta la imposición de la noche. Yo ya había desarmado la caña y la había apoyado contra el árbol, en general apenas se levantaba un poco de viento me gustaba observar el movimiento irregular del río y me distraía con los bichos alrededor del campamento, las formas insólitas de las cortezas y de los árboles, las raíces, los pájaros, todo lo que nos mantenía en vilo.

Vamos a pescar. Unos amigos de papá, papá, un francés invitado por los amigos de papá. Ellos viven en el hotel que nosotros llamamos The

Shining, porque es enorme y se parece al de la película de Kubrick con Jack Nicholson y Shelley Duvall. Vienen con el picnic del hotel para el día de excursión, de pesca, de salida, en una valijita plástica que parece de juguete; la abrimos y ellos y yo miramos con curiosidad: hay dos huevos duros, dos manzanas, dos sándwiches de queso de pan negro, dos vasitos de plástico para tomar algo que no está en esa valijita. Mmm. Miro bruscamente hacia otro lado como si algo me hubiera distraído, no me gusta la hipocresía, no me gustan los fallutos. Me parece un poco ridículo que no puedan conseguirse un picnic mejor, ¡dos personas grandes y ricas! Es mucho menos que un picnic modesto… y seguramente no se trata de ascetismo o moderación.

Enseguida me pusieron un apodo cariñoso como si fuéramos íntimos y todo el día transcurrió gentilmente, deportivamente, como los ingleses, que no muestran jamás su costado competitivo, sin dejar traslucir la ansiedad, la frustración o la furia.

Él mentía con descaro, esa misma noche, a las pocas horas, decía que había pescado una de dos kilos y medio ¡y ninguna tenía más de 800 gramos; si habíamos estado todo el día juntos! Lo decía ahí, delante de nosotros… Qué presumido sin audacia. Y toda la puesta en escena: no la devolvía al río por pesar menos de un kilo. ¡Cretinos! Nadie me escuchó, nada de todo eso tenía la menor importancia.

A los dos días papá los invitó a comer a casa.

Papá se puso a hablar de un tal Jorge Atucha que había vivido en Nueva York y Washington varios años y había trabajado con él. Contó que el tal Jorge una noche en un night-club se había acercado al locutor y a los cinco minutos estaba al micrófono cantando tangos con una voz desconocida —la sonrisa amplia, los ojos entrecerrados—, con un gusto que todos aplaudieron extáticos. Algunos se pusieron de pie y se entrelazaron en algunos pasos. El amigo de papá escuchó sin atender a los detalles, su fatuidad lo hacía salirse de la vaina para agregar que sí, claro, a Jorgito le encantaba el tango, tenía una colección única y seguramente…

La gente se lo pasaba hablando de otros, de otras personas que llevaban consigo las mismas dudas e incertidumbres sobre el destino de todas esas preocupaciones. ¿Para qué? Embarullarse distraerse. Un arrullo constante. Algunas palabras pueden decir una cosa u otra, o tan solo ocupar un espacio vacío. A papá eso lo aburría, y lo desalentaba, pero mientras vivió en ese mundo de vez en cuando hacía concesiones.

Una de mis ocupaciones favoritas era mantener vivo el fuego de la chimenea. Me gustaba escuchar las conversaciones de manera disimulada, sin imponer mi presencia y, entre el chispeo de las piñas, usar las pinzas como cualquier asador mediocre. Estar atenta al atizador, la pala, la pinza y el chispero.

En cuanto se produjo el primer silencio siguieron con otra historia, la de un negocio en el que había participado un milico retirado antes del tiempo de la vergüenza nacional y el amigo de papá se ufanó de haber actuado de intermediario en las gestiones. Esos eran otro tipo de militares, dijo, los que jamás habrían condenado a la muerte o a la tortura a sus hermanos por no compartir un proyecto político. Menos aún sin un juicio previo. Esos militares no tenían ambiciones políticas, no usaban la carrera como escalera a un cielo para el que no habían sido destinados. Entendí que eran negocios en los que forzosamente debía intervenir el Ejército porque el hierro a explotar estaba en sus bases en la Patagonia. Eran militares que solo intervenían cuando era necesario, aclaró con un eco de solemnidad difusa. Pensé en la palabra necesidad y le miré los dientes amarfilados y pequeños, como los de leche, a través del bigote y el labio escueto. Papá se refirió a la sublevación de su tío contra un oficial en los años treinta y contó que se había tenido que escapar a Brasil para no ser encarcelado. Sus cielos eran otros.

En el comedor apareció la mucama con una fuente larguísima de madera, en clara exhibición de la trucha hecha a la parrilla, con manteca negra y alcaparras. No la habían descabezado y el lomo brillaba por la grasa de la manteca caliente; a través del cuero finito la carne rosada prometía unos bocados de gloria. La pregunta del amigo por el tamaño y el peso fue inevitable. «Y…», dijo papá distraído, «debe andar por los tres kilos. La teníamos congelada esperando una ocasión como esta». El amigo se mordió el labio y torció la boca pero no pudo evitar el comentario: «Nosotros nos cansamos de sacar de uno y medio, pero no pasan de eso. ¿A qué hora la sacaste a esta?» Mientras retiraba con cuidado la piel para no desperdiciar nada y descubría el cuerpo rosado, papá dijo: «Con la última luz, justo antes de que oscurezca, uno le da una última oportunidad al río».

Cuando se fueron, papá se rio como una comadreja.

Uno llegaba al Sur y había que estar preparado: se oía el silencio. Al apoyar el pie sobre la piedra o al hundirlo en el pasto, el cuerpo, siempre imperceptible en sus movimientos, ocupaba un espacio. La quietud parecía no quebrarse con nada. Éramos tan nuevos para nosotros mismos. Lo extático, la montaña que no se turba. En sus cuadernos sobre Pound papá escribe varias veces sobre el monte Taishan, al que Confucio se refería como sagrado y al que Pound invoca en sus *Cantos Pisanos*, como emblema del dominio de la naturaleza y porque desde su celda hacia el este ve una punta de los Apeninos y los ha rebautizado así, tal vez para también hacer pie ahí. Papá remarca que toma la enseñanza de Confucio sobre la armonía entre el espíritu y la naturaleza, como un arte a ejercitar. Y también la

impactante influencia de Japón, pero intuye que Pound no puede escapar a su condición de norteamericano de Idaho en la resonancia que la naturaleza tiene en él. De joven, Ezra se burlaba de Whitman pero más tarde no puede evitar compartir varios de sus rasgos. ¿Tal vez por eso también recala y se afinca en Italia? Desde París elige Italia pero no va a vivir a Roma: Sant'Ambrogio está en lo alto de la colina de Rapallo desde donde se ve la Riviera y el mar. Dicen que a veces se lo encontraba jugando al ajedrez en los cafés con los parroquianos, como uno más.

En el Sur se convivía con la impasibilidad, la ausencia de otros, la soledad del campo y de la sierra. De noche zumbaban los oídos, podía oírse la sangre bullendo en la cabeza, restando ajenidad. Se decía que pasando la línea del Huemul había una zona de indios tehuelches y que si te veían pescando te echaban a piedrazos que tiraban con unos arcos a gran distancia. No avanzaban, ni siquiera se acercaban, solo marcaban territorio. Eran una apropiación y una actividad prohibidas. ¿De quién es esa tierra? Muchas veces se oía la pregunta de un lado y del otro del río y nadie contestaba. Nadie lo sabía. Pero claro que a muchos importaba.

Estas piedras no tenían nada que ver con la piedra de Venecia, que papá también había investigado como si se tratara de una expedición geológica. «La fuerte presencia de la piedra, solo interrumpida por el agua de los canales, la inscribe en un monumento "geológico" de la historia humana. El sólido de la piedra, el líquido de los canales y un tercer estado, el de la niebla», me contó cuando restablecimos el hilo a través del relato de los viajes. El antropólogo veía, como Lévi-Strauss, cierta necesidad de distanciamiento para entender algo de la demencia de las pasiones; el estudio del pasado era el estudio del desmoronamiento de una supuesta armonía. No pretendía domesticar lo otro con el uso de una supuesta ciencia. La ausencia de este imperativo, más bien la desmitificación de esta necesidad como si se tratara de una impostura fue la llave que me transmitió para vivir sin exigirle a lo evidente una prueba. Cuando en Atacama conocí al arqueólogo (Félix), al astrónomo (Rolando), a la antropóloga (Paloma), al geólogo (Andrés), sus intuiciones y sus hallazgos me conectaron enseguida con los de papá; no pretendí que sus saberes aspiraran al estatuto de una ciencia, ¿un saber que contuviera a los otros? ¿Una posibilidad de síntesis y superposición-expansión infinita en el logoi? Papá había descartado para mí esa pretensión de poder irrisorio. Él era testigo ocular que practicaba el culto al desapego, su revolución interior.

(Lévi-Strauss lo había calado; su pensamiento salvaje, que no tenía en vista el rendimiento económico, fue un motivo suficiente para

sostener la bifurcación o el desvío y un desdén firme en la resistencia.) Lévi-Strauss, llamado «el astrónomo de las ciencias sociales», lo había reconstituido con su doble movimiento incesante de enraizamiento y errancia y, fundamentalmente, su apuesta a un mundo aleatorio, más allá de su sustancia real.

Y en San Servolo fue el estudio de una comunidad en relación con otra lo que lo atrajo, una estructura que se articula, las costumbres, los ritos y creencias como un lenguaje; se especializó en captar intensidades, observó la integración imprevisible y heterogénea (no la previsible y homogénea, que siempre rehusó), el deseo, la producción, el exceso, el desborde. Definía un corpus, un campo y se entregaba a ver, oír, percibir, presentir. No buscaba correspondencias ni explicaciones ni referencias. Buscaba desprenderse de sí mismo para ser otro, para no ser siempre el mismo.

Con Pound se animó a acercarse al hombre de carne y hueso y a la visión. Cuando evocaba su fascinación con una media sonrisa compasiva, no renunciando a la posibilidad de que yo entendiera algo de todo eso, recitaba los *Cantos* de Pound con una memoria exacta. Especialmente uno, el 86:

«*Well, my window… looked out on the Squero where Ogni Santi… meets San Trovaso… things have ends and beginnings.*»

Algo vivía intacto en esa conexión, incluso en la sobrevida, después del desbarrancamiento.

En los márgenes del libro de Walter Pater sobre el Renacimiento: «Brodsky se pregunta por qué Pound aspiró a algo tan convencional como la belleza. No encuentro que ese haya sido su objetivo. ¿Dónde encuentra él esta aspiración/manifestación? La belleza para Pound nunca fue algo ornamental, por eso se prendó con el Japón. En el epígrafe de su segundo libro escribe *Beauty must never be explained*». «Las palabras convertidas en destino: provocar otra forma de leer, de decir, de oír, de mirar y ver.» «James Laughlin, su editor en New Directions, dice cómo Ezra cambió "my forma mentis, my way of looking at the world".» «¿Qué parte de la poesía era indestructible?» «Laughlin destaca su capacidad de imitar a otros, sus historias estaban llenas de color, y habla de todo lo que aprendió con él, lo llama Ezuversity.» «Era como un faquir, en lo que más gastaba era en envíos de libros, artículos, poemas, cartas, por correo.»

«¿Es Pound un norteamericano pueblerino?» «Finalmente se interesó por un grupo de elegidos, sus más cercanos, y no salió de ahí. El rango de sus intereses es bien personal. ¿Acaso no lo es el de Borges también? Eso le da dimensión humana. ¿Qué es un hombre que puede hablar de todo?»

«El antisemitismo y ser funcional a un gran plan, a un plan

terrorífico: la estupidez del prejuicio antisemita suburbano. Los bárbaros.»

«Frenar a la banca judía de excesos de codicia. Él interpreta que Wall St. ha ocasionado el Crack y la Gran Depresión.» «También Hegel había escrito en *El espíritu del cristianismo* «El absoluto pasó entre los judíos sin que lo reconocieran» y Marx: «Los judíos son la usura».

Y también: «El proyecto de la Ilustración —la utopía— permanece no realizado. Él cree en la construcción (la promesa de felicidad); el vorticisimo renovaba el sentido y la forma, la palabra y la melodía. En Londres va a ver a Ford en las tardes y a Yeats a la noche. Con los *Cantos* quiere lograr una forma elástica, una forma natural de escribir, que incluyera tensiones, armonías y contrapuntos. Cree que toda esta combinatoria puede producir un nuevo mundo de formas y también un orden posible.»

«Creía poder inventar el Paraíso terrestre, como Dante, 500 años después!!??!!» «1920-1937 Usurocracia de Inglaterra y Francia; la falta de vitalidad.» «Mussolini había declarado a la poesía una necesidad de Estado, y esto colocaba a Roma en un lugar superior a Londres o Washington. El Renacimiento siempre resultó una idea tan tentadora.» «Un arqueólogo del lenguaje. La mezcla extraña de arcaico y moderno para construir estallar forjar una nueva forma. Como el presente es incognoscible, nos agitamos entre los fragmentos conocidos del pasado "para darle luz", para obtener un atisbo del proceso que produjo lo que hallamos.» «Sin dioses no hay cultura, sin dioses falta algo (Pound).» «El huevo de la serpiente, algo que está royendo la modernidad y sus promesas de emancipación. La superioridad racial, sin fundamento alguno. Un constructo.» «Berlín-Roma-Tokyo-Stalingrado (1943). Armisticio de Italia con los Aliados (1943). 600 días de Saló. Un culpable.» «1932 año clave, fatal en lo económico, después del Crack del 29 llegan los efectos a toda Europa. La ejecución de los hermanos Rosselli por orden de Mussolini. Los conservadores protofascistas anticapitalistas y antisistema se hacían revolucionarios. Pero Pound también estaba imbuido de los socialistas que hacia fin de siglo en Estados Unidos combatían el capitalismo judío y la concentración de la banca (hay un antisemitismo considerado razonable en tanto anticapitalismo; ojo, una de las fuentes del fascismo francés es la izquierda).»

Y al mismo tiempo… «la futilidad de lo que pudo haber sido (the futility of could have been…) y el hubiera que una vez más no existe». En el margen inferior de la misma página: «Joyce, un psicótico de gran lucidez: "Lo que hace infeliz a la mayoría de las personas es un romanticismo decepcionado, un ideal irrealizable o erróneo, mal concebido. Verdaderamente se puede decir que el idealismo es la ruina del hombre, y si nos limitáramos a los hechos, como hacía el

hombre primitivo, estaríamos mejor. En *Ulises* traté de mantenerme cerca de los hechos"». («*What makes most people's lives unhappy is some disappointed romanticism, some unrealizable or misconceived ideal. In fact you may say that idealism is the ruin of man, and if we lived down to fact, as primitive man had to do, we would be better off… In Ulysses I tried to keep close to fact.*»)

«¿Qué hay de la impotencia? Insuflar delirios de conquistadores o de héroes: articular una literatura universal. Salir de un mundo común ordinario, cualunque, pero inflamado por ideas de grandeza, grandeur, grandiosity. Misiones extremas en cuanto al lenguaje y a la posibilidad de generar un cambio a nivel mundial, que no se pudiera neglect, ignorar. Sacudir, golpear. Joyce lo había hecho de manera tímida pero decisiva. Había dado su vida por eso. Joyce y Proust… los dos hacen el gesto hacia el interior de la literatura y Pound necesita hacerlo hacia afuera, hacia las condiciones de publicación, hacia un mundo que se iba a imponer en su bestialidad e ignorancia. Y él había tenido la generosidad de comunicarlo, de difundirlo, era una forma maníacamente refulgente de concebir las acciones. No podía contenerse, reprimirse, era su naturaleza y su devenir. Ineluctable.

De *Paideuma*: «Toda clase de comprensión de la civilización necesita la comprensión de lo incompatible» y «Nada nos conmueve más que la muerte». Papá agrega: «Pound quiso salvar lo que va a morir; al menos dilatar el final, demorarlo, quiso llevar al máximo su potencial radiante. Una vitalidad desesperada: darle vida y erotismo a lo agónico o moribundo».

«En Holland Park, recién casado con Dorothy Shakespear, era él quien cocinaba todos los días (Dorothy había puesto como condición no tener que cocinar nunca), él hacía las compras y construía sillas, sillones y mesas que conformaban su mobiliario, lo material y estético necesario para seguir escribiendo, recibir amigos tan secos como ellos con los que intercambiaban ideas, dilemas y poéticas. En cualquier ambiente por más mínimo que fuera encontraba su rincón donde ubicar su mesa de trabajo. Cuando se mudaron de Francia a Italia quiso vender sus muebles pero no se los vendió a nadie y tuvo que trasladarlos a Rapallo. ¡Vivían con tan poco!»

«Trece años en St. Elizabeths, el asilo para enfermos mentales. La locura lo llevó allí y la locura lo salvó de la horca.»

«*Oh let an old man rest.*»

La noche cae y la luz cae, cae la lluvia y el otoño y papá sigue en Venecia. Lee *Los Cantos Pisanos* de adelante para atrás y de atrás para adelante en un estado de conmoción; cree captar el momento de lucidez extrema y trance, feracidad voluptuosa del tipo que antes de empezar a responder el interrogatorio cuando es arrestado en

Sant'Ambrogio y llevado a Génova, pide permiso para mandarle un telegrama al presidente Truman para ofrecerle negociar una paz justa con Japón; quiere clarificarlo, él ha trabajado durante años con los textos del orientalista Ernest Fenollosa, le ha dedicado sus traducciones; tampoco le permiten transmitir el último discurso que preparó especialmente para una ocasión así, convencido de que no se puede desperdiciar esta visibilidad y exposición: sus recomendaciones para la política de posguerra, la megalomanía al desnudo. Está creído de que conocía de economía y estrategia ¡y quiere ser útil! Lo indigna que no lo utilicen…

Pero el mayor Amprim, un agente especial del FBI de J. Edgar Hoover, trae la orden de arrestarlo con el cargo de traición a Estados Unidos de Norteamérica por sus discursos políticos transmitidos por Radio Roma entre 1941 y 1943.

El interrogatorio empieza.

¿Por qué dejó Estados Unidos para ir a Londres en 1908? ¿Por qué París desde 1920-1924? ¿Y Rapallo? ¿Por qué había elegido vivir allá? ¿Y su fascinación con Mussolini y su New Deal? ¿Y sus críticas enfurecidas a la entrada en la guerra, contra Roosevelt y «la manga de judíos financistas»? ¿Por qué había seguido cuando su país declaró la guerra en 1941?

Por un momento Pound cree que están interesados en él, contesta con afabilidad y exactitud porque saben que él tiene algo importante para decirles, confía en que logrará que su mensaje llegue con la lógica clara y distinta que lo ha convertido en un poseso. Lo ve con claridad. Y además del detalle minucioso de sus treinta años de escritor, agrega un documento extra sobre los fundamentos de sus creencias: los desastres de los sistemas bancarios europeos y norteamericanos, un elogio a la crítica de Lenin al capitalismo y su determinación de aprender georgiano —si es posible ir a Tifflis para aprenderlo— con el solo propósito de discutir cara a cara con Stalin sobre la reforma monetaria; un resumen de la doctrina de Confucio (como una guía para la reconstrucción de la civilización); una bibliografía de lecturas recomendadas —John Adams y Thomas Jefferson—; una argumentación sobre la traición del gobierno de Estados Unidos a la cláusula del dinero según la Constitución, y el ofrecimiento de actuar como diplomático ante Japón y parar las matanzas en el Pacífico. Él quiere contribuir a que el mundo no se derrumbe una vez más.

Ha dejado de lado su proyecto de escritura, hace años que se dedica a las transmisiones semanales para Radio Roma y a traducciones, no escribe una línea propia que valga la pena, no puede esquivar la realidad más concreta, se siente llamado a participar en la posibilidad de una reconstrucción, desde la cultura reclama la capacidad de

esclarecer sobre el peligro de las consecuencias de otra guerra, el daño fue y será irreparable, nadie se recupera de un desastre así.

En su delusión en las tres semanas que permanece en Génova también cree que Amprim lo está ayudando a armar su defensa. Incluso a un periodista que lo entrevista le confiesa que si no es ejecutado por traición en esa instancia cree que tiene buenas chances de hablar con el presidente Truman. Pero las órdenes desde Washington indican encarcelamiento en un centro de detención de máxima seguridad del ejército norteamericano al norte de Pisa, incomunicado.

En el DTC lo encierran en una jaula de menos de 2 por 2, al aire libre, expuesto a los rigores del clima, observado como un prisionero peligroso por un guarda especial permanente, iluminado por reflectores de noche. Creen que forma parte de una organización fascista que puede ayudarlo a escapar o a matarse, no se dan cuenta de que Pound está totalmente solo. Antes, él pregunta «¿Saben quién soy?» «Claro que sí.» Es un centro de rehabilitación de soldados que cumplen castigos de trabajos forzados con diferentes penas; a Pound, el único civil, no se le permiten ejercicios, no tiene cama, duerme sobre el cemento, se tapa con frazadas; no puede hablar con nadie más que con un sacerdote católico que visita diariamente el campo y con el que conversa durante horas. Durante tres semanas lee Confucio hasta que los ojos le queman; pero sigue practicando box y esgrima con rivales imaginarios para mantenerse en movimiento. Hasta que se quiebra. «Si les sirvo mejor muerto… entonces esto es todo.» Lo revisan dos psiquiatras y no lo encuentran psicotizado ni con delirios graves pero en un grado de stress límite. Y lo mudan de la jaula «de gorila» a una carpa de tamaño normal, donde inicia ejercicios diarios con un viejo palo de escoba que usa como raqueta de tenis, como estilete de esgrima o bate de béisbol. Sigue incomunicado. La vista mejora de a poco, puede retomar sus *Cantos*, el trabajo de treinta años.

Los últimos que había publicado salían del Inferno y atravesaban el Purgatorio del error humano, tal como él lo llamaba, gracias al esfuerzo que lo dejaba a las puertas de un renacimiento de la civilización, un Paradiso. Pero la promesa no llega ni se obtiene, estalla fracturada en mil pedazos; el paraíso terrestre, si existió, está perdido para siempre.

A esta altura sabe que solo puede escribir, y en la carpa del DTC (Centro de detención) reemprende la obra en la que ha depositado toda su vida. En esta noche triste, en esta noche oscura del alma previa al cadalso, los *Cantos* se vuelven más autorreferenciales y extremos. (*Oh quanto è corto il dire*.) El canto 74 de los *Pisanos* es el trabajo de un gigante que se niega a morir sin tener la última oportunidad de demostrar su grandeza. Es su testamento. Así como su

admirado Villon escribió *Le Testament* en un momento previo a su muerte, después de superar un suspenso de incredulidad, sin la menor pizca de morbidez, Pound arremete con su arma mayor y estremece el cielo y la Tierra en este *Cantar*; la letra, aquello en lo que más cree, todavía puede salvarlo, minutos antes de la horca. Lo escribe y canta porque lo concibe y lo inscribe mordiendo las letras para que sea leído en voz alta. Y tiene la lírica y tiene la música. Arrancan Muss y la Clareta a Milano en la ejecución final, Outis baja al Hades antes de emprender su camino; Dioce, la ciudad de Deioces el Medo o el Justo, fundador de la Ecbatana que Heródoto describe como maravillosa y que también aparece en los cantos 4 y 5 como descubrimiento y redescubrimientos; Venecia (*Will I ever see Giudecca again? Or the lights against it, Ca'Foscari, Ca' Giustinian, or the Ca', as they say, of Desdemona*); invoca a Confucio una y otra vez —Taishan, el dominio de la naturaleza y sus dones— y refiere también a lo que ve desde su estrecho punto de mira: un monte de los Apeninos hacia el este (Taishan es ahí su talismán del equilibrio y del sentido) y la Torre de Pisa al sur. Nombrar (nunca la repetición o la réplica) siempre es nombrar de nuevo, reescritura; y vuelve a poner todo en juego, poesía y prosa alternadas, en los que hace entrar retazos de hechos históricos, claves; pasado y presente, mito e historia se yuxtaponen y se funden en una extraordinaria obra. Estos versos complejos con distintas capas y resonancias se abren al mundo en un sonido y una inscripción. La divinidad, la naturaleza, la armonía, el poder de los signos y las combinaciones, el nacimiento y el renacer tienen el ritmo como marca y cualidad de su estilo y una intensidad dramática insólita, pero él no le teme a la intensidad, no concibe la vida de otra forma, y la va modulando hasta el humor, se ríe de sí mismo y del mundo. Pound es un hombre de fe.

Pero en la jaula de Pisa todavía es el mensajero, el clarividente denunciante que quiere hacer visible algo crucial para Occidente. Él está esclarecido y no puede guardarlo para sí, ya no cuenta con la transmisión de Radio Nazionale d'Italia pero su voz puede insistir desde la letra que entra con sangre al querer imponer la armonía total y la primera defensa del individuo siempre junto a la urgencia del orden social.

La megalomanía cede después, en St. Elizabeths, donde Olson lo visita con devoción en el medio de las ruinas y lo ayuda a ver los últimos *Cantos* y a editarlos. Olson enfrenta una tensión enorme que disimula; lucha con su contradicción y ambivalencia: lo desprecia por su antisemitismo atroz que atrasa siglos, pero admira profundamente al poeta que con sus *Cantos* se adelanta cien años a su época; es un posmoderno, la forma de fragmentar los versos en los *Pisanos* y el

espacio muchas veces doble que deja el golpe de los índices a cada tecla , a propósito, los huecos, la disposición de las palabras como sonidos, esculpe en el tiempo, se niega a aceptar las leyes previstas y reafirma su rebeldía. Sí, se propuso desafiar los lugares de confort, ningún lugar de comodidad en el ritmo ni en el estilo ni en la métrica.

Lo vio por primera vez en el tribunal y le impresionó lo viejo y flaco, los ojos llenos de dolor; él, el hombre que había confiado su vida a las palabras, se para mudo frente al tribunal. Mira con expresión impenetrable a cada uno de los doce jurados, los encuadra, uno por uno, esos hombres del común, defensores de los valores de los Estados Unidos, decidirán su destino. Olson percibe el drama único, personal, quiere tender su mano hacia él.

Una semana después, en la primera visita a St. Elizabeths, en Howard Hall (Hell Hole o agujero infernal), Pound escruta a Olson con timidez, no puede disimular su vulnerabilidad cuando le dice que necesita sus objetos personales, sus notas, la traducción de Confucio *The Unwobbling Pivot* y *The Great Digest*, su diccionario chino, los once *Cantos* que escribió en Pisa que espera que James Laughlin publique pronto. No sabe si va a aguantar mucho en ese lugar. De a poco ya no está silencioso, tiene que moderar su ansiedad e impaciencia y es una catarata, por fin ha encontrado alguien con quien hablar. Olson quiere hablar de poesía pero Pound solo puede pensar en cómo armar su defensa en el juicio (todavía no sabe que el juicio nunca llegará).

Olson siente que todavía no ha encontrado su voz como poeta, ha escrito un libro sobre *Moby Dick* que T. S. Eliot encontró demasiado sofisticado para el público norteamericano y lo rechazó como editor responsable en Faber. Pound, en cambio, queda impactado y lo alienta a no desanimarse con los rechazos editoriales, dice que leyó *Call me Ishmael* con alegría (with joy), hace innecesario leer *Moby Dick*. La paradoja es que el mismo hombre que se aferró al proyecto mesiánico de un mundo iluminado y ordenado que transpoló de Malatesta a Muss, que tal vez en lugar de llevarlo al Renacimiento lo lleve a la horca, es el más radical defensor de la renovación del lenguaje, el menos burgués o conservador de todos, el menos acomodado. Admiraba al Pound poeta que no se repite, audaz, siempre dispuesto a abrir caminos, que se había definido como un crítico «stop-gap», tapa agujeros, un lector atento a los vacíos del canon académico, lejos del mármol. Sin embargo, ese mismo hombre se resiste a creer que la promesa de la civilización se ha roto para siempre. El socialismo y el fascismo en una sola idea, ¡una confusión insostenible! Si hasta los súper comisionados del FBI creyeron que sus discursos por Radio Roma eran los de un doble agente… ¡Tendrían que haber leído *Jefferson y/o Mussolini*! Por momentos una máxima lucidez que reclama «ideas activas, vivas, opuestas a tradiciones», se interrumpe

por parrafadas de una ingenuidad incoherente, un voluntarismo elemental. Impregnado de las luchas socialistas del siglo anterior contra el capitalismo judío y la concentración de la banca, la usura condensa para él su impotencia, el maldito prejuicio suburbano simplote alienta una salida demasiado burda (¿acaso no habían dicho de él en Londres que era un *simpleton*?). Una tragedia: cómo alguien de ese talento puede creerse un iluminado, comprometerse con una idea salvadora y perder su vida. Él, que tanto combatió la ignorancia… ¿un voluntarista?

Olson lo visita semanalmente durante dos años y medio en St. Elizabeths. Quiere entenderlo y necesita resolver el conflicto entre arte y moralidad, ¿puede soportar esta ambivalencia?

En algún punto estas dos líneas paralelas se encontraron.

Y Pound se derrumba, la lesión no se sutura.

«Olson me salvó la vida», escribió en una carta cuando ya su devoto se había ido para no volver, exhausto.

Una naturaleza, un organismo y una voluntad (una determinación) siguen dando brazadas persistentes debajo del agua mientras él pergeña un plan (no quisiera que ellos desentrañaran antes que él cómo llegó acá). Todavía puede recuperar algo de su transmisión venturosa capaz de florecer y dar vida, confía en su manía arremetedora… A propos of this, el primer psiquiatra en los días previos al juicio se llama Jerome Kavka (que se cambió su apellido original, que era Kafka, claro). Kavka lo somete a un exhaustivo e imposible interrogatorio y Ez no puede ya recordar qué leía en 1902 ni durante cuánto tiempo vivió en la casa de Yeats en Sussex cuando se aislaron para dedicarse únicamente a escribir (*Stone Cottage was it called?*, era su secretario a cambio de casa y comida y un *stipend*; en esa misma época se casó con Dorothy, no puede recordar cuántos años él y Yeats se apartaron de las distracciones de Londres para enfocar únicamente en lo que más les importaba). Los médicos se presentan uno tras otro sin una secuencia descifrable, lo martillean sin pausa, uno tras otro, cuatro una mañana. Yeats era veinte años mayor. Olson es más de veinte años menor que Pound.

Había descubierto nuevos territorios poéticos en los *Pisanos*, la percusión, el lenguaje del bajo y de la batería africana; lo inspirarán para su teoría del Verso proyectivo que desplegará rotunda. Pound les rompe la cabeza a muchos poetas jóvenes que buscan nuevas formas. Veían en él la fuerza, la dinámica de una búsqueda del cambio. Es un vórtice, un nodo radiante por el que las ideas entran en acción (*enact*). Olson quiere que la resistencia también defina su poesía.

El arco que lograba Pound era lo que se había propuesto, un largo poema que atravesara todos los tiempos, una lucha contra el tiempo

ganada en ese poema. Un documento; todo podía entrar ahí, la Historia, el mito, la historia personal de Pound (al sesgo) que era la de la literatura y la poesía (James, Yeats, Windham Lewis, T. E. Hulme, Gaudier-Brzeska, Brancusi, Joyce, Possum Eliot, Ford, HD, Hemingway, Gertrude Stein, Cocteau, Picabia, Marianne Moore, Zukofsky), su pasado y su presente, aquello que se proyectaba vital vigoroso y pregnante hacia el futuro y el presente imperecedero.

En el canto 84, el último, arranca consignando la muerte de John Penrose Angold, un buen poeta, otro amigo más que cae en el frente de batalla. Angold tethneke. Las muertes siguen y seguirán.

Las notas de papá en los márgenes de los *Cantos* y de *Mauberley*.

«La paradoja de la lucidez enorme entre las ruinas al escribir estos Cantos magníficos, magnum opus, la conciencia recuperada para la poesía.» «*Among the ruins, among the ruins —the most beautiful memory in the Orient*.»

«Su antisemitismo que condena a la expulsión o al exilio o a la muerte es una paradoja porque después del primer fulgor en Londres siempre fue un nómade, un exiliado, un paria que casi no zafa de la pena máxima. Leer los *Maximus Poems* de Olson.»

«Olson en sus notas, 1946: *I returned to see Pound yesterday. He has such charm*.»

«Ben y la Clara a Milano, dos veces muertos, por los partiggiani y colgados en la plaza pública para que el pueblo los vea. La gran caída del proyecto mussoliniano y su detención, su caída, que es un estruendo internacional y puede terminar de la peor manera, la más absurda. En los Pisanos los años de Londres reaparecen en su memoria refulgentes, luminosos llenos de promesa. Él no puede pedir racionalidad… Justamente él…»

«Los poemas como esculturas, esculpir los poemas, en la página, en el sonido.»

Pasolini entrevista a Pound en Venecia. En el video se ven sus ojos inquietos atentísimos y fascinados, una suavidad (dulzura) y respeto al preguntarle sobre cuestiones específicas de su obra. Pound confía en él, también él resiste y lucha contra las máquinas de la muerte, también es un insurgente; le interesa lo que tiene para decir, escucha las preguntas y contesta en perfecto italiano. Conversan durante una hora y, hacia el final, Pasolini lee con voz vibrante el canto 81, el final del contrapunto entre el poeta y el orden social (también Confucio) y talla el verso Pull down thy vanity con urgencia y ecos del antiguo bravado:

But to have done instead of not doing

This is not vanity

Y cerca del final vuelve a decirlo de otro modo

To have gathered from the air a live tradition
Or from a fine old eye the unconquered flame
This is not vanity. (Cuando Pound lo recita pone énfasis especial acá.)
Here the error is in the not done
all in the diffidence that faltered…

El error no está en haber hecho sino en haber dejado de hacer.

Pound escucha aprobando cada matiz de la entonación, los ojos brillantes o emocionados, le gusta como lee Pasolini la traducción de su hija Mary.

What thou lovest well remains, the rest is dross
What thou lov'st well shall not be reft from thee
What thou lov'st well is thy true heritage
Whose world, or mine or theirs or is it of none?
First came the seen, then thus the palpable
Elysium, though it were in the halls of hell,
What thou lovest well is thy true heritage
What thou lov'st well shall not be reft from thee
…

Olson deja registro de sus encuentros en St. Elizabeths, en notas, diarios y poemas para ser publicados después de la muerte de Pound. El último texto se llama *Grandpa, GoodBye* —sabe que ya no volverá a visitarlo— y empieza con una observación: «El tiempo es lo que aparece con más frecuencia en su conversación». Olson rescata con fuerza la capacidad de recordar (una carrera construida a base de esto) y el oído de Pound, el oído extraordinario de toda una era que escuchó a su tiempo como nadie desde Dante. Y lo cita a Williams: «Es el mejor maldito (*damned*) oído nacido para escuchar este idioma […] el oído más agudo que se haya conocido para las sutilezas de la secuencia métrica del verso, un genio». En uno de los primeros días que Olson lo fue a visitar a Hell Hole, Pound le dijo: «Entre las ruinas, entre las ruinas, la memoria más fina de Oriente». Y dijo Oriente. Pound era un coleccionista, y sus versos y líneas que se destacan desde el primer momento son las que capturan un ánimo de pérdida, contienen la belleza de la pérdida.

«Perdí tres semanas por el doctor» (¿sería Kavka?) «— *You can't dig the root up. They've killed me.*» Dice que ni Olson ni nadie puede lograr

que la raíz vuelva a crecer, lo han matado de raíz.

I did not enter into silence, silence captured me. El silencio me eligió a mí. El tiempo del silencio es el de una infinita luz irrefutable, emergiendo incesante indominada por ninguna oscuridad, no hay consolación, no hay búsqueda de consuelo. La luz de Venecia sigue ofreciendo nuevas perspectivas, su ánimo se alza esplendente y siempre desciende, no se derrumba, se desintegra en su descenso para reencarnarse en las reverberaciones del agua más allá de los bancos de arena, los espoliones y los diques de piedra, en el mar abierto pasando el Lido, al bajar el sol detrás de San Clemente. Sin subterfugios. La luz es una apología sobre la letra y la irradiación su verdad poética; como para Vallejos (el director de cine en Atacama), la obsesión por perseguirla y revelarla, una forma de estar en el mundo, a la que no le queda otra que la fuga y la caída irremediable. Apostar al fracaso tal vez valiera todos los aciertos de ese tiempo.

Papá consentía en mi curiosidad y seguía su hilo mnemónico, en ráfagas de narración articulada o de silencios que nunca interrumpí para alentar una continuidad que me incluyera, sabía que su ilación encontraba un camino subterráneo y en otros momentos prefería el cuaderno o el anotador sin renglones para ir hasta el fondo del margen, o el final. Se había convertido en un insomne, lo decía sin orgullo, más bien era una declaración de un hecho inevitable. No quería dormir. Sabía que ya habría tiempo para dormir; una lucidez lo cala, una conciencia espectral del que va y viene de la muerte o del más allá que atisba. ¿Una manera de compensar su inmersión en el solipsismo? ¿La fuga como forma de combate? ¿Tal vez una última resistencia? Esas horas ganadas al sueño o evitando el sueño y las pesadillas, la sustracción, la pérdida, sosteniendo un cuerpo en su fulgurante desnudez. El tiempo que resta era para él el mesiánico y, en su caso, literal. No acusaba cansancio mayor, todo lo contrario, esos recuerdos, o dar vida a esas experiencias o a los anhelos que convocaba, lo alimentaban extrañamente como a un vampiro la sangre de sus víctimas. Lo que había que vampirizar acá era la negación del olvido. Una conciencia continuada que erosiona la distinción entre el día y la noche y recobra para sí la exploración anárquica casi como una poética, fragmentaria, que no hace bandera ni necesita hacerse pública. Pound practicó un movimiento opuesto, siempre centrífugo, en su incansable actividad; aunque de espaldas a Verne en su prédica, replicó en un movimiento absoluto totalizador el deseo que cobijó el *Nautilus*, intentó contener el mundo en su poema, casi un maniático. *Le Paradis n'est pas artificiel*. Amo, luego soy. En los años de silencio finalmente habita su experiencia.

La lucha por la luz combatía la inconsciencia, la lucha por la luz

requiere oscuridades, sombras, penumbras.

Nada de eso era metafórico en Vallejos, el director aspiraba a mostrar la química de la luz de Atacama como un fenómeno, contar una historia que atravesara los tiempos y los espacios desde el lugar de mayor sequedad de la tierra, de mayor transparencia y abierto. Allí no hay mediaciones. Ni dobleces ni pliegues ni resortes ni amaneceres brumosos ni crestas en el viento ni humedad pringosa. ¿Exceso o falta? ¿Se puede enfriar más un paisaje, una geografía, que cuando se le quita toda investidura? Es cadáver.

Me encontré agradeciendo que mi padre más descarnado se esforzara en develárseme con apremio para que no tuviera yo que perseguir un espíritu o un fantasma después de muerto. ¿Tendríamos tiempo? Como en aquel momento crítico en el que se balanceó a las puertas del encierro en la locura, aferrado a un soliloquio delirante desbordado, también ahora la palabra lo mantenía vivo. Me resigné a no encontrar una organización, una linealidad, un orden en ese relato reconstruido con retazos erráticos, impredecibles, cortes, montajes. Armábamos un mapa con nombres, referencias, fechas que sonaban precisas, anclajes; momentos recuperados que condensaban una intensidad y podían brotarse o exprimirse hasta el infinito, en oleadas o balbuceos vacilantes. Él no necesitaba hablar o explicarse o tocar su propia herida, su forma o su contorno, pero percibió que yo me empeñaba en entender en él lo que él apenas lograba vislumbrar de la tragedia en Pound. Lo observaba mirarse las manos con suavidad y extrañeza, las palmas recibiendo el sol, y darlas vuelta hacia el dorso, como si la forma o movimiento de las manos pudieran revelarle algo más del misterio. Gesto idéntico al de Pound en los años de silencio, tal como varios amigos escritores lo observaron cuando lo visitaron en Venecia y lo relataron como si hubieran visto a un espectro.

Había perdido todo: su casa en el Sur, su casa en Buenos Aires, las tardes en el río, el río, los campos en Capilla del Señor, los del Uruguay, varios autos —uno traído especialmente de Londres con tablero de madera y asientos de cuero azul—; los cientos de objetos bellos heredados y los que él había comprado y no había retenido. El amor por las mujeres y su leve tacto. Pero él no se había asustado con la pérdida. De todo eso no guardaba ninguna memoria y tampoco del núcleo del desquicio que lo lanzó fuera de toda situación. Ante mi curiosidad sin una pizca de reclamo ni estrategia de defensa —porque después de tantos años yo no reconocía a un padre, lo veía como se conoce a un hombre, a un Otro—, sus recuerdos volvían al malestar, a la incomodidad, a la inadecuación que lo había mandado hacia sus objetos de estudio que frotaba como a una lámpara maravillosa; nombraba lo que lo había perturbado y absorbido sin estetizarlo ni pretender hacer poesía. Quería aprehenderlo, precisarlo, ser un

instrumento y transmitirlo: «Mis observaciones, no sé si tienen algún valor pero están ahí». Sentía que había conocido aquello sin necesitar comprenderlo.

Cuando años después encontré en Atacama a Rolando, a Félix, a Paloma, a Andrés y a Vallejos, escuché sus observaciones y apuntes que me abdujeron como relatos fabulosos y no pude evitar asociarlos con esa conquista, ese riesgo persistente de las inscripciones invisibles que fulguraron a papá cuando decidió ponerse al descubierto y proseguir su experiencia sin nunca renunciar a la percepción. Me cautivaba escuchar a los científicos en el desierto nombrar los objetos o los procesos invisibles a todos los que los habían antecedido; enunciaban descubrimientos; mostraban una visión, un ánimo que hacía presentir cosas, construían un universo, una constelación de elementos y de fenómenos, viva y centelleante, sin previsiones, cuya articulación incierta esquivaba la residencia y el enraizamiento. Fabricaban un mundo sin evaluación ni resultado. Lo veían, lo transmitían, lo hacían visible.

Ya totalmente desamarrado, papá no volvió a sentir dolor por lo que pudo haber sido; su alma flotaba leve libre, imponiendo el desasimiento.

«¿Cuántas formas hay de nombrar los procesos de deterioro, cuánto puede durar una caída? Paracaídas, parasubidas lanzado al vacío. Un derrumbe, un desmoronamiento, un socavamiento, una cascada obstinada persistente abismada en el descenso; la demolición un torrente, que nunca es disolución. Sí abandono. Cuándo empieza la muerte su larga agonía. Un espíritu. Un fantasma. Un espectro. Los muertos que no terminan de morir.»

«Todo está bien.»